

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE GÉNERO Y DE LA CULTURA
CONVOCATORIA 2009-2011**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN GÉNERO Y DESARROLLO**

**DESAFÍO DE LA VISIBILIZACIÓN DE LA MUJER EN EL IMAGINARIO DE
LA NACIÓN CHILENA DEL BICENTENARIO**

JENNY RIQUELME GODOY

MARZO 2012

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE GÉNERO Y DE LA CULTURA
CONVOCATORIA 2009-2011**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN GÉNERO Y DESARROLLO**

**DESAFÍO DE LA VISIBILIZACIÓN DE LA MUJER EN EL IMAGINARIO DE
LA NACIÓN CHILENA DEL BICENTENARIO**

JENNY RIQUELME GODOY

**ASESOR DE TESIS: BÁBARA GRUNENFELDER-ELLIKER
LECTORES/AS: ANA MARÍA GOETSCHER Y FERRÁN CABRERO**

OCTUBRE 2011

ÍNDICE

RESUMEN	6
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I.....	9
BICENTENARIO EN CHILE	9
Orígenes de la Nación chilena	10
<i>Aproximaciones al concepto de Nación en Chile</i>	15
Pautas en la Celebración del Bicentenario en Chile	21
CAPÍTULO II.....	24
GÉNERO Y NACIÓN	24
Propuestas y Divergencias en cuanto al género.....	28
CAPÍTULO III	39
BICENTENARIO Y LAS MUJERES DE CHILE	39
El año del Bicentenario; coyunturas de un momento histórico y sus repercusiones en el Bicentenario:.....	39
El Terremoto.....	39
Representando a la binariedad de género en el Bicentenario	48
CAPÍTULO IV	75
NACIÓN, ETNIA Y GÉNERO.....	75
La representación del género y la etnia en el “Conflicto Mapuche”	76
La construcción del Estado.....	89
CONCLUSIONES.....	99
BIBLIOGRAFÍA	103

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la oportunidad de haber trabajado con la profesora Bárbara Grünenfelder-Elliker, quién fue una gran guía para este estudio. Gracias Bárbara por tus conocimientos, generosidad, luz y afecto.

Agradezco a Sebastien, Gaspar y Gracia por la paciencia y su gran amor.

LOS LÍMITES DE CHILE

No es Chile el que limita con la Cordillera de los Andes, con el Desierto del Salitre, con el Océano Pacífico, con la unión de los dos océanos: la cosa es al revés. Es la Cordillera de los Andes la que limita con Chile, el Océano Pacífico es el que llega hasta la cumbre del Aconcagua. Son los 2 Océanos los que rompen en mil pedazos la monotonía del paisaje sureño. El río Valdivia es el lago más largo de Chile. Chile limita al Norte con el Cuerpo de Bomberos, al Sur con el Ministerio de Educación, al Este con la Cordillera de Nahuelbuta y al Oeste con el vacío que producen las olas del Océano que se nombró más arriba, al Sur con González Videla. En el medio hay una gran plasta rodeada de militares, curas y normalistas que succionan través de cañerías de cobre.

Nicanor Parra, 1969. *Obra gruesa*. Santiago, Editorial Universitaria.

RESUMEN

El presente estudio busca indagar en la historia de la nación de Chile la representación y el imaginario de la mujer chilena. Este recorrido histórico, si bien es bastante amplio muestra como desde los inicios del Estado-Nación de Chile se creó una representación de género en relación a lo que se buscaba como nación, por ende, con la conmemoración del Bicentenario, no solo se festejan doscientos años de la creación del Estado Nacional chileno, sino que también se reafirman representaciones genéricas de éste.

El estudio toma como eje central el Bicentenario del 2010 para hacer una retrospectiva de la formación representativa de la nación chilena a partir de tres hechos del Bicentenario: la postura oficial, a través de la página web del Gobierno de Chile; el accidente de la mina San José y el Conflicto Mapuche. Todos estos hechos se desarrollaron durante el año 2010.

Esta investigación muestra un acercamiento a los temas pendientes que tiene el Estado-Nación de Chile en relación a las representaciones de géneros, las cuales están cruzadas transversalmente por etnia, clase y raza. Estas temáticas están en el presente de Chile y demandan cambios.

Si los doscientos años de Chile son años de formación y consolidación, este estudio pretende incorporar temas de inclusión y representación en la nación chilena del Bicentenario.

INTRODUCCIÓN

La historia de Chile marcó la agenda anual del país en el año 2010: conmemoraciones de batallas ganadas, natalicios de héroes patrios, y sobretodo el 18 de septiembre como día de la celebración de la independencia. Este último hito es una fecha de gran importancia en el imaginario de nación de todos y todas las chilenos y chilenas. Particularmente, en el año 2010 cobra gran importancia el 18 de septiembre ya que se festejaban los doscientos años de independencia de la colonia española y la posterior conformación de la República de Chile. Es en este contexto que yo, como chilena y estudiante de la Maestría de Género y Desarrollo de FLACSO Ecuador, observé la forma en que se desarrollaban los festejos, no con una idea de profundizar en cada acto, sino más bien tratando de comprender cómo se exponía la temática de género en el transcurso del Bicentenario. Uno de los hechos que motivó esta investigación fue la publicidad, a propósito del bicentenario de la independencia, del colectivo MOVILH (Movimiento de Integración y Liberación Homosexual de Chile), en el cual se mostraban parejas del mismo sexo besándose acompañadas de frases como: “Porque tenemos principios combatimos la discriminación. Estamos a la altura del Bicentenario”; “¿y si nace homosexual? ¿Le quitarías sus derechos? ¡Ley contra la discriminación ahora!”; “Si te molesta el amor, ¡hazte ver! La homofobia y la transfobia son violencia. Igualdad legal para todas las parejas”. Estos anuncios se desplegaron en espacios públicos como la famosa “Plaza Italia” (cuyo nombre oficial es plaza Baquedano) que cuenta con un lugar preponderante en el imaginario de los Santiaguinos, ya que es ahí donde se celebran todos los triunfos logrados a nivel nacional; campeonatos de fútbol, campeonatos de tenis y elecciones políticas. Si bien la temática del MOVILH es muestra relevante y necesaria, la inquietud que me género fue en qué medida Chile como nación se formó como una nación con género, cómo se fueron construyendo imaginarios de género a lo largo de la historia de la nación, cómo estos marcaron una idea genérica de nación los cuales a doscientos años de su formación, siguen tan arraigados en el pensamiento de los chilenos y chilenas que se vuelve difícil aceptar diferentes roles y expresiones de género.

La aproximación de este estudio tiene como base una revisión histórica de la conformación de la nación chilena. Para ello, se revisan importante y relevantes hitos

históricos que en gran medida ayuden a responder el cómo el estado nación de Chile se ha configurado genéricamente, particularmente en cuanto a las identidades de género y cómo estas bases se reafirman en los discursos gubernamentales.

Las líneas de investigación son dos: una retrospectiva histórica y un análisis coyuntural de la postura oficial de los acontecimientos que acompañaron al Bicentenario chileno a la luz de las consideraciones de género y nación.

De esta manera en el capítulo uno se abordará la postura oficial de la celebraciones del Bicentenario bajo la óptica de visibilización o no de los roles y expresiones de género. Por su parte el capítulo dos abordará teorías de género para intentar comprender la imagen de nación de Chile en su Bicentenario. El capítulo tres buscará la representación de la imagen de mujer en la coyuntura histórica del Bicentenario. Finalmente, el capítulo cuatro buscará la intersección entre los temas de nación (Bicentenario), etnia y género.

CAPÍTULO I

BICENTENARIO EN CHILE

El año 2010 en Chile fue un año marcado por desastres naturales, desafíos a la responsabilidad laboral y un cambio constitucional de gobierno, pero ante todo será recordado como el año del Bicentenario.

Las formas de caracterizar las aproximaciones al Bicentenario chileno pueden ser diversas; desde los concursos culturales hasta la recuperación de espacios urbanos. Sin embargo, desde el punto de vista de los estudios de género, es relevante ver y analizar la representación de la mujer chilena en los festejos del Bicentenario.

La celebración del Bicentenario en Chile es un momento histórico, político, social y cultural que busca celebrar la constitución de Chile como república independiente bajo la idea de unidad y fortalecimiento de la nación. Tal como lo señala la página web del Gobierno de Chile:

El Bicentenario de Chile es una fecha trascendental, un motivo de **celebración** que nos permite conmemorar lo que somos como nación y lo que hemos logrado en estos doscientos años. Es un momento crucial para **reflexionar sobre lo que hemos hecho bien y lo que debemos cambiar y mejorar en los próximos años**. A partir de ese análisis, el Bicentenario nos brinda una oportunidad única para sentirnos orgullosos de lo que somos, y soñar el país que queremos construir para las futuras generaciones. Es momento de festejo, unión, reflexión y de proyección hacia el futuro.

(<http://pruebasitio.chilebicentenario.cl/frmBicentenario.aspx?idarticulo=706>)*las negritas corresponden al texto

El motivo de celebración del Bicentenario está relacionado con el concepto de comunidad imaginada de Benedict Anderson: “la nación es una comunidad política imaginada como inherente limitada y soberana” (Anderson, 1991:23)

En la visión de Anderson, la nación se constituye como una comunidad imaginada y son los miembros de esta comunidad quienes se sienten parte de un todo unificador y distintivo.

En la presentación oficial del texto del Bicentenario se establece que es un acto social y público que busca conmemorar a la nación chilena, por medio de sus logros y, al mismo tiempo, es un momento de discernimiento y reflexión, en cuanto a lo que se desea mejorar y alcanzar como meta, siempre dentro de esta unidad de nación. Craig

Calhoun en su libro *Nations Matters* plantea una interrogante, en cuanto a la representación de la comunidad política y la representación de la sociedad: “Por qué sentirse en casa no es sustituto para el espacio público” (Calhoun, 2007:103). La propuesta de Calhoun apunta a que en el imaginario de nación no existe un reflejo (léase un espejo) de todos y todas quienes componen la nación. Ejemplos claros de esta visión son los últimos eventos que han ocurrido en Chile como son los casos de los mineros atrapados a setecientos metros de profundidad en condiciones de trabajo precario y la situación de los comuneros mapuches en huelga de hambre en protesta por la ley antiterrorista, creada durante la dictadura de Augusto Pinochet, bajo la cual se pretendía juzgarlos. Ambos episodios se producen a pocas semanas de la gran celebración Bicentenario.

A la luz de los ejemplos citados, la celebración del Bicentenario tiene una estructura dual. Por un lado se presenta como un hecho homogéneo de unidad y refortalecimiento de la nación y, por otro, simultáneamente, resurgen problemas como el de los mineros y los mapuches que contrastan con la versión oficial de igualdad, unidad y equidad, como lo señala la página oficial del Bicentenario. Esta dualidad está relacionada con las intersecciones que se producen en los sistemas de género los cuales están determinados por factores de tipo étnicos y de clase social (June Nash, 1988). En el caso coyuntural de Chile corresponderán a: la tragedia minera de los 33 y al conflicto mapuche, ambas situaciones ocurridas en el año del Bicentenario.

Entonces, frente a la imagen de nación ratificada por medio de sus logros es oportuno, desde mi punto de vista, preguntarse: ¿cuál es el tipo de nación que se fortalece o reafirma en el Bicentenario en cuanto al género; específicamente en cuanto a la mujer? Al mismo tiempo, se abre un espacio para reflexionar sobre ¿cómo se configura la imagen de la mujer en la nación chilena?

Orígenes de la Nación chilena

Antes de hablar de festejos y conmemoraciones es importante comprender el contexto histórico que da origen a la nación chilena.

Los hechos, a la luz de la historia, que caracterizan la formación de la nación chilena, es decir, de la República de Chile como tal, señalan que la independencia de la corona española, no significó la unificación ni un reconocimiento de una “nación” de

manera inmediata para quiénes formaban parte del territorio chileno. Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (2009:14) señalan al respecto: “consideramos un error de interpretación analizar el conflicto de la independencia como el resultado natural de una conciencia nacional o protonacional”. Para ambos autores, este movimiento independentista respondió a los deseos de un grupo de criollos, quiénes se hicieron parte de un momento histórico internacional (1808-1810) de manifestarse política y militarmente en una lucha entre chilenos y españoles.

La cohesión y el reconocimiento de Chile como una nación no es un problema resuelto; sigue siendo un proceso con factores identitarios que representan más a una elite que al pueblo. Para Mario Góngora, es el estado el que ha ideado la nación, a través de la promoción de instancias diferentes como: la educación, las fiestas nacionales y los símbolos patrios. De acuerdo a esto, Góngora¹ señala que: “la nación sería el resultado de una creación estatal”. No obstante, recientes estudios historiográficos (Peralta, 2007; Pedemonte, 2008) señalados por Cid y San Francisco, muestran que la población chilena de la época no actuó de manera pasiva frente a estas dinámicas de homogenización. Al contrario, se apoderó y fue un receptor activo, (de acuerdo a sus propias vivencias) de esta representación nación. El debate propuesto en la configuración de la nación chilena radica en dos posturas opuestas, que interactúan y se retroalimentan basadas en una identidad de carácter clasista, que omite factores cruciales como la raza y el género. En este punto, quisiera enfatizar en que un tipo de nación basada en estructuras de género no solamente delimita una representación, sino que también construye otra, es decir, en el caso chileno crea una visión masculina de nación y al mismo tiempo, un tipo de mujer para esa nación. Matthew Gutmann (1997) basándose en el concepto de *conciencia contradictoria* de Antonio Gramsci, señala que tanto los conocimientos, las identidades y las prácticas dominantes van influyendo sobre las nuevas prácticas e identidades de una manera u otra y se van estableciendo estereotipos dominantes y tradicionales. En el caso chileno, la representación de la nación en Chile está marcada por una elite masculina que desea construir una (homogénea) representación de la nación que ellos consideran correcta. En este esquema es el hombre o los hombres quienes deciden lo que será y no la representación de la nación. Cabe recordar que la elite chilena generadora de la nación, deseaba

¹ Citado en Cid y San Francisco, 2009:16

asimilarse a las repúblicas europeas y no crear una nación basada en las culturas autóctonas a la llegada de los españoles. De esta manera, no es de extrañar que la visión de nación haya tenido un origen y una búsqueda de la representación en lo masculino. Tal como lo señalan Gilmore (1990), Connell (1997), Gutmann (1999), la masculinidad corresponde a un modelo construido socialmente, que está directamente relacionado a una apropiación de las negociaciones de poder, tanto a nivel social como cultural. Un claro ejemplo son los discursos nacionalistas del siglo XIX, estudiados por Carmen Mac Evoy (1966)², donde producto del triunfo en la Guerra del Pacífico los discursos nacionalistas apelaban directamente a una visión de género y mostraban claros elementos en cuanto a éste en la retórica del nacionalismo chileno como por ejemplo, contraponer la virilidad chilena versus la feminización del adversario. Dentro del mismo contexto de la Guerra del Pacífico los estudios de José Luis Réñique³, muestran como la obra de Benjamín Vicuña Mackenna contribuyó a la identidad nacional, ya que crea una historiografía conciliadora de los llamados “Padres de la Patria”, donde el discurso nacionalista se evoca, se legitima y es un motivador para la masa. La nación es representada en el prototipo del héroe. Cabe mencionar que en el estudio de Goetschel-et-al. (2007) sobre la feminización de la nación, la patria tiene cuerpo de mujer señalan esta autoras, en las imágenes del Ecuador de los años 1900-1940 la representación de la patria se hace por medio del cuerpo de mujer que se eleva a un nivel superior; al de “madre de la patria”. Ya no se vislumbra a la mujer en un estado silvestre como durante la colonia. Al contrario, se valida siempre cuando represente símbolos abstractos, lo que no da cabida para visibilizar la cotidianeidad del cuerpo de las mujeres en un plano más real.

La formación del estado-nación chileno corresponde a un cúmulo de factores históricos, geográficos, institucionales y de movimientos sociales. Sin embargo, existen también factores de carácter discursivo que apelan a otras instancias dentro de la configuración de la nación y la identidad nacional. Los estudios de Bárbara Silva establecen dos dimensiones en la construcción de la nación: una político-discursiva y otra cultural-simbólica. Con respecto a la primera “(...) se evidencian contradicciones entre la retórica inclusiva de la elite y la praxis política excluyente” (Silva, 2009: 20).

² Citado por Cid y Rodríguez, 2009:22

³ Citado por Cid y Rodríguez, 2009:23.

Es decir, se trata básicamente de una dimensión basada en la lucha de representación en cuanto a la clase de los individuos que conforman la nación. Por otra parte, la dimensión cultural-simbólica "...permite vislumbrar instancias de integración imaginaria en un nosotros colectivo (de características masculinas), a través de la creación de símbolos, ritos, mitos y estereotipos de identificación común" (Silva, 2009: 20). Es en esta idea de imaginario colectivo donde la propuesta se acerca al concepto de nación sostenido por Benedict Anderson: comprender a la nación como una comunidad imaginada. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿quiénes son a los que esta nación imagina y a quienes excluye?

De acuerdo a este retrato de la patria, se puede analizar discursivamente la feminización de la misma y el padre como una representación de un proceso patriarcal, siendo la patria una figura femenina que está supeditada a un padre, es decir a un hombre. Este último punto es lo que R.W. Connell señala cómo la existencia de una masculinidad hegemónica sustenta la reproducción del patriarcado en las sociedades latinoamericanas: "la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres" (Connell, 2003:117).

Tal como lo señala June Nash (2001) en su estudio: "Dialéctica del Género y Proceso Laboral en la América de la Preconquista, la Colonial y la Contemporánea", donde establece que el militarismo y la especialización de los hombres en las artes de la guerra propiciaron el poder de éstos sobre los recursos y sobre las mujeres que solo representaban a las deidades femeninas relacionadas con la procreación.

En cuanto al género se establece una relación dialectal que consiste en la formación de las relaciones de clase y de poder (predominio masculino en la jerarquía sobrenatural) y en el plano de lo simbólico, la representación de la patria como un cuerpo femenino evoca a su facultad reproductora (la madre patria) y, al mismo tiempo se la eleva a un carácter simbólico abstracto donde se invisibiliza su rol cotidiano. Esto coincide con lo que Goetschel-et-al (2007) sostienen en cuanto a la representación de la mujer en la nación. En los periodos de creación de las naciones en Latinoamérica estudios como los de Qayun (2006) muestran que las mujeres fueron representadas en

un rol de madre de la patria y en otros casos como: “elementos claves de representación de las fronteras internas y externas de las geografías nacionales” Goetschel-et-al (2007).

En el caso chileno, un ejemplo de estola figura de la mujer como representante ilustrativa de la “patria” en los cien años de conmemoración del Estado-Nación de Chile, la revista “Corre y Vuela” muestra a la patria como una mujer de cien años, se relaciona el cuerpo de la mujer con el tiempo biológico. El cuerpo de la mujer está marcado por el transcurrir de los años, que al parecer, hacen de la mujer un ser poco atractivo:

Fotografía 1



“En esta portada de *Corre vuela*, la República, personificada como una anciana, se enoja porque le recuerdan que cumple cien años.”

http://1.bp.blogspot.com/_645Hs4qQdDM/S_kiipWbsEI/AAAAAAAAAQy0/TGjE-Nno8A8/s1600/centenario1910-4.jpg (27/07/2011)

En esta fotografía (1) se puede apreciar como el cuerpo de la “República” para efectos de este estudio, la “Patria”, es representada por el cuerpo de la mujer, que con el paso de los años se ha deteriorado. La “madre patria” ha envejecido. Esta imagen del centenario chileno, no pasa por la evocación de la patria emergente, sino más bien pasa por la referencia biológica de la mujer-madre-patria con el cuerpo deteriorado, por ende

se puede interpretar que el “pueblo” le da la espalda. Se debe poner particular atención en que el rechazo es al cuerpo de la mujer que evoca el tiempo de vida de la patria.

Aproximaciones al concepto de Nación en Chile

Existen muchas aproximaciones teóricas al concepto de nación, sin embargo, son muy pocas las que se origina en el continente americano y menos aún en Sudamérica.

El caso chileno no es la excepción y para comprender esta configuración nacional es pertinente recordar la fecha de la independencia de Chile: 18 de septiembre de 1810. Sin embargo, no fue hasta el año 1826 que se reconoce a Chile como una República independiente. Lo sucedido entre los años 1810-1826 se puede caracterizar como un proceso de independencia dirigido por criollos, en busca de establecer una república independiente o, en otras palabras, un estado soberano. Gellner define al estado en sí, como un grupo determinado de agencias especializadas que se han separado del resto de la vida social y se transforman en el estado (Gellner, 1988:4). En el caso chileno son los criollos quienes promueven y logran la independencia de la corona española. No obstante, la existencia de un estado no implica necesariamente la existencia de la nación. El proceso de configuración de la nación de Chile es más extenso puesto que tal como lo señala Montserrat Guibernau el estado debe ser: “una comunidad humana (conceptual) que (exitosamente) reclama el monopolio del uso legítimo de la fuerza física en un territorio dado” (Guibernau, 1996:47). En la formación del Estado chileno, la definición limítrofe es un tema trascendental en la configuración del territorio nacional. En este sentido cabe recordar la importancia que Góngora le da al triunfo de Chile en la Guerra del Pacífico (1879-1883), en relación a la expansión territorial y al significado simbólico del triunfo como aporte a la identidad nacional que el estado chileno utiliza a favor de la unidad nacional. Según, Guibernau, el uso de la fuerza militar se justifica en la medida que son las batallas territoriales y sus resultados, las que intensifican el sentimiento de unidad, por lo tanto el de nación.

Paradójicamente en Chile los procesos bélicos no solo correspondieron a intensiones expansionistas externas, sino que estas expansiones ocurrieron también dentro del territorio nacional. El pueblo mapuche no fue integrado al Estado chileno

sino hasta el año 1931⁴ cuando de manera constitucional se les incluye como miembros de la nación. No obstante esta inclusión solamente fue territorial y no cultural. Es por ello que es difícil hablar de inclusión en Chile, ya que muchos de los grupos étnicos que conforman el territorio de Chile en la actualidad, nunca han sido verdaderamente integrados a la representación de la nación chilena y han permanecido tan solo en el discurso.

Desde el principio del estado los pueblos originarios han sido marginados de la representación de la nación a pesar de que es un factor fundamental en la configuración del imaginario de nación. Según Paul Brass, la importancia de la etnicidad radica en el “uso simbólico, subjetivo o emblemático que un grupo de personas hace de (...) cualquier aspecto cultural con el fin de crear cohesión interna y diferenciarse de otros grupos”. (Brass, 1991:19). Por esta razón, en la medida que se considere y se integre al pueblo mapuche en la configuración nacional existirá una cohesión, dentro del imaginario nacional, más arraigado en todos aquellos que conforman esta nación.

La importancia de sentirse partícipe e identificado con la nación es, según Yael Tamir, es la base de una nación: “una comunidad cuyos miembros comparten sentimientos de fraternidad, características distintivas substantivas y exclusivas, así como creencias en ancestros comunes y una genealogía continua” (Tamir, 1995: 425)

Aunque esta definición omite dos rasgos importantes sobre la nación como son su carácter territorial y su autodeterminación, no es menos relevante que las características más importantes sean la “creencia en ancestros comunes y una genealogía continua”, algo que el discurso cultural simbólico omite. La conformación del Estado-Nación chileno a partir de 1810, no implica que de la nada nazca un tipo de ciudadano con una clase, una raza y una cultura creada a partir de esta fecha. Es ingenuo pensar que la creación de un Estado crea, simultáneamente un tipo de ciudadano de manera inmediata. Al contrario, es el Estado, quién va generando por medio de leyes los comportamientos apropiados para la sociedad civil, sin que por ello se cree o forme un

⁴ Legislación que de 1927 a 1961 se propuso la división de las comunidades como un medio de « integrar » a los indígenas a la nacionalidad chilena o como única manera de incorporarlos plenamente a la civilización » (Jara, 1956:90). Así se estipulaba en el Decreto con fuerza de Ley n° 266 sobre comunidades de Indígenas del 20 de mayo de 1931. Pero la política integracionista se dirigía a la población rural que vivía en las comunidades. <http://alhim.revues.org/index1212.html>

ciudadano. Es decir, generar un prototipo de ciudadano de acuerdo a su género, raza, clase o etnia.

En este sentido, el Estado aplica el orden como estrategia para mantener una cohesión dentro de quienes conforman la nación pero esta técnica no implica, necesariamente, una identificación con la nación. Según Ernest Gellner (1988) el estado: “constituye una elaboración importante y altamente distintiva de la división social del trabajo...El estado es aquella institución o conjunto de instituciones específicamente relacionadas con la conservación del orden”. (Gellner, 1988:16-17), en la cual aquellos que se especializan en mantener el orden se distinguen de la sociedad civil. Para Gellner, la existencia y conformación del estado como institución, es lo que da como resultado al nacionalismo. A diferencia de Tamir o Smith, Gellner teoriza tanto el nacionalismo en relación a las instituciones estatales como al orden que éstas imponen. Esta última es una visión que vincula con lo que hicieron los criollos chilenos cuando se conformó el Estado-Nación de Chile. El concepto detrás de esto era que institucionalizando y centralizando las esferas organizativas de la administración del estado en la ciudad de Santiago, los criollos podrían controlar y aplicar un orden a todo el territorio nacional y producto de este orden se realizaría una identificación con las instituciones que llevarían a un nacionalismo per se. Los criollos creyeron que era el Estado quién daría las pautas de un nacionalismo y no las personas, la sociedad sería un ente pasivo que recibiría una identidad dirigida desde el aparato estatal⁵. Al sostener esta base de identificación se borra cualquier sistema social igualitario previo al proceso de configuración de la nación. De acuerdo a los estudios realizados por Carolyn Epple (1998) y Serena Nanda (1999), los sistemas de género en culturas previas a las occidentales favorecían una cultura igualitaria de género, donde el sistema simbólico facilita conceptualmente aceptar la diversidad como riqueza.

Un concepto que puede estar más cercano a lo que el Bicentenario chileno buscaba es la definición de Smith sobre lo qué es la nación: “una comunidad humana nombrada y autodefinida, cuyos miembros cultivan mitos compartidos, recuerdos, símbolos, valores y tradiciones, que residen y se identifican con un territorio histórico, crean y diseminan una cultura pública distintiva y observan costumbres compartidas y

⁵ Cid y San Francisco, 2010:18

leyes comunes” (Smith, 2008: 19). La definición de Smith es bastante cercana al concepto que la mayoría de los estados-nacionales manejan en la actualidad, sin embargo omite una característica distintiva que Gellner menciona cuando habla de nacionalismos: su carácter político. Este carácter es de vital importancia para el caso chileno, ya que se debe recordar que la formación del Estado-Nación de Chile siempre ha pertenecido a una elite, la cual ha plasmado sus valores e ideologías por medio de la educación. Esta idea coincide con lo señalado por Joan Scott(1996) en cuanto a las relaciones de género y poder que influyen en la categorización de las personas dentro de la sociedad, por lo cual existirán actores sociales legítimos o no de acuerdo a su clase social, por su parte las relaciones de género se determinarán de acuerdo a las categorías de las personas dentro de la sociedad. Lo que para Eric Wolf (2001)corresponde a los cuatro tipos de poder que se presentan en la sociedad: el personal (de características limitadas basado en Nietzsche), interpersonal (organizacional basado en Weber), el táctico (instituciones basado en Adams) y el estructural estratégico (es decir el estado basado en Foucault y el biopoder; como también en Marx y los procesos de producción). Es en el poder estructural estratégico donde se establecen los agentes de dominación o sujeción, por lo tanto, si una nación está compuesta por distintos rostros, razas, géneros e ideologías; por qué el Bicentenario chileno tiene una agenda determinada para reforzar los llamados “valores del Bicentenario”. Se buscaban ideales y auto-representaciones donde los resultados económicos de los últimos años se fortalecieran junto con actos que apelaban a tradiciones u historias cargadas de sentimientos de unidad y consenso de la población hacia los logros de esta nación aguerriada y homogénea.

¿Entonces, qué se entiende por nación; acaso una comunidad humana supuestamente sin género?

Según Ernest Hass la nación es: “un cuerpo de individuos socialmente movilizados, que creen estar unidos por una serie de características que los diferencian (en sus propias mentes) de los no-miembros del grupo y que luchan por crear o mantener su propio estado” (Hass, 1986: 726). Lo interesante de la definición de Hass es el compromiso que tendrían los miembros de la nación por “crear o mantener su propio estado”. De acuerdo a esto, los miembros se sentirían más partícipes del estado y, por consecuencia,

se identificarían con la nación que el estado representa. La duda que surge es: si este estado no da cabida a todos sus miembros, entonces el sentimiento unitario de nación se desvanecería o se fortalecería de acuerdo a las demandas por parte de la sociedad civil hacia el estado. Para el caso chileno este punto es clave, puesto que dentro de los “valores del Bicentenario”, se establece que el Estado de Chile es más inclusivo e incluyente al cumplir sus doscientos años. Paradójicamente, en el año del Bicentenario se manifiestan protestas tanto de las minorías sexuales, como de los pueblos originarios por el trato que reciben de parte del Estado de Chile, ya que al parecer estos grupos serían o representarían categorías no reconocidas por el estado-nación. Al parecer existiría un desfase entre el discurso oficial y la realidad de la integración y la inclusión de todos/as los/as chilenos/as. De acuerdo a esta postura es difícil entender personas sin una categoría social.

Otra definición relevante de nación es la propuesta por Walter Connor: “grupo social que comparte una ideología común, instituciones y costumbres comunes y un sentido de homogeneidad” (Connor: 1994, 92)

La propuesta de Connor tiene mucha relación con lo que se ha querido y no visibilizar en el discurso del Bicentenario. La relevancia de los héroes de la Patria, la conmemoración de las batallas, en especial de la Guerra del Pacífico, muestra que hay una ideología muy marcada en la conmemoración de los doscientos años. Las guerras son combatidas y ganadas por hombres y, en la gran mayoría de discursos se destaca una relevancia al rol de los hombres dentro de la historia de Chile, puntualmente en la esfera pública.

Otro de los puntos que menciona Connor en relación con la celebración del Bicentenario es el sentido de homogeneidad, particularmente, en relación al llamado “éxito económico”. Los tratados de libre comercio con distintos países, el avance en carreteras, la modernización de los sistemas de comunicación, etc. han inundado al ciudadano/a de un sentimiento exitista, ya que, este llamado “progreso”, no implica que todos (ciudadanos/as) hayan progresado. Desde el discurso oficial se muestra el avance de Chile en estos últimos años. Sin embargo no se puede hacer un símil entre el progreso económico de la nación y la realidad particular de cada ciudadano y ciudadana

del país, ésta comparación no tiene base real⁶. Se trata solo de un discurso que busca un sentimiento de homogeneidad, al que se refiere Connor.

Un ejemplo de la idea homogenizadora en el Bicentenario son sus fiestas y festejos, los cuales, efectivamente, cumplirían con ser instancias totalizadoras de la nación y una clara efervescencia de nacionalismo, donde el concepto de comunidad imaginada de Benedict Anderson, sería apropiado en relación a lo que la nación representa como un todo. En la definición de Anderson no existe ningún indicio en relación al género, al parecer este imaginario de nación es de género neutral o binario. Para el caso chileno, la inquietud es que no pueden cumplirse doscientos años de la constitución de una nación donde se omitan o invisibilisen las relaciones de género, la falta de reflexión sobre cómo se dan las relaciones de género y cómo se representan en el imaginario y, al mismo tiempo, en el tipo de nación que se quiere es parte también del crecimiento y desarrollo de la misma.

En la visión de Anderson, la nación se constituye como una comunidad imaginada y son los miembros de esta comunidad quienes se sienten parte de un todo unificador y distintivo. En el caso de Chile, la Comisión del Bicentenario manifiesta literalmente cuál es la visión de nación en el Bicentenario:

Con una población estimada superior a los 17 millones de habitantes, según información proyectada por el Instituto Nacional de Estadísticas, Chile enfrenta su Bicentenario en un escenario muy diferente a lo que fue 1910. No sólo por los datos demográficos, sino sobre todo por el tipo de sociedad que se ha construido en los últimos 100 años. Avances sustantivos en cuanto al bienestar de la población, con acceso a nuevos bienes, servicios y oportunidades; además de una tendencia a la integración o inclusión de sectores que en el pasado estuvieron al margen, en particular la mujer. En definitiva, hoy las personas viven en una sociedad más heterogénea, que se vincula a través de diferentes formas de familia. (<http://www.chilebicentenario.cl/frmSingle.aspx?IdSeccion=142&idarticulo=751&t=>)

El discurso oficial de la representación de la nación del Bicentenario chileno tiene relación con un aspecto relevante en cuanto a la exacerbación de un sentimiento nacional, lo que John Breuilly (1993) define como nacionalismo, cuya característica es

⁶ El censo del 2002 muestra que la tasa de participación femenina no muestra una evolución significativa de un 9.5% en 1930 a 35.6% en el 2002. Fuente Instituto Nacional de Estadística de Chile, www.ine.cl

poseer un carácter político, el cual es utilizado por las élites para llegar o mantener el poder.

Según Breuilly existen dos tipos de nacionalismo. El primero corresponde a un nacionalismo reformista (renovar el estado) y el segundo a un nacionalismo secesionista que implica crear un estado a partir de una división de otro estado. En el caso de Hispanoamérica, el primer nacionalismo se produce como un nacionalismo secesionista para luego pasar a un nacionalismo de tipo reformista, en donde se comienza a promover la nación moderna.

En relación a la construcción del imaginario de nación moderna, según Mónica Quijada es en Hispanoamérica donde existe un claro sentido de creación de la nación moderna: “si en algún proceso de construcción nacional hubo auténticos *nation-builders*, individuales e individualizables, éstos fueron los hispanoamericanos” (Quijada, 2003: 289). La afirmación de Quijada sirve para argumentar que fueron pocos los que conformaron el imaginario de nación en Hispanoamérica. Entonces la pregunta que cabe realizar es cuán representativa es la nación moderna en Hispanoamérica de acuerdo a las distinciones y diferencias que cada país posee.

Pautas en la Celebración del Bicentenario en Chile

En relación a las pautas que guiaron la celebración del Bicentenario, quisiera partir con el discurso oficial presentado. Particularmente, me llamó la atención una lista de valores que reflejarían o interpretarían a la nación bicentenaria, de acuerdo a la página oficial del gobierno de Chile, esta propuesta oficial discursiva ayudaría a apreciar cómo el estado nación de Chile se ha configurado genéricamente, en cuanto a las identidades de género y cómo estas se reafirman en los discursos gubernamentales:

El Bicentenario de Chile es una oportunidad única para comprometer a cada ciudadano e institución en la construcción del país que queremos, el que podríamos definir a través de lo que hemos denominado los **Valores Bicentenario**. Estos son un conjunto de cualidades que esperamos representen en Chile del Bicentenario:

Un país que **rescata, valora y respeta sus identidades** que crea, difunde y preserva su patrimonio natural y cultural (tangibles e intangibles).

Un país **libre y democrático** que promueve una cultura de libertad y participación, impulsando el desarrollo de espacios de expresión, interacción y diálogo ciudadanos.

Un país **diverso e integrado** que promueve la cultura de la tolerancia y la no discriminación, los diálogos interculturales y la inclusión de las comunidades discriminadas.

Un país **socialmente equitativo y solidario** que promueve la igualdad de oportunidades y desarrolla capacidades para la autopromoción social.

Un país **en crecimiento** que impulsa el desarrollo de las capacidades de las personas, articula estratégicamente los sectores privado y público y motiva la innovación en productos y procesos y el uso de nuevas tecnologías.

Un país **en armonía con el medio ambiente** que promueve una cultura de cuidado del medio ambiente y del respeto y amor por los animales y la naturaleza en general.

<http://pruebasitio.chilebicentenario.cl/frmSingle.aspx?IDseccion=23&i dArticulo=912>

Si bien todos estos valores hacen imaginar un país ampliamente democrático e inclusivo, son justamente estos puntos los que son cuestionables durante el año del Bicentenario. Es la misma sociedad civil la que comienza a cuestionar cuán representativa es la imagen de nación y al mismo tiempo cuán integradora de la diversidad y respeto hacia quienes no responden a los cánones de la elite que ideó al Estado-Nación de Chile.

Es importante aquí estudiar como el discurso del Bicentenario se relaciona o no con la propuesta de Foucault (2002) sobre la producción del discurso: “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 2002:15). Estudiar las tensiones que se vislumbran en el discurso del Bicentenario, la de aquellos/as que están en el discurso oficial y de aquellos/as que se omiten o se apropian de esta instancia discursiva. En términos de Bourdieu (en Acebo Ibañez: 35), la dimensión simbólica de la realidad social, donde éste es un entretrejo de relaciones de significado en el cual las representaciones y el lenguaje son parte del proceso de construcción de la realidad.

El discurso del Bicentenario presenta una instancia hegemónica, ya que combina y equilibra fuerzas en un ideal de nación (un término consentido por la mayoría) de

acuerdo a lo propuesto por Gramsci (1970). Además este discurso en sí tiene un dispositivo de poder, en palabras de Foucault, en cuanto al habla o el pensamiento de un asunto en el cual todos/as se ven unidas por presupuestos comunes. De acuerdo a lo anterior, analizaré el discurso del Bicentenario en relación a lo que crea y produce en cuanto al género.

En el análisis de los discursos no verbales para su análisis utilizaré la visión de Roland Barthes (1980) relacionada a la construcción del mito, es decir; "el sistema de comunicación de un mensaje en cuanto a su significación y su forma. El mito no se define por el objeto de su mensaje sino por la forma en que se o profiere: sus límites son formales, no sustanciales". (Barthes, 1970: 199)

CAPÍTULO II

GÉNERO Y NACIÓN

Florencia Mallon (1995) sostiene que se debe dar mayor importancia a discursos formadores de ideología, cultura y política, ya que estos construyen conceptos e ideas de nación y, por lo tanto influyen en la conformación de identidades nacionales.

Para entender cómo se forma esta identidad nacional la misma autora señala:

[...] the identity of the elements is changed through the practice of articulation. In the case of, nationalism, then it makes sense to concentrate not only on the major discursive elements in the final product but also on the process of construction itself. Through open-ended processes of articulation, nationalist discourses are formed from already existing elements and newly emerging ones. By connecting these elements along new lines of equivalence and antagonism, social and historical actors transform the meaning of both old and new. (Mallon, 1995: 90)

Nira Yuval-Davis sostiene que “la condición de la mujer; es una categoría relacional que debe ser entendida y analizada como tal” (2004:13). La autora propone que se debe integrar a la mujer al desarrollo de la nación. Su argumento se basa en la complejidad de la construcción de la nación basada en la condición específica tanto de hombres como de mujeres.

Casi siempre cuando se piensa en nación se parte de visiones hegemónicas que omiten las relaciones de género por considerarlas irrelevantes. Yuval-Davis (2004) reflexiona sobre la complejidad que posee el concepto de nación. Por un lado está la visión del análisis materialista que centra su postura en la burocracia estatal y otros apartados del Estado. Por ejemplo el establecimiento y reproducción de las ideologías y límites nacionales y por otro lado está la visión intelectual que se basa en una mirada al pasado mítico o histórico de la sociedad, cuyo imaginario se vuelve una prioridad para las aspiraciones nacionalistas. En el caso chileno ambas visiones se encuentran relacionadas con el imaginario de nación que se presenta en el Bicentenario.

Estas dos visiones de la nación excluyen el rol de la mujer en la nación. Es por ello que Yuval-Davis se cuestiona por qué, usualmente, las mujeres están ocultas o escondidas en las diversas teorizaciones del fenómeno nacionalista.

Para Michelle Z. Rosaldo, el hecho de que muchas sociedades tradicionales centren la vida adulta de las mujeres en el rol materno y en el cuidado de los niños ha marcado una división entre lo que es la actividad doméstica y la pública en cuanto a los roles de género. Según Rosaldo:

Las diferencias de sexo, tal y como son moldeadas por la cultura en estereotipos, no son precisamente los productos acabados de las multivariadas fuerzas biológicas, psicológicas y sociales. En muchas sociedades ya se ha puesto en marcha el género. Frecuentemente debe llevar una pesada carga simbólica que procede del modo como los hombres y las mujeres se ven entre sí, pero también de cómo la sociedad se ve a sí misma. (Rosaldo, 1979:151)

A raíz de lo señalado por Rosaldo, Carole Pateman (1995) busca una respuesta al ocultamiento de las mujeres desarrollando la teoría del Contrato Social, el cual consiste en la división de la sociedad civil en dos territorios: uno público y otro privado. La mujer y la familia se ubican en el plano privado que políticamente no tiene relevancia, en cambio el hombre se ubica en el plano público donde existe relevancia.

Para Pateman, el origen del Contrato Social se encuentra en el derecho patriarcal o derecho sexual, donde los hombres ejercen poder sobre las mujeres. La sociedad moderna sigue un orden social de características patriarcales, donde la mujer cumple un rol preestablecido social y culturalmente. La libertad civil depende del derecho patriarcal, por ende es una libertad condicionada a los hombres.

A Pateman le interesan los contratos en cuanto a la desigualdad en la que se basan, es por ello que establece una relación directa, dentro del concepto del capitalismo, entre hombre-mujer y capitalista-trabajador. Es aquí donde radicaría el sentido político de las relaciones de género en la sociedad.

La visión de la mujer está en desventaja en relación al hombre; un claro ejemplo de esta desigualdad es el matrimonio; si éste se toma como base de la sociedad, en él se refleja la sujeción de la mujer que se espera en la sociedad.

El matrimonio para Pateman, es una relegación de la mujer al espacio privado, donde debe cumplir una serie de roles, los cuales pertenecen y está determinados por su género socialmente; del mismo modo, representan una conducta a seguir. Por lo tanto el matrimonio es la base de un sistema patriarcal donde la mujer no ejerce su libertad individual.

Christopher Chiappari (2001) profundiza en su estudio sobre la dicotomía público/privado. Si bien en un primer momento se pensó que el espacio público le pertenecía al hombre y el privado a la mujer, entendidos como espacios de poder, Chiappari muestra que estas dos esferas no necesariamente están separadas, ni una es completamente masculina ni la otra completamente femenina. El control o poder no se dan de la misma manera en ambos ámbitos. La propuesta de Chiappari dice que la importancia de lo femenino no radica en lo público y en lo privado sino que en los contextos en los cuales se produce la subordinación femenina. Existe mayor relación de acuerdo a las realidades culturales, ya que estas marcan las relaciones y los roles dentro de las sociedades.

Bárbara Grünenfelder-Elliker (apuntes de clase GDG 2010) señala que la propuesta de Michelle Rosaldo en cuanto a la dicotomía entre lo público-privado corresponde a un marco estructural que permite analizar la falta de equidad genérica en sociedades que CONOCEN LA SUBORDINACIÓN [y no en otras y tampoco en dónde la subordinación es estructurada de manera diferente].

Yuval-Davis afirma que el hecho de confinar a la mujer a una esfera privada, no solamente la ha relegado del plano físico, sino que también del discurso político.

Nira Yuval-Davis logra esbozar los orígenes de la falta de participación de la mujer en la nación. Yuval-Davis demuestra que desde el principio de la teorización de la nación, las mujeres fueron excluidas del plano político, puesto que se las subordinó a la imagen de hombre (ser racional y fuerte). La mujer fue relegada al plano de la naturaleza y siempre han estado en la arena nacional como reproductora biológica y como reproductoras de la cultura de la nación; transmitiendo los valores de la nación, redefiniendo su contenido; el límite de la etnia y la nación.

Para Maxine Molyneux: “La ciudadanía proporciona un lenguaje político para reflexionar sobre algunas de las cuestiones más generales de pertenencia social a las que tendencias globales tales como las migraciones, el nacionalismo, las reivindicaciones indígenas y la marginación social han otorgado un nuevo protagonismo ” (Idem, 2003: 254). Hablar de ciudadanía implica hablar de las relaciones de poder que se desarrollan en la sociedad, cómo se establecen y en qué se basan. Un claro ejemplo de las tensiones que se dan, cuando se habla de ciudadanía, es la desigualdad política que sufren las mujeres en sociedades que, supuestamente, se rigen por principios de igualdad. Existe

una disociación entre el discurso político y la práctica ciudadana. Esto no solamente, afecta a las mujeres sino que también a diferentes grupos sociales que se ubican en una subalternidad.

Hablar de ciudadanía es hablar de pertenencia social y política, de sistemas de derecho, identidad y diferencia. Sin embargo, cuando la ciudadanía se basa en sistemas de diferencias, las mujeres quedan en un plano esencialista. Su ciudadanía queda reducida a la reproducción biológica; a la maternidad relacionada con el ámbito privado. Existe una tensión constante en los principios de igualdad y diferencia en la formación de la ciudadanía femenina. Si bien se busca la igualdad de derechos y oportunidades para las mujeres como ciudadanas; la diferencia también es una marca constitutiva del ser ciudadana.

Para Linda McDowell (2000) hablar de género en la imagen de representación de la nación es problemático, en la medida que la temática de género se basa en la diferencia y también en la jerarquía de relaciones dentro del estado. Según McDowell este punto está directamente relacionado con el concepto de biopoder propuesto por Foucault.

Si bien se han realizado algunos cambios hacia la igualdad y equiparación de los derechos de las mujeres, McDowell (2000) señala que la teoría liberal ha sido vulnerable en la aplicación de las reivindicaciones de los derechos de la mujer. Un claro ejemplo es la discriminación positiva en la política de acceso a la universidad en Estados Unidos, donde el sistema de cuotas implementado es objeto de cuestionamiento en relación a la idoneidad de la persona (minoría) que ocupa el cupo. Muchas de las políticas de igualdad terminan produciendo conflictos en vez de equiparación. Es por ello que es necesario estudiar e investigar nuevas maneras de lograr la inserción de la temática de género en la visión de estado (donde la mujer se encuentra en un puesto de subordinación).

Otra de las ideas desarrollada por MacDowell dice que la base de la desigualdad entre hombres y mujeres radica en la naturalización de la mujer como reproductora. El problema está en que las políticas de oportunidades suelen ignorar los problemas relacionados con la vida familiar. Por lo tanto se hace necesario establecer políticas laborales que consideren la diferencia entre las necesidades laborales femeninas y masculinas sin que se produzcan discriminaciones. Con ello, se requiere establecer

incentivos para que las mujeres puedan desarrollarse en el plano laboral pero no dentro de esquemas diseñados para hombres.

Cabe recordar lo que McDowell señala que la participación política de las mujeres, se basa en el lema acuñado durante los años sesenta: “Lo personal es político”, donde se inicia una nueva forma de participación de las mujeres, caracterizado por un activismo. Se rompe con la dicotomía de público y privado. Lo privado (personal) pasa a ser público y los temas que antes no se habían abordado como los temas de género ahora se encarar. Sin embargo, este cambio no es fácil, puesto que dentro de los imaginarios de nación, las imágenes de las mujeres en una vida pública son pocas, esporádicas o no tienen cabida.

Propuestas y divergencias en cuanto al género

Los aportes de Judith Astelarra en relación al sistema de género en la sociedad moderna se basan en las diferencias biológicas que existen entre hombre y mujeres lo cual explicaría divisiones en el trabajo y, en el sistema de género, cabe señalar que sus aportes son pertinentes solo a la cultura occidental. Astelarra (2004) explica que el género se manifiesta en cuatro niveles: las características biológicas secundarias (asociadas al sexo), la identidad personal (rasgos psicológicos), los roles sociales (género relacionado con actividades propias para cada sexo) y los ámbitos sociales (corresponde al espacio físico donde se desarrollan los niveles anteriores). No obstante se debe tener en cuenta que esto no siempre fue así, ya que el sistema de género depende de la cosmovisión que los grupos étnicos poseían. De acuerdo a los estudios realizados por Carolyn Epple (1998) y Serena Nanda (1999) dentro del sistema de género existen diferentes formas de construir lo masculino y lo femenino sin necesidad de ser determinantes dentro de los roles sociales, así por ejemplo, los navajos tienen a los nádleehí quienes concentran tanto representaciones masculinas como femeninas.

Astelarra señala que en el caso del patriarcado la base de la desigualdad y discriminación de género en las sociedades modernas y, de igual manera, el origen de la división sexual del trabajo que determina una separación entre el espacio público y el espacio privado.

El espacio privado está relacionado a la mujer y el público al hombre. Si bien con la integración de las mujeres al trabajo se han abierto espacios para ellas en el

espacio público, esto no es garantía de igualdad con los hombres. Aún existen diferenciaciones entre los salarios de hombres y de mujeres. Por otra parte, en el ámbito privado el hombre tampoco se ha involucrado, con lo que sigue existiendo desigualdad de género en el ámbito privado.

Buscar igualdades de género implica revisar marcos legales en los cuales son las propias leyes la que marcan desigualdades. Otro punto es el acceso a la educación para que las mujeres puedan desarrollar actividades en el ámbito público (trabajo, política y cultura), al tiempo de concientizar a las mujeres sobre sus derechos.

La acción positiva busca corregir las desventajas de las mujeres en relación a los hombres para que puedan acceder al espacio público.

La transversalidad busca establecer igualdad de oportunidades en cuanto a la actuación y la paridad de las mujeres en el ámbito público.

Según Verónica Schild (2000) los gobiernos latinoamericanos han adoptado compromisos internacionales para apoyar los derechos de las mujeres como respuesta a las demandas de los movimientos femeninos.

Una de las medidas más claras de visibilizar a las mujeres dentro de las políticas públicas ha sido (por parte de algunos gobiernos) crear departamentos de la mujer y agencias estatales para promover el debate público y lograr cambios en relación a sus derechos y vidas en áreas como: educación contra la violencia y el derecho de la familia.

No obstante, se debe aclarar que estas medidas no logran una justicia de género, en cuanto a equidad, puesto que abordan problemáticas puntuales y no implican, necesariamente, cambios radicales en la integración de las mujeres en los espacios públicos.

Eleonor Faur (2004) centra su estudio en las políticas de conciliación entre la familia y el trabajo. Lo primero que establece es la relación entre producción centrada en lo masculino y la de reproducción visualizada en lo femenino. Es así como la división “natural” del trabajo queda separada en dos áreas. La primera corresponde al trabajo remunerado fuera del hogar encabezado por el hombre y la segunda atañe al trabajo en el hogar, no remunerado, representado por las mujeres.

Las medidas que incluyen las licencias laborales pre y post natales siguen naturalizando a la mujer en el plano reproductivo. La mujer gana espacios en las políticas públicas en la medida que cumple con el sistema básico de reproducción.

Otra de las medidas cuestionadas por Faur es el sistema de salas cunas (como política pública de algunos países) que implementan algunas empresas, donde por ley, se establece que sobre un cierto número de empleados mujeres que son madres de infantes, la empresa debe otorgar el beneficio de sala cuna para los niños. Muchas veces esta política produce incentivos cruzados. De esta forma en vez de cumplir con la ley, se trata de evadirla contratando menos mujeres para no alcanzar la cantidad mínima o, simplemente, se evita de plano contratar mujeres.

Otro de los puntos abordados por Faur es el trabajo doméstico, el cual se encuentra absolutamente desvalido dentro de la legislación de algunos países latinoamericanos, con respecto a los fueros maternales.

Bajo esta percepción el estudio de Astelarra centrado en el patriarcado se torna a-histórico, en la medida que los fundamentos del patriarcado son transformados en el mundo moderno, es decir en la sociedad occidental, ya que las sociedades occidentales existe una hegemonía masculina y una jerarquía de género basada en un sistema de poder y avalado por un sistema económico donde el rol de la mujer está determinado por el sistema de producción, de acuerdo a Nash.

Sonia Montecinos (1991) señala que la gran problemática de los hombres y mujeres latinoamericanos es la existencia o no de una cultura latinoamericana; de una identidad. (1991: 37). La conformación de la cultura latinoamericana radica en el mestizaje entre la cultura indígena y la europea. Desde la época de la Colonia, el sujeto latinoamericano se habría configurado en una relación de dominado versus dominador.

Dentro de las relaciones de subalternidad que se dieron durante la colonia, se encuentra el abuso sexual que ejercieron muchos de los conquistadores a las mujeres indígenas, quienes daban a luz al mestizo. Eran madres solas que se dedicaban a la crianza de sus hijos.

En Chile, afirma Montecinos: “El problema de la legitimidad/bastardía atraviesa el orden social chileno transformándose en una marca definitoria del sujeto en la historia nacional, estigma que continúa vigente en los códigos civiles” (Montecinos,

1991: 43). Si bien el origen de este pensamiento es conflictivo, lo es más aún cuando este estigma está o estuvo (hasta hace poco años) vigente en la legislación.

Según Jean Franco (1996), durante la conquista de México, la Malinche adquiere un rol relevante, como intérprete e intermediaria. Es ella quien logra desplazarse entre una cultura y otra, al igual que comprenderlas.

Sin embargo, la imagen de la Malinche no se desprende de la de indígena abusada por el conquistador, como un reflejo de la apropiación simbólica del dominador al dominado. Franco relaciona esto con el término malabarismo: “la significación del malabarismo a través del cual la conquista se transforma en mestizaje; malabarismo...desplaza la atención desde el modo de reproducción de la sociedad colonial, hacia la mujer simbólica en tanto...cooperadora, intermediaria, intercesora y eventualmente...traidora” (1996:16). La agencia de la Malinche es relevante, en la medida, que ella no solamente era la traductora, el vínculo entre lo foráneo y lo autóctono; sino que también tenía una participación activa (tenía agencia) dentro de la enseñanza de la fe católica. Cabe señalar que la evangelización de los indígenas fue parte de las estrategias de conquista. Luce Irigaray (citada por Franco) interpreta el actuar de la Malinche como la mimesis, que radica en una estrategia utilizada por las mujeres dentro del discurso patriarcal. Consiste en tener agencia dentro de los parámetros masculinos establecidos.

La Malinche se apropia del contrato sexual, ella regresa para mostrar su participación dentro del proceso de la colonia.

En relación a los contextos culturales, Xavier Andrade (2001) señala que, en cuanto a las masculinidades, existen estrategias de actuar relacionadas a la norma dominante de la heteronormatividad. Andrade da cuenta que dentro de los estudios de género el tema de lo masculino no se ha estudiado suficiente, puesto que se ve como algo no problemático y por lo general, las relaciones de equidad de género se enmarcan en un binario hombre-mujer. Al mismo tiempo afirma que: “Pocas veces ha sido cuestionada la matriz heterosexual y más bien se ha tendido a reproducir la naturalización de dicho orden” (idem, 2001: 16)

Mathew Gutmann (1997), basándose en: ”el concepto de *conciencia contradictoria* de Antonio Gramsci argumenta sobre cómo los conocimientos, las identidades y las prácticas dominantes van influyendo sobre las nuevas prácticas e

identidades de una manera u otra y se van estableciendo estereotipos dominantes y tradicionales” (Gutmann, 1997: 156). En el caso del imaginario de nación se replican, a través de distintos procesos como: la educación, las fiestas tradicionales, las comunicaciones, etc.

En la concepción de “Lo Masculino”, Gutmann (1999) señala que corresponde a todo aquello que tiene que ver con los hombres; todo lo que los hombres dicen, piensan o hacen.

Según R.W. Connell citando los trabajos de Franzway (1989) y Grant y Tancred (1992) visión tradicional de nación se basa en:

[...] las prácticas organizacionales del Estado están estructuradas en relación al escenario reproductivo. La aplastante mayoría de los cargos de responsabilidad son ejercidos por hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción, en la división interna del trabajo y en los sistemas de control, en la formulación de políticas, en las rutinas prácticas, y en las maneras de movilizar el poder y el consentimiento. (Connell, 1997)

La imagen de nación está formada en un tipo de masculinidad, tal como lo menciona Gutmann (2000), en las representaciones (cinematográficas en el caso de México) de la nación están visualizadas en como los actores hombres interpretan un actuar explosivo e inquieto de la emergente nación.

Si una nación se basa en un solo tipo de identidad está subjetivizando a su población y la está normatizando. En el caso chileno quizás en vez de reforzar tanto un tipo de población sería mejor abrir nuevas formas y aceptar la categoría de género dentro de su concepción de nación desde todas las áreas.

Noma Fuller dice en este sentido que “[...] el tipo de arreglos familiares, socialización en la escuela, mercado de trabajo, organizaciones políticas, e ideología hegemónica, son bastante uniformes. Más aún, todas ellas están insertas en el circuito de medios de comunicación globales y de la sociedad de consumo” (idem, 2001: 18), en el cual todos los actores se ha ubicado en ciertos patrones de comportamientos que se sostienen social y culturalmente.

A decir de Fuller: “la identidad está compuesta por una variedad de discursos que la gente emplea para dar sentido a su actuación en cada uno de los diferentes ámbitos en los que se desenvuelve cotidianamente (...) cuando un varón está entre sus cuatro paredes corre el riesgo de ser feminizado por su contacto. Más aún, en la medida en que

las tareas hogareñas se definen como femeninas, los varones deben evitar su contacto” (Fuller: 2001:29)

Armando Bartra (2004) visualiza que hay un estoicismo que esta reafirmado en actos como la lucha libre y su relación con el sexo. Esta imagen está validada en la medida que responde al modelo dominante de masculinidad donde el prototipo de héroe es lo que se espera.

José Limón (1989), respecto al lenguaje simbólico de la fuerza masculina, dice que la referencia a los órganos sexuales masculinos es un tipo de lenguaje donde se reafirma lo masculino.

Andrade (2001) basándose en el estudio de Sedgwick, señala que una de las características sociales de las relaciones de hombres es la homosociabilidad, la cual se manifiesta por medio de una tensión entre el deseo de establecer relaciones entre hombres y la mantención del orden heterosexual como marco dominante.

La homosociabilidad responde a conformaciones patriarcales propias de la cultura occidental, donde cada espacio está determinado por el sexo biológico y por un comportamiento esperado de acuerdo a la norma.

Salir de la norma es caer en tensiones sociales como la homofobia, las cual Michael S. Kimmel (1994) define como:

Un principio organizador de nuestra definición de cultura de virilidad, es más que el miedo irracional por los hombres gay, por lo que podemos percibir como gay, es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los estándares, que no somos verdaderos hombres (Kimmel, 1994: 2)

Los estudios de género marcan una nueva concepción en la manera de ver las relaciones entre los seres humanos, muchas de las definiciones aluden al concepto de “poder” señalado por Foucault. Humberto Quiceno señala al respecto:

Foucault distingue muy claramente el *saber*, el *poder* y el *sujeto*. El poder crea el saber y al sujeto de ese saber. El modo histórico como ese proceso se creó fue por medio de la *disciplina*, la cual produjo dos movimientos: hizo pasar conocimientos que no tenían estatuto de saber hacia el saber científico y, por otro lado, produjo un tipo de sujeto que se identificó con esa disciplina, pues estaba sujeto a ella y a sus formas institucionales, discursivas y prácticas. (Quiceno, 1984:73).

De acuerdo a esta concepción, según Joan Scott:

El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de

relaciones significantes de poder (...)El género debe redefinirse y reestructurarse en conjunción con una visión de igualdad política y social que comprende no sólo el sexo, sino también la clase y la raza” (Scott, 1997: 25).

El desafío propuesto por Scott es claro, entre más amplio el concepto, será más integrador y útil para comprender las relaciones sociales de género en la actualidad. Para el caso chileno, integrar conceptos de clase y raza es de suma importancia para lograr entender lo que los valores del Bicentenario buscan promover.

Otro de los acercamientos al concepto de género es el propuesto por Linda MacDowell (2009:262) donde se establece que la base de la desigualdad entre hombres y mujeres radica en la naturalización de la mujer como reproductora. El problema está en que las políticas de igualdad de oportunidades suelen ignorar los problemas relacionados con la vida familiar, entonces se hace necesario establecer políticas laborales que consideren la diferencia entre las necesidades laborales femeninas y masculinas sin que se produzcan discriminaciones. Es decir, se requiere establecer incentivos para que las mujeres puedan desarrollarse en el plano laboral pero no dentro de esquemas diseñados para hombres.

Cuando McDowell habla de la participación de la mujer en la política, se basa en el lema acuñado durante los años sesenta: “Lo personal es político”, donde se inicia una nueva forma de participación de las mujeres, es decir, un activismo. Se rompe con la dicotomía de público y privado. Lo privado (personal) pasa a ser público y los temas que antes no se habían abordado se ponen en la palestra como son los temas de género. Si bien esto fue un avance para visibilizar los problemas específicos de las mujeres dentro de la sociedad, algunas políticas no logran resolver estos problemas sino más bien producen un efecto negativo sobre la participación o integración de la temática de género. Un ejemplo de esto es el concepto de “Estado del bienestar” donde las mujeres son sujetos de intervención y naturalización. Bajo esta premisa, es difícil poder actuar o integrarse dentro del estado como un ser en igualdad de derechos y condiciones.

Por otra parte, en relación al género y la sexualidad, la mujer no siempre estuvo visibilizada como objeto de estudio. Gracias a las feministas, las sexualidades son vistas como un campo de debate político, un espacio de disputa política. Una vez más la frase célebre que acompaña este debate es: “Lo personal es político” se vuelve relevante. De acuerdo con esta línea de pensamiento serán las feministas las primeras en hacer distinciones entre sexo, género y sexualidad. Stevi Jackson y Sue Scott (1996) señalan

que el término “sexo” (o sexualidad) tiene generalmente dos connotaciones. Por un lado, puede referirse a la diferencia entre hombre y mujer y, por otro, a la actividad erótica íntima. En cuanto al término “sexualidad”, estas autoras argumentan que tiene un significado más amplio que incluye los deseos eróticos, prácticas e identidades. El término “género”, acuñado por las feministas, se utiliza para enfatizar la manera en que lo femenino y lo masculino se forma en la sociedad, para desafiar la idea de que las relaciones entre mujeres y hombres fueron ordenadas por la naturaleza.

La sexualidad es tomada como una distinción primaria de organización social, donde muchas feministas contemporáneas han señalado, que en los análisis sobre sexualidad se tiende a homogenizar y categorizar a las mujeres, lo que sería un reflejo de la subordinación de éstas en cuanto a la visión social de las relaciones sexuales. (Jackson y Scott, 1996)

Los niveles de la sexualidad para Jackson y Scott estarían enmarcados en tres aspectos: normas, representaciones (donde se producen los debates y las disputas sobre la sexualidad) y las prácticas e institucionalidad (donde se origina el control)

Para Michael Foucault (1995), la sexualidad es el resultado de tres dispositivos: placer, poder y saber; que se distancia de lo manejado hasta ese momento, donde se veía la sexualidad como equivalencia de la represión.

Para Foucault existe un desfase entre el discurso y el conocimiento, en cuanto a la sexualidad durante el siglo XIX: “(...) el sexo parece inscribirse en dos registros de saber muy distintos: uno relacionado a la biología de la reproducción que se desarrolló de modo continuo según una normativa científica general, y una medicina del sexo que obedeció a muchas otras reglas de formación”. Según Foucault la clave estaba en la resistencia a un discurso racional sobre el sexo.

Otra de las características destacadas por Foucault, en cuanto al sexo, es el hecho de que haya pasado de conceptos como sensación y placer, a valores de verdad o falsedad. Jeffrey Weeks, en relación al estudio de la sexualidad de Foucault, señala que es: “una relación de elementos, una serie de prácticas y actividades que producen significados, un aparato social que tenía una historia, con raíces complejas en el pasado pre-cristiano y cristiano, pero que logra una unidad conceptual moderna, con efectos diversos, sólo en el mundo moderno”. (Weeks, 1998:27)

Sin embargo, Weeks ve la unidad establecida por Foucault como ficticia puesto que correspondería más a un modelo histórico-social. Para Weeks la sexualidad en la época moderna corresponde a un espacio de debate y un proceso individual producto del cambio que se ha producido en la época moderna, del paso de un modelo teocéntrico a uno etnocéntrico, donde la sexualidad tomaría un rol político:

La sexualidad se configura mediante la unión de dos ejes esenciales de preocupación; nuestra subjetividad, o sea, quiénes y qué somos, y la sociedad, o sea, el crecimiento, el bienestar, la salud y la prosperidad futuras de la población en su conjunto. Las dos preocupaciones están íntimamente relacionadas, porque en el centro de ambas se hallan el cuerpo y sus potencialidades. (Weeks, 1998: 40)

Para Nancy Chodorow (1978), la identidad femenina está relacionada directamente con la maternidad como un resultado de la prolongación de la relación madre-hija, cosa que no ocurre en los hombres puesto que deben romper con el vínculo con la madre para lograr su identidad masculina.

Por lo tanto, la temática de la sexualidad se libera de la interpretación religiosa para posesionarse en la individualidad de las personas en consecuencia de la particularidad individual, al mismo tiempo de una identidad individual.

¿Pero cuál ha sido el recorrido histórico de la sexualidad? Se puede abordar esta pregunta desde algunas temáticas como: placer, reproducción, monogamia, mecanismos de control, los cuales tienden a interrelacionarse de acuerdo a la historia.

El placer se visualiza de dos maneras. La primera relacionada directamente con el placer masculino - a excepción de la prohibición de la iglesia católica de masturbarse señalada por Jean Louis Flandrin (1984). La segunda que descarta el placer el femenino, donde sólo se lo consideraba si de éste dependía la reproducción sexual, es decir, una mejor procreación y buenos resultados.(Flandrin, 1984).

Otro claro ejemplo, es lo señalado por Lacqueur (citado por Robert Muchembled): “Una mujer no sólo no necesita sentir placer para concebir, sino que incluso no necesita estar consciente”(Muchembled, 2008: 60). En los años sesentas se establece que el orgasmo está separado de la reproducción.

Otra visión del placer femenino la señala Muchembled: “El placer carnal, finalmente, se encuentra asociado de manera directa a las mujeres ligeras”(Muchembled, 2008: 56); esta denominación, también incluye a mujeres casadas.

Otra de las temáticas de la sexualidad a lo largo de la historia, será la monogamia, establecida como un mecanismo de control, a través del discurso de la iglesia como una respuesta a libre albedrío. Asunción Lavrin (1991) menciona en su análisis sobre el discurso de fray Gabino sobre el sexto mandamiento. Éste explicaba cómo la lascivia se podría presentar de siete maneras, todas ellas conducentes a un pecado mortal, al mismo tiempo que mostraban todos los tipos de conducta sexual prohibida. Estas conductas eran las siguientes: la simple fornicación, el adulterio, el incesto, el estupro.

La monogamia también está relacionada con el honor masculino, si una mujer era adúltera el hombre necesitaba recuperar su honor, no obstante no ocurría esto a la inversa. (Lavrin, 1991:79)

Otro mecanismo de control ha sido la teoría científica. Si bien en un primer momento fue la iglesia la encargada de controlar la sexualidad humana, posteriormente fue el turno de la ciencia, la cual a través del discurso de la reproducción naturalizó la sexualidad femenina. María Emma Mannarelli (1999) menciona la existencia de textos dedicados a enfatizar la relación madre niño con una tendencia clara a describir una identidad femenina por medio de la maternidad.

El cuerpo de la mujer es objeto de intervención constante, el deber ser femenino radica en la reproducción de la cultura y su deber ser en la sociedad. Mannarelli señala: “los consultorios públicos para las mujeres embarazadas tendrían enorme trascendencia: aumentarían la población, mejorarían la raza y disminuirían la criminalidad. En síntesis, la educación de las mujeres resolvería buena parte de los problemas sociales del país.” (Mannarelli, 1999: 78). En el cuerpo de la m

Para Mary Dietz mirar e identificar a las mujeres solo como madres, es decir, reproductoras es realizar una visión unidimensional de éstas, al mismo tiempo que es relegarlas solo a un plano familiar; “las mujeres no se identifican únicamente por el pensamiento maternal, ni éste necesariamente promueve la clase política democrática que el feminismo social propone impulsar” (Dietz, 1996:46-47)

CONCLUSIÓN

A lo largo del capítulo se ha revisado diversos estudios sobre la temática de género para visualizar lo complejo de reducir su análisis a un sistema binario, hombre-mujer, y a una diferencia biológica de carácter práctico.

El género implica representaciones simbólicas dentro de la sociedad, por lo tanto cuando una nación se representa a si misma desde una visión genérica, independientemente, de cuál sea, se invisibiliza cualquier otro tipo de representación y por ende, se está marginando toda representación que no sea la oficial. Concretamente, no caben en el bicentenario reivindicaciones ni de género con clase social ni con etnicidad.

En el caso de Chile, la celebración del Bicentenario busca quiérase o no, un cúmulo de actos patrióticos que están estrechamente ligados a una tipo de género; el masculino. Desde los actos conmemorativos de los héroes patrios hasta las mejoras viales de las calles que llevan los nombres de éstos.

Dentro de toda la efervescencia nacionalista, el chileno y la chilena quedan sumidos en una celebración bicentenario llena de hechos históricos que veneran la conformación del estado chileno pero no de su identidad. La identidad del pueblo chileno está formada por sus pueblos originarios que luchan por un espacio dentro del imaginario de nación y no solo por una representación heroica de carácter masculino que no deja entrever la lucha tanto de hombres como de mujeres por un reconocimiento a su identidad. Del mismo modo las mujeres se ven relegadas a un espacio familiar donde cumplen el rol de sostenedoras de la base de la sociedad.

CAPÍTULO III

BICENTENARIO Y LAS MUJERES DE CHILE

El año del Bicentenario; coyunturas de un momento histórico y sus repercusiones en el Bicentenario:

El Terremoto

El 27 de febrero del 2010, el año del Bicentenario, a las 03:34 am hora de Chile se produce un terremoto grado 8.8 en la escala de Richter entre la zona central y sur del país. Como consecuencia se produce un tsunami cerca del epicentro del terremoto que afecta a todo el litoral central y parte del territorio insular

La relevancia que tiene esta catástrofe natural es tanto por sus dimensiones de desastre natural como por el impacto mediático que provocó la noticia. Este terremoto fue considerado el segundo más fuerte registrado en la historia de Chile y, por ende, marcó la agenda política del momento.

Para efectos del presente estudio, cobra relevancia un hecho puntual sucedido post tsunami en la comuna de Iloca ubicada a en la región del Bio-Bio en días posteriores al maremoto. Al día siguiente de la catástrofe un hombre (un damnificado) recoge desde los escombros la bandera chilena, enlodada y magullada. En ese instante un lente fotográfico logra captar la imagen del hombre levantando desde el lodazal y desde el epicentro de la tragedia la bandera chilena.

La bandera chilena y junto con ella toda la simbología que representa, era el centro de un nacionalismo unificado por la tragedia. El sentimiento nacionalista se centraba en un solo símbolo: la bandera. Esta idea coincide con lo planteado tanto por Hass (1986) y Breuilly (1993), en cuanto a la cohesión y al manejo político de una elite por mantener el poder.

Al respecto, el 18 de octubre del 2010 Cecilia Barría de la BBC Mundo, quien cubría la noticia del Bicentenario chileno, hace un resumen de la fuerte carga simbólica de la bandera dice:

Esa imagen me hizo recordar otra bandera: la bandera del terremoto, aquella que quedó inmortalizada en una foto donde aparece un hombre parado sobre los escombros levantando una bandera chilena, que se transformó en el símbolo de la fuerza del pueblo para ponerse de pie ante la adversidad. La misma bandera que se llevaron a Sudáfrica para alentar a la selección. La misma que llegó a la mina San José para darles fuerza a los 33 mineros sepultados vivos.

Fotografía 2



http://www.google.com/imgres?imgurl=http://www.elpais.com/recorte/20100228elpepuint_13/XXLCO/Ies/Bandera-escombros.jpg&imgrefurl=http://www.elpais.com/fotogaleria/Fuerte/terremoto/Chile/elpgal/20100227elpepuint_1/Zes/1&h=666&w=995&sz=77&tbnid=5O4jF8TqXTdfJM:&tbnh=90&tbnw=135&prev=/search%3Fq%3Dbandera%2Bterremoto%2Bchile%26tm%3Disch%26to%3Du&zoom=1&q=bandera+terremoto+chile&docid=QGHY3WIKtPdEAM&sa=X&ei=l3w5TuvtJsSftweew-SRAw&ved=0CC0Q9QEwAg&dur=267

Esta fotografía (2) muestra la bandera rescatada del lodo de Iloca, donde hubo una destrucción total de esta caleta. Esta bandera renace cual ave Fénix no de las cenizas sino del lodo. Pasó a ser un símbolo gubernamental de la reconstrucción de las zonas afectadas tanto por el terremoto como del tsunami del 2010.

Fotografía 3



Esta bandera rescatada del terremoto es la misma que voló a Sudáfrica y que luego llegó a la mina San José.

http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2010/10/101012_chile_contexto_personal.shtml

La fotografía (3) muestra al Presidente de la República de Chile sosteniendo la misma bandera de la fotografía (2) para anunciar el rescate de los 33 mineros atrapados por 70 días.

Tanto en la tragedia como en los triunfos la bandera chilena (fotografías 2 y 3) era y es protagonista de la nación unificada. Era un símbolo tanto a nivel de su significado como significante de acuerdo al *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure (2007 [1915]). Tal como lo dice este autor, el significado como tal representa un consenso social, es decir, los hablantes están de acuerdo de manera arbitraria en dar un significado en particular. Para el caso de la bandera chilena, ésta es la “nación”; es el símbolo y, por ende, es la imagen representativa de lo que implica ser “chileno/a, en las buenas y en las malas. No obstante, se debe tener un cuidado especial en la connotación del significante, puesto que en este caso, lo planteado por Saussure, el significante corresponde a una evocación arbitraria pero con una intención política manejada por un grupo que posee el poder.

Toda esta carga representativa no es gratuita. Si bien el estudio de los símbolos comienza con el libro de Saussure, a nivel lingüístico, Roland Barthes (2002 [1957]) realiza estudios de cómo estos símbolos en sociedad adquieren un significado político en la modernidad.

Si se analiza la simbología de la bandera de Chile en relación a toda la carga simbólica y representativa de la nación, ésta se puede ver como “un mito”. De acuerdo a lo

señalado por Barthes, éste se crea desde un signo (significado-significante) conocido, por ende el receptor lo reconoce y lo decodifica en cuanto al significante. Posteriormente, este signo se contextualiza y se transforma en el significado de un nuevo signo, lo que implica un nuevo significante. Luego, se produce un tercer nivel de relación, en cuanto al signo, éste vuelve a representar un significado, generando un nuevo significante. Según Barthes, es en este tercer nivel donde se forma el mito. En el caso de la bandera de Chile, ésta nace como la necesidad de establecer un símbolo que represente la nación. Fue, precisamente, en la Fiesta Cívica Republicana (28, 29 y 30 de septiembre de 1812) cuando por primera vez la ciudad de Santiago se vistió de símbolos y emblemas patrios, tal como lo señala la investigación de Trinidad Zaldívar y Macarena Sánchez. Ambas autoras señalan: “Por primera vez el ideario republicano se expresaría de manera simbólica con fines políticos en el país. Las décadas siguientes serían de consolidación del proceso emancipador, el que junto con ser político fue a la vez estético” (Cid y San Francisco: 2009 ,73)

Sin embargo, estas actividades no tuvieron una repercusión inmediata en la ciudadanía, por lo que es el Estado el que se hace cargo de poner distancia y marcar una diferencia entre lo antiguo representado por la cultura colonial y lo nuevo, los ideales de la nueva república basados en ideales neoclásicos y valores de la Revolución Francesa: libertad, fraternidad e igualdad. Por este motivo, es el estado chileno el que se hace cargo de la Constitución de 1811, en la cual se establece que: “los entretenimientos populares debían tener un claro contenido de enseñanza, de amor a la patria y a la Constitución (...) la ley tenía por objetivo no solamente prohibir el mal, sino indirectamente formar los sentimientos, las virtudes y las costumbres nacionales” (Cid y San Francisco: 2009, 81-82).

De acuerdo a esto, todas las referencias simbólicas que se crearon en la naciente república están relacionadas al mito, es decir, a esta cadena de relaciones contextualizadas que apelan al receptor con una intención dirigida de comunicación. El mito muestra una neutralidad aparente, puesto que, al poseer una intención comunicativa, está absolutamente guiado, a través de su contenido. En este aspecto, el mito alude a ideas de formas conocidas, las cuales el receptor puede decodificar fácilmente y, por lo tanto, interpretar el mensaje sin dificultad. Es aquí donde se produciría el aprendizaje dirigido desde el estado para crear una identidad nacional.

Esto está relacionado con el término “tradición inventada” desarrollado por Eric Hobsbawm cuyo significado es:

La tradición inventada implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado. (Hobsbawm: 1983, 8)

De acuerdo a lo señalado por Hobsbawm es fácil entender cómo en Chile, la imagen de la bandera unifica a toda una nación, crea efervescencia inmediata y una gran cantidad de sentimientos con una fuerte carga emocional y valórica. En el discurso del 21 de mayo donde el recién elegido presidente de Chile, Sebastián Piñera, da cuenta anual de lo sucedido en el país, se refirió a los acontecimientos ocurridos el 27 de febrero de la siguiente manera:

Quería saber cómo había respondido un liberal como Pedro Montt al terremoto de Valparaíso de 1906; o un radical como Pedro Aguirre Cerda frente al de Chillán en 1939; o un independiente como Jorge Alessandri al de Valdivia en 1960. ¿Qué dijeron entonces? ¿Qué nos habrían dicho hoy? Todos ellos hablaron ante el Congreso Pleno desde sus propias convicciones. Y todos, sin excepción, apelaron a un mismo sentimiento patriótico. En momentos de dolor, adversidad y tristeza, dijeron entonces y nos repetirían hoy: ¡Chile debe unirse como una gran familia! Chilenas y chilenos: tal como en 1906, 1939 o 1960, hoy también debemos unirnos como una gran familia para enfrentar y superar estos tiempos de dolor, adversidad y tristeza. <http://www.gob.cl/especiales/mensaje-presidencial-21-de-mayo/>

El mensaje presidencial apela al mito de Barthes, éste no puede ser sin un contexto. Por lo tanto, el mito se produce con respecto a sus relaciones internas, en cuanto a formas y a sus relaciones externas, en cuanto al medio; siempre tiene un sentido político. Por esta razón no es casual que el presidente de Chile mencione la afiliación política de cada uno de los ex-presidentes, pues él representa una tendencia política que no se daba desde el regreso a la democracia; él representa a la centro derecha chilena, que es muy cercana a la iglesia católica y a los valores que promueve. No es de extrañar que exista una comparación entre la ciudadanía y los miembros de una familia, ya que para la imagen de nación que se refuerza en Chile, la familia es el núcleo de la sociedad Chilena.

Si bien el mito se muestra neutral, en realidad no lo es. Por lo tanto, esta cadena de signos (significados y significantes) está relacionada arbitrariamente para comunicar un mensaje o idea que los receptores puedan decodificar de la manera en la que se ha estipulado. Aquí se rompería la binariedad de significado/significante, por lo cual tanto los aportes de Saussure y Levis Strauss poseen una limitación para comprender a cabalidad la influencia de los símbolos en la sociedad.

El uso político del mito se da en la medida que apela a pensamientos y comportamientos de sus receptores. La ideología (de carácter subjetivo) se presenta en el plano de mito y responde a un interés político burgués, cuyas figuras apelan a signos establecidos, conocidos y reconocidos por sus receptores.

Barthes señala que los sistemas de comunicación no solamente se quedan en una relación binaria entre significado y significante; sino que son un encadenamiento de signos que producen estados comunicativos de carácter ideológicos. Es así que en la referencia a la unidad familiar en el discurso del presidente Piñera, se puede denotar como cada miembro de la familia debe cumplir con su “rol” en la sociedad chilena. Hombres y mujeres, chilenos y chilenas están determinados discursivamente, como representantes de familias nucleares que son la base de la constitución de la familia y la nación de Chile. Más adelante en esta investigación se presentan ejemplos concretos al respecto, junto a sus bases teóricas.

Tanto los discursos como los símbolos adquieren connotaciones determinadas de acuerdo al espacio, es decir, al contexto en el cual se desenvuelven. El caso de la bandera Chilena, en cuanto a símbolo, cumple con lo planteado por Iván Mendizábal:

La construcción del mundo como objeto por parte del sujeto (que para nuestro caso es actor social) lo que nos remite a la idea de que por medio de la producción textual-discursiva, ya hay una representación que, en primera instancia enmascararía al actor y, en segunda, lo haría visible en el mundo real ésta vez mediado por su sistema simbólico que le representa. Esto implica a su vez, la realización del mismo sujeto que se transmite a sí mismo mediante un objeto simbólico. (Van Dijk y Mendizábal, 1999:121)

La bandera es en sí el gran objeto actoral del Bicentenario, es el elemento unificador de la nación. Simultáneamente, la bandera es la representación genérica de esta nación desde comienzos de la República de Chile.

La bandera⁷ chilena es históricamente masculina, es el símbolo identitario de la conformación de la nación, al mismo tiempo que es el símbolo por excelencia de marca territorial en batallas ganadas por hombres. La bandera está presente a lo largo de la historia de Chile como representación de la República en todos los actos cívicos.

Una de las estrategias que se utilizó para desarrollar el nacionalismo fue educar a los niños y, por medio de éstos, llegar a sus padres para crear una identidad nacional. Pablo Toro (2010) señala que Rómulo Arriagada (Visitador de las Escuelas de Santiago en 1904):

Desde su sitial administrativo y fiscalizador, estaba decidido a inducir a directoras y profesoras a que buscaran que las escasas ocasiones de presencia familiar en las escuelas fueran propicias para difundir un mensaje integrador y nacional. Los valores a ser transmitidos a la comunidad debían articularse en torno al binomio patria y espíritu cívico (...) lo importante era que los propósitos de construcción de identidad nacional se ejecutaran de la mejor manera posible. Por lo mismo, finalizaba su circular recomendando que los arreglos del lugar deben ser modestos y sencillos: la bandera nacional, en primer término nada de doseles ni tribunas, ni distinciones odiosas entre autoridades y padres, ya que debían tenerse siempre presente que la escuela es el espejo de la más pura igualdad. (Arriagada, 2010:133)

La búsqueda de la identidad nacional se da por medio de símbolos, que representarán un sentimiento de unidad. No obstante, se debe considerar que la elección de este símbolo homogenizante también tiene una connotación genérica que fortalece en su significado todos los valores heroicos de la nación, que sin dudas reflejan una masculinización de ésta. Según Armando Bartra (2004), el estoicismo que se reafirma en actos como la lucha libre está validado en la medida que responde al modelo dominante de masculinidad donde el prototipo de héroe es lo que se espera y, por otra parte, el modelo de mujer que está implícito en este tipo de discurso es, según Mary Dietz identificar a las mujeres solo como madres. En otras palabras, las mujeres aparecen como reproductoras, lo que refleja una visión unidimensional de éstas y al mismo tiempo que es relegarlas solo a un plano familiar; “las mujeres no se identifican únicamente por el pensamiento maternal, ni éste necesariamente promueve la clase política democrática que el feminismo social propone impulsar” (ídem, 1996:46-47). Se puede observar como a partir de un símbolo se puede desencadenar ideas implícitas en

⁷ La bandera chilena si bien se reconoce a como un signo femenino; se debe tener en cuenta que en su significante es masculina, en la medida que son los hombres quienes la protegen, la cuidan y la izan en los triunfos, es decir, como símbolo les pertenece más a un género masculino que al femenino, para el caso chileno.

éste, lo que Iván Mendizabal (1999) relata como el aspecto realizativo del relato, es decir, un discurso siempre es una forma de construcción o recreación constante del mismo discurso en función del escenario y los actores dados, donde existen relaciones de poder.

Volviendo a la bandera, esta es una representación de la nación, cualquier tipo de evocación nacionalista está directamente determinada por el género masculino que está implícito en el símbolo de la bandera y con ello necesariamente un discurso masculino de la nación. En el espacio de la escuela, como institución formadora del nacionalismo, tanto niños como niñas están siendo homogenizados para establecer una identidad nacional. Es en este espacio donde la “educación” señala quienes forjaron a la nación; sus héroes y no heroínas, por lo tanto, no solo se está forjando un sentimiento nacional, sino que también se está forjando una estructura social determinada por un género masculino y otro femenino que cumplirán roles específicos dentro de la nación. En la concepción de “Lo Masculino”, Gutmann (1999) señala que corresponde a todo aquello que tiene que ver con los hombres; todo lo que los hombres dicen, piensan o hacen.

De manera se puede afirmar que las representaciones simbólicas en sí establecen un discurso homogenizante y totalizador en cuanto a la binariedad del género en la representación de la nación.

Tal como lo señala Norma Fuller citando a Irigaray (1974), en relación a la identidad masculina basada:

“En un presupuesto inicial: lo masculino es el modelo de la humanidad. Esta proposición descansa además en la oposición binaria por la cual la mujer se convierte en ausente, en la negación a partir de la cual lo masculino emerge como la instancia que condensaría las cualidades asociadas a lo universal, al saber y al poder” (Fuller, 2001:23).

Lo anterior se relaciona con el concepto de biopoder de Foucault, donde una de las características de los estados modernos es explotar numerosas y diversas técnicas para subyugar los cuerpos y controlar a la población, de esta manera se podría pensar que en el caso de Chile, es el estado (desde su conformación como estado-nación) quien configuró las identidades nacionales de acuerdo al sexo biológico de quienes lo

conforman. Un ejemplo claro de esto es la contradicción discursiva del Presidente Piñera en el discurso del 21 de mayo del 2010:

Nunca antes en nuestros 200 años de vida independiente, habíamos estado tan preparados para conquistar el desarrollo, derrotar la pobreza y crear una sociedad de auténticas oportunidades, verdaderas seguridades y sólidos valores.

(...) Una sociedad de sólidos valores significa respetar y proteger la vida, su dignidad y los derechos humanos; no discriminar a nadie por su origen étnico, situación económica, apariencia física, opción religiosa o preferencia sexual. Significa también respetar y promover la familia, la naturaleza, la honestidad, la justicia, la fraternidad y la paz.

<http://www.gob.cl/especiales/mensaje-presidencial-21-de-mayo/>

En la cita se hace mención, un vez más a los valores que distinguen a Chile como nación, no obstante, hay un claro mensaje ideológico que se ha ido reforzado desde los comienzos de la nación. Para efectos de este estudio solamente señalaré los que tratan de la no discriminación. Cuando se habla de origen étnico; ¿en qué medida el estado chileno ha respetado e integrado a los pueblos originarios en el imaginario de nación? Esta temática será desarrollada en el capítulo cuatro.

Cuando en el discurso se menciona la “no discriminación por preferencia sexual”, esta sería una afirmación correcta siempre y cuando en la misma línea no se mencionara: “respetar y promover la familia, la naturaleza, la honestidad, la justicia, la fraternidad y la paz”. La pregunta que surge es: ¿quién está imaginando la nación? ¿Son los ciudadanos o es una elite con su propia agenda valórica? Al parecer, el estado si tiene género, un género basado en la familia. Tal como los señala Francisco Machuca (citado por Pablo Toro) en *Principios de la educación cívica* de 1906: “el edificio de la República se basa en el individuo, en el ciudadano, hombre o mujer, porque ambos forman la pareja, cimiento de la familia. La cuestión se presenta clara. Educando al ciudadano podremos levantar el nivel de la sociedad, procurando el engrandecimiento de la patria”. (Cid y San Francisco, 2010:142)

No cabe duda que en el imaginario de nación de Chile, la familia nuclear es el pilar social del imaginario y de la identidad nacional. De esto se encargaron los formadores de la República.

El discurso político del gobierno de Chile en el Bicentenario busca reforzar estos valores tradicionales. No obstante, se debe tener, particular cuidado al nivel discursivo, puesto que no es lo mismo, “respetar al distinto” a “escucharlo y hacerlo partícipe de una agenda gubernamental”. A nivel del discurso lo que ofrece el Bicentenario es una

nación integradora, inclusiva e igualitaria, pero los acontecimientos coyunturales que rodearon el Bicentenario, dejan ver los desfases entre el discurso oficial y la realidad de los chilenos y chilenas.

Representando a la binariedad de género en el Bicentenario

Dentro del imaginario de nación en Chile existen hitos que marcan la identidad nacional. Uno de ellos fue la Guerra del Pacífico, otro es la explotación del salitre y posteriormente la explotación del cobre, como sustento fundamental de la economía nacional. Si bien aquí no se pretende hacer una revisión histórica de la minería chilena, este tema es importante en la medida que ha conformado identitariamente a la nación. Joaquín Femandois, señala que: “Chile es y ha sido un país minero. La minería constituyó quizás la mayor fuente de riqueza para la clase dirigente en el Chile del siglo XIX”. (Femandois, 2010:107) En la actualidad el cobre sigue representando la gran base económica del estado de Chile. De acuerdo a la página web del Gobierno de Chile:

“Desde 1990 Chile ha triplicado su producción de cobre, llegando a aproximadamente 4,6 millones TM anuales. Esto ha significado que en estos últimos 12 años Chile aumente desde aproximadamente un 16% de su participación en la producción mundial de cobre a un 30% el año 2002” [.http://www.minmineria.gob.cl/574/w3-propertyvalue-1986.html](http://www.minmineria.gob.cl/574/w3-propertyvalue-1986.html)

Hablar de minería es hablar de hombres. Alrededor de esta actividad se tejen una serie de ritos o costumbres que dejan a los hombres en primer plano del desarrollo de la actividad y a las mujeres las invisibiliza o, simplemente, las pone en un plano privado. Uno de los mitos que se tejen entorno a la explotación minera, es que las mujeres no pueden ingresar a la mina de cobre ya que esto traería mala fortuna.

En relación a este punto cabe mencionar la propuesta de Federico Engels en relación al origen de la familia:

(...) la familia monogámica refleja fielmente su origen histórico y manifiesta con claridad el conflicto entre el hombre y la mujer, originado por el dominio exclusivo del primero, tenemos un cuadro en miniatura de las contradicciones y de los antagonismos en medio de los cuales se mueve la sociedad, dividida en clases desde la civilización, sin poder resolverlos ni vencerlos. (Engels. 2000 [1884]:cap.2)

La mujer no siempre tuvo un rol diferenciado con el hombre, sin embargo dentro del proyecto civilizatorio occidental se constituyen las diferencias en la base de las sociedades civilizadas, es decir, en la familia. Esta institución que se reconoce como la base también de los estados-nación.

Por su parte, si en la base de la sociedad el hombre tiene supremacía por sobre la mujer tan solo por una constitución y organización social, Eleanor Burke Leacock (1981) sostiene que son las características de un sistema económico las que determinan la dominación masculina, pues es el capitalismo el que jerarquiza a las personas de acuerdo a su producción y en base a ésta se determina la dominación y la subordinación. Fortuitamente, en el año del Bicentenario, Chile como nación se ve enfrentado a dos grandes hitos históricos. No solamente se produjo un terremoto de dimensiones de cataclismo seguido de un destructor maremoto, sino que también hubo un accidente minero, que como ya se mencionó, tiene un impacto importante ya que la minería posee una relevancia social, económica, política dentro del imaginario de nación.

Es así como en el marco del Bicentenario chileno y a pocos días de la celebración de éste, el jueves 05 de agosto, ocurrió un accidente en la mina San José (mina de extracción de cobre, ubicada a 80 kilómetros de Copiapó, en la tercera región de Atacama) donde 33 mineros habían quedado atrapados a 700 metros bajo la tierra y su rescate era incierto.

Este evento, se relaciona con esta investigación, en la medida que el exitoso rescate de los 33 mineros enmarcó el imaginario de nación que se busca reforzar. Esta noticia fue cubierta a nivel mundial, por lo tanto, hizo que Chile estuviera en los ojos del mundo, lo cual llevó a las autoridades del momento a resaltar toda la identidad oficial manejada y establecida en el sitio web del Bicentenario. Es decir aquellos valores que representaban al país estos doscientos años; un país que rescata, valora y respeta sus identidades; un país libre y democrático; diverso e integrado; socialmente equitativo y solidario.

Independientemente del fervor de la situación centrada en el rescate, la postura en cuanto al rol tanto de la mujer como del hombre, en la sociedad chilena, estaba en juego.

Habían transcurrido pocas horas, cuando los familiares de los mineros atrapados buscaban información sobre el accidente y debido a la falta de ésta, son los familiares de los 33 mineros, quienes se trasladan a la mina para acceder a la información.

Al enterarse que eran 33 mineros los que estaban atrapados a más de 700 metros bajo la tierra, los familiares deciden pernoctar hasta que las autoridades se hicieran presente con ayuda concreta. Transcurrido un tiempo, las autoridades gubernamentales se integran a la búsqueda de una solución, es decir, comienzan las actividades de rescate. De manera espontánea los familiares deciden quedarse a vivir en la salida de la mina, a la espera de que sus seres queridos sean rescatados. Las autoridades gubernamentales apoyan este sentimiento de unidad y piden que sean solo sus mujeres, madres, padres e hijos quienes pueden quedarse en carpas (tiendas de campaña) a la espera del rescate.

Transcurren pocos días y lo que en un primer momento eran tiendas de campaña improvisadas pasadas unas semanas se convirtió en un pequeño pueblo.

En este contexto, los discursos comenzaban a florecer y junto a ellos, lo más representativo de la sociedad. La llegada de una imagen de la virgen del Carmen, patrona de Chile, a la cual inmediatamente, se le hizo un altar dentro del ya nominado “campamento Esperanza”. A partir de ese histórico momento, confluyen una serie de símbolos y discursos que conmemoraran el Bicentenario.

La imagen de la virgen del Carmen, ideal católico femenino por excelencia, es la representación de la madre de Jesús, el ideal católico por excelencia, y si se piensa que la visión de un nacionalismo católico, no es de extrañar que la presencia de esta imagen cobrara tanta importancia dentro del relato y configuración de los comportamientos de género dentro de la nación.

Evelyn P. Stevens señala: “During the early Christian era, the female figure had no place in religious rites, but this situation was changed by the pronouncement of the Council of Ephesus in 431 a.d. As *Theotokos*, Mother of God, Mary was integrated into Christian dogma, and the two poles of creative energy, the masculine and the feminine, emerged into conscious recognition and received their most sublime expression”(Stevens,1973:93)

En el Nuevo Mundo, señala Stevens basada en los estudios de Eric Wolf (1958) a mediados del siglo XVII, la aparición de la Virgen María a Juan Diego fue el inicio de

la gran veneración a la virgen, la cual en 1756 fue nombrada patrona de la Nueva España (México) por el papa Benecito XIV. Stevens agrega:

The religious symbol, accepted by the conquerors and venerated by the native population, became a rallying point for nascent nationalistic sentiment, so that when the war for independence broke out in 1810 it was fitting that Mexico's first mestizo hero, Father Hidalgo, should lead the rebels with the famous Grito de Dolores: "Viva Nuestra Señora de Guadalupe, muera el mal gobierno, mueran los gachupines!". One hundred years later, Pope Pius X declared the Lady to be patroness of all Latin America. (Stevens, 1973:94)

Cabe señalar que de acuerdo a los estudios de Blanca Muratorio (1995) la imagen de la virgen María también denota una clase social y una etnia de características occidentales.

Dentro del imaginario de nación en Chile, especialmente al denominado nacionalismo católico, de acuerdo a la definición de Roger Friendland (citado por Gabriel Cid) este corresponde a:

El discurso de unidad nacional en torno a la religión fue el fundamento del nacionalismo católico. Desde una perspectiva amplia, el nacionalismo en perspectiva religiosa puede ser definido como la creencia compartida de que la religión es la base fundamental y trascendente de la identidad colectiva de la nación, la fuente primera de sus valores, prácticas, códigos y lenguajes, así como el fin último de su propósito en la tierra. (Cid, 2010:41-42)

Es relevante entender cómo la imagen de la virgen es parte de la construcción de sentimiento nacionalista. En la conmemoración del centenario se podía apreciar este carácter simbólico tal y como lo señala Cid y que apareció en: *El diario el ilustrado*: "(...) Quitarle al pueblo sus creencias religiosas es quitarle la Virgen del Carmen*, y esto sobre ser un crimen, sería un absurdo monstruoso, porque equivaldría a mutilar la historia misma de la patria". (2010:62)

Gabriel Cid (2009) señala también que: "Al homologar 'la sustancia íntima de la nacionalidad a la devoción por la Virgen del Carmen, la idea de nación desde la Iglesia planteaba de forma tajante los límites de la discusión en torno a la identidad", para Cid lo relevante de esta afirmación es la exclusión que se manifiesta a cualquier visión de la identidad nacional fuera de la función de catolicismo.

Es precisamente, esta visión católica del nacionalismo la que se pone de manifiesto en la larga espera de las mujeres; y no el sentimiento individual de estás frente a lo que estaban viviendo. Elie Kedourie (1970) señala que la doctrina

nacionalista se aferra a la tradición europea, la cual requiere y hace cumplir una creencia uniforme entre los miembros de un cuerpo político. Esta idea tiene su origen en la adopción del cristianismo por parte de los romanos con la adopción e imposición del emperador Teodosius, a la fe católica.

De acuerdo a esto, no es extraño ver como la fe católica se entrelaza con los acontecimientos que conmemoran a la nación. Un ejemplo es el nombre con el que bautizaron, los familiares de los mineros atrapados, al campamento que crearon a la espera de sus seres querido, se llamó: “Campamento Esperanza”

La angustia y preocupación de los familiares de los 33 mineros fue bandera del gobierno para resaltar “los valores de la nación chilena”. Sin embargo, de acuerdo a las entrevistas realizadas por Emma Sepúlveda en el diario *The Clinic*, la información que salió a la opinión pública, tuvo matices no visualizados por la opinión pública; en palabras de los familiares de los mineros. El hecho relevante, dentro de esta información, es la disociación que se producen entre el discurso oficial (que apela a todos los sentidos de unidad familiar como reflejo del Bicentenario) y la realidad de un trabajo riesgoso y de la pobreza de esas familias. Cabe señalar que la minería es la primera fuente de ingresos para el estado Chileno, por lo que no deja de llamar la atención la situación precaria del trabajo de los mineros de la mina San José⁸.

En la entrevista realizada por el diario *The Clinic* a Emma Sepúlveda se manifiesta como estas mujeres no fueron consideradas en un primer momento: “Claro, sobre todo porque la mayoría de las mujeres me dijo que nadie les había avisado del accidente. Se enteraron por un minero amigo que trabajaba en la mina, por los medios”. Sin embargo, la versión oficial señalaba que se les había comunicado inmediatamente.

⁸ El 08 de agosto del 2010, el presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre y dirigente de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), Cristián Cuevas (...) agregó que el mismo ministro de Minería, Laurence Golborne, fue informado hace un par de semanas sobre las precarias condiciones de la mina. “Hemos dicho que aquí hay una acción criminal de los empleadores, del Estado y su institucionalidad porque esta Mina había sido denunciada años atrás por parte de los propios trabajadores y los dirigentes sindicales que no podía desarrollar labor extractiva porque se encontraba insegura, pero fue el Sernageomín, que cuenta con dos funcionarios en la región que autorizó el desarrollo de esa labor extractiva”, enfatizó Cuevas. <http://radio.uchile.cl/noticias/77650/> (visitado 12/10/11)

Las mujeres fueron visibilizadas solo cuando ellas se opusieron al cierre de la mina, y se resistieron a dejarla; hasta que sus respectivas parejas fueron rescatadas, tal como lo menciona Emma Sepúlveda en la entrevista al diario *The Clinic*: “**¿Por qué rescatas el testimonio femenino?** Porque se ignora. Hasta que yo llegué al campamento en la mayoría de los artículos que veía en los diarios omitían que fueron las mujeres las que se pusieron en el camino cuando los rescatistas empezaron a abandonar el sitio después que cayera la chimenea.” Es en este punto cuando las mujeres se empoderan de un espacio. Si bien su actitud de empoderamiento radica en el modelo marianista, término empleado por Evelyn Stevens (1977) citado por Norma Fuller:

Al estudiar el caso específico de las culturas mestizas de América Latina, Evelyn Stevens (1977), acuña el término marianismo para designar el culto a la superioridad espiritual femenina que predica que las mujeres son moralmente superiores y más fuertes que los hombres. El culto a la Virgen María proporciona un patrón de creencias y prácticas (cuyas manifestaciones conductuales son la fortaleza espiritual de la mujer, paciencia con el hombre pecador, y respeto por la sagrada figura de la madre) (Fuller, 1995:243)

En este caso se puede pensar que es la imagen mariana la que llevó a las mujeres a ser líderes de la causa del rescate, simplemente, por la noción de familia. Concepto que entra en disputa, en la medida que el discurso del estado se apodera de él y lo fundamenta como génesis de la celebración de esta gran familia llamada nación. Por su parte, la visión de las mujeres dista de un ideal macro. Al contrario, responde a una idea de unión nuclear, en la cual ellas se empoderan cuando no está presente la figura del hombre, como el sostén de la familia. Son ellas las que apelando a este sentimiento gregario, las que se ponen a la cabeza para mantener este vínculo basado en el amor, hacia la familia y a cada uno de sus miembros. La imagen que se fortalece es el de la mujer madre y esposa. Por otra parte se omite, la imagen de una mujer sin poder dentro de un estrato social, estas mujeres no son vistas como trabajadoras y no se visibiliza su clase social.

Las familias de los mineros son potenciadas en cuanto a familia, como núcleo de una visión tradicional de la sociedad y, es por esta razón, se explota al máximo la cobertura mediática del rescate. Su situación es vulnerada por todo un aparataje político que incluye los símbolos y los discursos de la nación celebrada en el Bicentenario. Es decir, una nación que cree y se fortalece en un tipo de familia nuclear

donde los roles de género están determinados por las tradiciones más que por el comportamiento de sus integrantes.

Emma Sepúlveda destaca la manipulación que existió por parte del gobierno de Chile en el momento del rescate. Se trataba de un momento histórico y la prensa de todo el mundo estaba ahí para cubrir la noticia, añade: “para Piñera el accidente minero iba a ser lo que fue para Bush el 11 de septiembre. Y lo digo pensando en que se va a ir pa’ arriba en el apoyo”. No obstante, el rescate no solo fue exitoso sino que también fue una plataforma política para el discurso del Gobierno. Este hecho es lo Pierre Bourdieu (2002) define como el distanciamiento de la política en la vida cotidiana, en un afán de perpetuarse en el poder actúa como un ente mediático. Los políticos son asesorados por tecnócratas que tan solo buscan resultados inmediatos y mediáticos, más que soluciones a largo plazo. Emma Sepúlveda⁹ señala, de acuerdo a su experiencia en terreno:

Se repite mucho la poca calidad humana de las autoridades cuando convierten el encuentro de los mineros con sus familias en un show para los medios y para ganar puntos políticos. Fíjate que me contaban que estaban en el campamento el 22 de agosto cuando uno de los mineros que era compañero de los que estaban abajo vino corriendo a decir “¡están vivos, están vivos!” y esto fue a las siete de la mañana. Las mujeres querían comprobar la información y él dice “se los vengo a contar en secreto porque no les van a decir hasta más tarde”. Una de las mujeres empezó a celebrar y otras a desesperarse porque nadie les decía nada. Ellas tuvieron que esperar hasta que llegara Piñera y eso fue otra de las cosas que encontraron inhumanas. Una de ellas me decía “El Presidente no tiene derecho a guardarse la información de que mi hijo está vivo por cuatro horas más solamente para ganar puntos”. (*The Clinic*)

Este sería un claro ejemplo de cómo el poder estructural (Wolf 2001 [1958]) se sobre pone por cualquier tipo de poder que puedan representar las mujeres del Campamento Esperanza; es decir por un poder táctico de ser mujeres en sufrimiento y por un poder interpersonal de madres marianas en dolor por su familia.

Para el discurso oficial las mujeres cumplían con estar en el campamento Esperanza, a la espera de sus esposos, no tenían una representación a nivel discursivo, sino más bien a nivel de imagen, ya que se necesitaba de ellas para representar a la familia nuclear con los hombres incapacitados de estar junto a ellas, pero ellas siempre cerca de ellos. Esto está relacionado con la visión del matrimonio católico: “hasta que la muerte los separe”. En el caso del accidente de la mina San José, todas las mujeres fueron “beatificadas” en

⁹ Autora del libro: *70 días de noche, 33 mineros atrapados: Historia oculta de un rescate*.

su rol de “buenas” esposas y madres. A pesar de aquello no fueron tomadas en cuenta, en la toma de decisiones y en el acceso a la información (de manera oportuna) sobre lo qué ocurría con sus parejas. Según Gayle Rubin (1997) la relación entre el sexo y género está construido tanto social como históricamente. Al mismo tiempo, esta relación tiene implicaciones políticas y sociales y es por ello que, si el sistema está construido de acuerdo a las condiciones de una sociedad, son éstas las que determinarán las maneras de tratar el sexo y el género. Esto concuerda con lo señalado por Nash (1988) y Rubin (1975) en cuanto a la hegemonía masculina ejemplificado por el poder estructural que representa Piñera (como autoridad máxima de la nación) y la jerarquización de género dentro de esta estructura.

Para el caso de las mujeres de la mina San José, la invisibilización de éstas por parte del Gobierno responde a un discurso social e históricamente construido, donde el estado-nación tiene el poder y lo organiza de acuerdo a una agenda interna, frecuentemente con una intención política y de género.

Los imaginarios de género en la nación chilena

Se podría establecer que la actividad minera es cien por ciento masculina, no solo en su carácter laboral y económico, sino que también, por su representación identitaria en cuanto al género masculino. Según Gutmann (1999) la concepción de “Lo Masculino”, corresponde a todo aquello que tiene que ver con los hombres; todo lo que los hombres dicen, piensan o hacen.

Al igual que las representaciones de las fuerzas armadas, dentro del imaginario nacional se asocian con lo masculino, la minería cobra esta representación en cuanto a la actividad. A raíz de la tragedia minera de San José y, en el contexto del Bicentenario, se aprecian muchas de las simbologías en torno al género en la representación de la nación.

Junto con la creación y construcción del Campamento Esperanza, una verdadera urbe en pleno desierto de Atacama, donde se instalaron las familias de los mineros y la prensa nacional e internacional también aparecieron los símbolos patrios. En un cerro junto a las tres iniciativas de rescate, en la cumbre se colocaron 32 banderas chilenas y una Boliviana, cada bandera representaba a un minero atrapado (fotografías 4 y 5).

Fotografía (4)



http://www.google.com/imgres?imgurl=http://1.bp.blogspot.com/_e9DesMPKLRI/THH4KsPr4VI/AAAAAAAAAN7o/MVAX3fnw9ho/s400/AME_16mina_embedded_prod_affiliate_84.jpg&imgrefurl=http://conspiracionesilluminatis.blogspot.com/2010/08/los-33-mineros-chilenos-estan-vivos-700.html&usq=__rmiRRC5EyRV3AaXzEtMWyD8vGMs=&h=210&w=316&sz=16&hl=en&start=196&zoom=1&tbnid=BjGRXMP0dL4hJM:&tbnh=151&tbnw=212&ei=WXU4Tr6fKJKjtgez2YzoAg&prev=/search%3Fq%3Destamos%2Bvivos%2Blos%2B33%2Bpi%25C3%25B1era%26um%3D1%26hl%3Den%26client%3Dfirefox-a%26sa%3DN%26rls%3Dorg.mozilla.es-CL:official%26biw%3D1280%26bih%3D642%26tbnid%3Disch&um=1&itbs=1&iact=hc&vpx=335&vpy=230&dur=1084&hovh=168&hovw=252&tx=101&ty=63&page=14&ndsp=15&ved=1t:429,r:6,s:196

Fotografía (5)



http://www.google.com/imgres?q=estamos+vivos+los+33+pi%C3%B1era&um=1&hl=en&client=firefox-a&sa=N&rls=org.mozilla.es-CL:official&biw=1280&bih=642&tbnid=KFcNQFp_NYBL6M:&imgrefurl=http://www.elclarin.cl/index.php%253Fopcion%253Dcom_content%2526task%253Dview%2526id%253D22137%2526Itemid%253D45&docid=r u7Bhpmha1KcmM&w=341&h=200&ei=WXU4Tr6fKJKjtgez2YzoAg&zoom=1&iact=rc&dur=336&page=2&tbnh=117&tbnw=199&start=15&ndsp=15&ved=1t:429,r:5,s:15&tx=101&ty=62

Los estudios de Bárbara Silva (2009) establecen dos dimensiones en la construcción de la nación: una político-discursiva y otra cultural-simbólica. Con

respecto a la primera “(...) se evidencian contradicciones entre la retórica inclusiva de la elite y la praxis política excluyente” (Silva, 2009: 20). Es decir, se trata básicamente de una dimensión con soporte en la lucha de representación en cuanto a la clase de los individuos que conforman la nación. En el caso del Campamento Esperanza la construcción político-discursiva se produce cuando es el gobierno quién provee las soluciones a los ciudadanos estando todos los posibles rescates dirigidos desde un eje central. Mientras tanto, las familias de los mineros son agentes pasivos de todo y cuanto pase con ellos. El Estado aplica el orden como estrategia para mantener una cohesión dentro de quienes conforman la nación, una técnica no necesariamente implica una identificación con la nación. Según Ernest Gellner (1988) el estado: “constituye una elaboración importante y altamente distintiva de la división social del trabajo...El estado es aquella institución o conjunto de instituciones específicamente relacionadas con la conservación del orden”. (Gellner, 1988:16-17), en la cual aquellos que se especializan en mantener el orden se distinguen del la sociedad civil. Entonces, el carácter político-discursivo de lo que el estado-nación quiere dar es una constante retórica en cuanto a la bandera chilena (significante) como representante de una multi-dimensionalidad en su significado: estado-nación, familia, valores, unidad y (ante todo) homogeneidad.

Por otra parte, la dimensión cultural-simbólica “...permite vislumbrar instancias de integración imaginaria en un nosotros colectivo (de características masculinas), a través de la creación de símbolos, ritos, mitos y estereotipos de identificación común” (Cid y San Francisco, 2009: 20). Es en esta idea de imaginario colectivo donde la propuesta se acerca al concepto de nación sostenido por Benedict Anderson: comprender a la nación como una comunidad imaginada.

La dimensión cultural-simbólica en el Campamento Esperanza, tuvo una relevancia enorme. Primero, el nombre escogido “Esperanza”, se celebró constantemente en la prensa. La esperanza pasó a tener un carácter de fe. reforzado por el ideario católico:

La Virgen del Carmen Misionera llegará hoy al campamento Esperanza de la mina San José para acompañar a los 33 mineros atrapados y sus familias con la celebración de una liturgia encabezada por el Obispo de Copiapó, Monseñor Gaspar Quintana.

"Así como la Virgen ha llevado consuelo especialmente a las zonas afectadas por el maremoto y terremoto, lleva hoy a los mineros y a sus familias el consuelo que es la cercanía del Señor Jesús, que por un lado da sentido a la dificultad y al dolor y por otro es una invitación a ser colaboradores de Dios. Por eso, la presencia de la Virgen en la Mina es un momento histórico para ellos y para Chile", señala el Padre Carlos Cox, rector del Santuario Nacional de Maipú y coordinador general de esta peregrinación.

<http://latercera.com/noticia/nacional/2010/09/680-291679-9-virgen-del-carmen-misionera-visita-el-campamento-esperanza.shtml> (las negritas son del texto)

Fotografía (6)



<http://latercera.com/noticia/nacional/2010/09/680-291679-9-virgen-del-carmen-misionera-visita-el-campamento-esperanza.shtml>

La imagen religiosa no es casual dentro del imaginario de nación de Chile (fotografía 6). Entre los años 1910 y 1940, cuando se instauraban nuevas formas de pensar y se consolidaba la clase media, surge un nacionalismo cultural que respondía a un proceso de transición entre el Chile tradicional a uno más moderno, de acuerdo a Simón Collier y William Sater (2010). Para Gabriel Cid esta época fue de mucho cambio, puesto que fue el ingreso de Chile a la llamada modernidad. Dentro de este esquema se produjo un proceso de urbanización, de desarrollo de los medios de comunicación como la radio y el cine; otros medios como diarios y revistas se perfeccionaron y masificaron su producción. Al mismo tiempo, la clase media fue ganando espacio y consolidando una voz propia en la opinión pública nacional. Patrick Barr-Melej (2010) afirma que es en la clase media donde los proyectos nacionales se desarrollan. Nicolás Penna señala:

El surgimiento de esta clase media, que por lo general provenía del mundo popular generaba una apertura social de acceso a los distintos servicios existentes y a mejoras en las condiciones de vida de quienes ascendían. Por tanto, la existencia de esta puerta, disminuía en gran cantidad las tensiones existentes entre las distintas

clases sociales, en particular de los sectores populares, quienes veían que gracias al esfuerzo y a la educación, podían mejorar sus condiciones sociales.

<http://www.estudioshistoricos.cl/blog/la-clase-media-y-su-%E2%80%9Cperiodo-heroico%E2%80%9D-en-la-historia-de-chile/>

El nacionalismo, como movimiento identitario, fue una buena opción para los gobernantes de la época cuando la clase media se convertía en un gran grupo para cohesionar discursivamente bajo un sentimiento tan subjetivo como el amor al territorio donde nacieron. El hecho de pertenecer a un espacio compartido por algunos rasgos en común ayudaría a desarrollar el incipiente nacionalismo liberal.

Este proceso debía ser a través de un discurso que hiciera sentir a la clase emergente parte importante de la representación nacional, un sentimiento de pertenencia que Monserrat Guibernau lo define como nacionalismo: “el sentimiento de pertenecer a una comunidad, cuyos miembros se identifican con un conjunto de símbolos, creencias y formas de vida y tienen la voluntad de decidir sobre su destino político en común” (Guibernau, 1996:47). No obstante, este sentimiento político generaba inquietudes no solamente la elite chilena, sino que también en la iglesia católica. Cabe recordar que hasta ese punto, la iglesia católica representaba los valores de la nación. El gran temor de las elites era perder el poder que manejaban hasta el momento y es durante este periodo que se vivieron situaciones de fuerte tensión entre la clase emergente y las clases instaladas en el poder. Para algunos estudiosos como Carlos Rosán (citado por Cid y San Francisco, 2010) este periodo histórico es uno de los más decadentes de la historia de Chile, puesto que implicó un cuestionamiento a todas las ideas valóricas del Gobierno y de la familia. Hubo un intento por cambiar las ideas tradicionales por propuestas más liberales. El resultado fue la secularización del estado. A propósito de esto, Juan Carlos González (citado por Cid y San Francisco, 2010) señala: “Aunque la separación entre la iglesia y el estado en 1925 se llevó a cabo en términos conciliatorios, no cabe duda que afectó a muchos fieles chilenos”.

La nueva representación nacional no era del todo aceptada, existía (y aún sigue existiendo), añoranzas a la representación de los valores de la iglesia católica en la nación, por parte de algunos ciudadanos/as. Historiadores como Gonzalo Vial manifiestan que la secularización del estado fue bien recibida por los hombres, sin embargo las mujeres se opusieron fuertemente: el ideal de nacionalismo tenía una

característica particular y era el ser católico. La imagen del nacionalismo católico fue la Virgen del Carmen. Al respecto, Cid señala:

Los discursos nucleares del nacionalismo católico durante el periodo (...) fue la Virgen del Carmen, utilizado como el referente cohesionador de la identidad nacional, cuyo culto históricamente había sido una de las pocas instancias en que se difuminaban las diferencias sociales, culturales y políticas en el seno de la nación. (Cid y San Francisco, 2010:46-47)

Si la imagen central del nacionalismo católico era la virgen del Carmen, se podría pensar que Chile tendría un imaginario de nación genérica de mujer, lo que de acuerdo a Evelyn Stevens (1977) este sería de carácter Mariano. El marianismo se basa en la imagen religiosa de la virgen María, quién posee cualidades distintivas y elevadas como lo son: el sentimiento maternal, el silencio, el sufrimiento, la pasividad y la virginidad, todas en su conjunto representando un ideario de mujer. Tanto Wolf (2001 [1958]) como Muratorio (1995) coinciden en que la virgen, en los casos mexicano y Napo Quichua, es vista o sentida de manera distinta, por una parte los indígenas ven a la Virgen como un símbolo de equidad de género porque representa a una diosa precolombina; por su parte los mestizos la ven como una madre que consuela a la mujer subordinada y al varón oprimido.

Probablemente fue desde el comienzo del siglo XX cuando se configuró la imagen de la mujer en la nación (de acuerdo a este estudio la imagen masculina hegemónica nace con el estado nación de Chile). La figura de la mujer dentro de la comunidad imaginada (Anderson) se formó e ideó bajo los cánones valóricos de una virgen madre.

Es por ello que no deja de llamar la atención que cuando el estado nación chileno cumple 200 años, exista un desfase entre el discurso oficial y las representaciones del imaginario de nación en relación a las mujeres chilenas.

Volviendo al accidente de la mina San José -todo esto dentro del año 2010 y el marco histórico del Bicentenario- apenas se supo que los mineros estaban con vida a 700 metros de profundidad (Subterra), Emma Sepúlveda quien conversó con las mujeres (madres, hijas, hermanas, amantes) del Campamento Esperanza señaló la molestia de ellas en relación al manejo de la información que se relacionó más a un boom mediático que al respeto y privacidad de las familias. La información de que estaban vivos los mineros llegó por un medio de comunicación pública tanto a las familias como al mundo entero.

La versión oficial de este hecho ocurrido el 22 de agosto del 2010 a las 14:53 señala:

Exhibiendo un papel escrito de puño y letra por los trabajadores que decía “**estamos bien en el refugio, los 33**”, el Mandatario confirmó la información que desató la algarabía de los familiares. “Esto salió hoy día de las entrañas de la montaña, de lo más profundo de esta mina, y es el mensaje de nuestros mineros, que nos dicen que están vivos, que están unidos y que están esperando volver a ver la luz del Sol y abrazar a sus familiares”.

Fotografía (7)



<http://www.google.com/imgres?q=estamos+vivos+los+33+pi%C3%B1era&um=1&hl=en&client=firefox-a&sa=N&rls=org.mozilla:es-CL:official&biw=1280&bih=642&tbn=isch&tbnid=LerpwqkNvuvSzM:&imgrefurl=http://karencillagajesdeloficio.blogspot.com/2010/09/el-porque-de-los-33.html&docid=GOk1IISWl8jvIM&w=437&h=291&ei=W XU4Tr6fKJKjtgez2YzoAg&zoom=1&iact=hc&vpx=964&vpy=277&dur=137&hovh=183&hovw=275&tx=166&ty=86&page=1&tbnh=110&tbnw=165&start=0&ndsp=15&ved=1t:429.r:9.s:0>

Fotografía (8)



http://www.google.com/imgres?q=estamos+vivos+los+33+pi%C3%B1era&um=1&hl=en&client=firefox-a&sa=N&rls=org.mozilla:es-CL:official&biw=1280&bih=642&tbn=isch&tbnid=6cuFRf_ru0wpKM:&imgrefurl=http://www.theclinic.cl/2011/01/20/juan-aliste-vega-desde-la-carcel-%2525E2%252580%25259Cyo-no-mate-a-ese-carabinero%2525E2%252580%25259D/&docid=IEO0a9hBOP139M&w=276&h=184&ei=W XU4Tr6fKJKjtgez2YzoAg&zoom=1&iact=rc&dur=377&page=12&tbnh=146&tbnw=191&start=166&ndsp=15&ved=1t:429.r:13.s:166&tx=41&ty=55

La noticia era de suma relevancia ya que después de 17 días sin saber si vivían o no los 33 mineros de la mina San José, se confirmaba que estaban vivos. No obstante a nivel mediático, la noticia fue centralizada por el gobierno, tal como lo habían señalado las mujeres que estaban en el campamento Esperanza. Toda la alegría se tiñó de emblemas patrios y de un sentido casi épico, una hazaña homérica por parte del gobierno y siendo las mujeres una vez más invisibilizadas dentro del espacio público.

La invisibilización de las mujeres del Campamento Esperanza está relacionado con lo que se desea o no destacar en el imaginario de nación. En este sentido, es sorprendente que mujeres y familiares que estuvieron 17 días en una angustia vital, desplazándose de sus lugares de habitación para estar más cerca de sus seres queridos; sean omitidas. No obstante, esta omisión es arbitraria, al parecer, ya que cuando los mineros sean rescatados, será el propio gobierno quien las invite para representar a la familia nuclear unida.

Nira Yuval-Davis sostiene que son las visiones hegemónicas las que omiten las relaciones de género por considerarlas irrelevantes. Yuval-Davis (2004) reflexiona sobre la complejidad que posee el concepto de nación. Por un lado está la *visión del análisis materialista* que centra su postura en la burocracia estatal y otros apartados del Estado (por ejemplo, el establecimiento y reproducción de las ideologías y límites nacionales). Por otro lado, en cambio, está la *visión intelectual* que se basa en una mirada al pasado mítico o histórico de la sociedad, cuyo imaginario se vuelve una prioridad para las aspiraciones nacionalistas. Ambas visiones de la nación excluyen el rol de la mujer en la nación.

Florencia Mallon (1995) sostiene que son los discursos formadores de ideología, cultura y política, los que construyen tanto los conceptos como las ideas de nación y, por lo tanto influyen en la conformación de identidades nacionales. Es decir, a quienes representamos o no, como también, de qué manera los representamos.

Para entender cómo se forma esta identidad nacional la misma autora señala:

[...] the identity of the elements is changed through the practice of articulation. In the case of, nationalism, then it makes sense to concentrate not only on the major discursive elements in the final product but also on the process of construction itself. Through open-ended processes of articulation, nationalist discourses are formed from already existing elements and newly emerging ones. By connecting

these elements along new lines of equivalence and antagonism, social and historical actors transform the meaning of both old and new. (Mallon, 1995: 90)

Si bien fueron las mujeres de los mineros, las primeras en organizarse y alzar la voz para que los organismos gubernamentales las ayudaran, éstas solamente fueron vistas tanto por el gobierno como por los medios de prensa solo en su dimensión de madres, esposas y amante.

En relación al rol de madre, tal como se planteó la configuración de la mujer en el espacio privado. Elsa M. Chaney señala:

All the predominant images forming what might be called the feminine myth in Latin America consistently place woman in a subordinate, inferior role; the images are constantly reinforced and perpetuated by the secondary role she has in fact always played in social and political life within harsh patriarchal systems whose endurance is rivaled only in the Arab World. (Chaney, 1979:32)

Dentro de los controles de poder (de acuerdo a Foucault), las mujeres de los mineros no se dejaron invisibilizar, existió una agencia en dos vertientes. La primera fue al hacerse partícipe de una demanda hacia el estado por el accidente de la mina San José el día 29 de septiembre del 2010. La vocera de los familiares fue la alcaldesa de Caldera, la Sra. Brunilda González quien afirmaba que: “Esta demanda será interpuesta "contra la empresa, que son los dueños, contra los trabajadores del Estado, que no cumplieron su labor, y contra el Estado de Chile. La Justicia determinará cómo reparte, quién paga y quién se hacer responsable”. <http://latercera.com/noticia/nacional/2010/09/680-295392-9-familias-de-mineros-exigen-indemnizacion-de-27-millones-de-dolares.shtml>

La inquietud que surge al respecto es por qué una autoridad política tiene que ser vocera de las mujeres del Campamento Esperanza. Aunque se busca una agencia por parte de las mujeres, éstas, al parecer, siempre necesitan un “padrino o madrina”, nombramiento que en este caso recayó sobre la alcaldesa de Caldera. De acuerdo a June Nash en su “Dialéctica del Género y Proceso Laboral en la América de la Preconquista, la Colonial y la Contemporánea;” el militarismo y la especialización de los hombres en las artes de la guerra propiciaron el poder de éstos sobre los recursos y sobre las mujeres que solo representaban a las deidades femeninas relacionadas con la procreación. Esto no está relacionado con la persistencia de un patriarcado sino de un sistema de jerarquía de género, para el caso de las mujeres mestizas está determinado por su clase social y en el caso de los mapuches (tratado en el capítulo cuatro) por una hegemonía masculina.

En cuanto al género se establece una relación dialectal que consiste en la formación de las relaciones de clase y de poder (predominio masculino en la jerarquía sobrenatural) y en el plano de lo simbólico, la representación de la patria como un cuerpo femenino evoca a su facultad reproductora (la madre patria) y, al mismo tiempo se la eleva a un carácter simbólico abstracto donde se invisibiliza su rol cotidiano.

La segunda vertiente corresponde al momento en que las mujeres del Campamento Esperanza fueron invisibilizada discursivamente, solamente se destacó su rol de madre y esposa como sostenedora de la familia, un claro ejemplo es cuando se supo que los mineros estaban con vida, los discursos oficiales, apelaban al reencuentro familiar, existió una subjetivación de éstas.

El presidente Piñera, cuando dio a conocer la supervivencia de los mineros señaló: “vamos a seguir trabajando y los mineros saben que estamos trabajando por su rescate, saben que sus familiares los están esperando, saben que es cuestión de días para poder recuperarlos y reintegrarlos a sus familias”. El imaginario de nación chilena, se arraiga en la familia como núcleo y base social. Dentro de esta concepción, la imagen de la mujer se encuentra en desventaja en relación al hombre siendo un claro ejemplo de esta desigualdad el matrimonio. Si éste se toma como base de la sociedad, en él se refleja la sujeción de la mujer en una esfera patriarcal donde se espera que esto suceda.

El matrimonio para Pateman, es una relegación de la mujer al espacio privado, donde debe cumplir una serie de roles, los cuales pertenecen y está determinados por su género socialmente; esta es la función del matrimonio en el sistema laboral y productivo del capitalismo de extracción.

Del mismo modo, representan una conducta a seguir. Por lo tanto, el matrimonio es la base de un sistema patriarcal donde la mujer no ejerce su libertad individual. Efectivamente, nunca se supo quienes fueron las mujeres que estuvieron en el Campamento Esperanza, excepto la de un caso en particular, que fue ampliamente cubierto por toda la prensa tanto nacional como extranjera. Se trata de la historia del minero Yonni Barrios, cuya noticia acaparó los titulares de las coberturas del rescate como si se tratara de una noticia de espectáculos. Sin embargo un hecho como éste, revela mucho de cómo se configura el imaginario de mujer en la nación. La historia del

minero con sus dos mujeres se produjo por casualidad, cuando el gobierno anunció que serían las esposas quienes tendrían la prioridad para ser las primeras en abrazar a los mineros cuando fueran rescatados uno a uno. Es en este momento cuando dos mujeres reclamaban ser quienes deberían abrazar al minero Yonni Barrios Rojas, conocido dentro de la mina como el enfermero, ya que era quien auxilió a sus compañeros. La situación era tan clara como conocida dentro de la identidad masculina latinoamericana, y aunque no se puede generalizar, no deja de ser relevante toda la expectativa que causó el hecho, Marta Salinas, esposa legal de Yonni Barrios, comentó:

En la Moneda (sede del Ejecutivo) conocen mi problema. La Primera Dama (Cecilia Morel) me dijo que no era mala mi decisión, que hacía bien en dejar que vaya ella (por Susana Valenzuela) tranquilamente. Asunto público la vida privada de Yonni, después de 28 años de matrimonio Marta Salinas está escarmentada pero no siempre fue así. Discreta y poco amiga de hacer declaraciones, no está dispuesta a pasar por el aro de los caprichos de su marido, por mucho que se lo tragara la tierra más de dos meses: “ni por televisión voy a ver el rescate (fue ayer). Se por las conversaciones y el teléfono que está bien. Con eso me basta”, zanjó. En otro plano de la escena Susana Valenzuela, la otra, se acicalaba para recibir a Johnny Barrios Rojas, “estamos enamorados”, proclamó. Con sus palabras cerraba el círculo y, para disgusto de Johnny, el triángulo quedaba roto.

<http://www.abc.es/20101013/internacional/perfil-barrios-201010131733.html>

Lo interesante de este hecho es como permite que ciertas realidades sean visibles y, al mismo tiempo, se invisibilizan otras. La situación de Yonni Barrios iba en desmedro del discurso reiterado sobre la familia y su unión: la configuración de la familia nuclear que uniéndose una tras otra terminaban formando esta nación Bicentenario llena de valores e inclusiones.

Tal como se señaló anteriormente, la noticia del minero y sus dos mujeres cubrió la tragedia de la mina San José, sin embargo a nivel nacional no hubo repercusiones, sino más bien, quedó en un nivel de anécdota. Emma Sepúlveda también estuvo cerca de ambas mujeres y da su testimonio:

Ella es mayor que Yonni y este tipo la engañó desde el día que se casaron, pero ella lo aceptó. Y te voy a decir que es una mujer admirable, que ha salido sola, que tiene su negocio y que vende productos alimenticios en la población; que vive en una casa muy modesta, que crió a sus hijos sola porque cuando este no se caía a la botella andaba con otra amante. Y fíjate que la amante Susana Valenzuela vive a tres cuadras en la misma población y ella le fue avisar a Marta esa misma noche lo que había pasado. Y Susana no se apareció en el refugio los primeros días hasta que se habló de las platas de Farkas y ahí aparecieron muchas personas. No sólo las amantes sino hijas, sobrinos, mucha gente. Y este Yonni manda autorizaciones para que le paguen el sueldo a Susana, pero cuando Marta recibe la carta donde le dice que quiere que las dos lo vayan a buscar dice “hasta ahí no más llegamos”. Ella me

dijo que durante esta agonía de dos meses había aprendido a quererse y a respetarse como mujer y eso la motivó a decir “me quiere a mí o a ella”.

Según Sonia Montecinos (1991), la gran problemática de los hombres y mujeres latinoamericanos es la existencia o no de una cultura latinoamericana; de una identidad. La conformación de la cultura latinoamericana radica en el mestizaje entre la cultura indígena y la europea. Desde la época de la Colonia, el sujeto latinoamericano se habría configurado en una relación de dominado versus dominador. Dentro de las relaciones de subalternidad que se dieron durante la colonia, se encuentra el abuso sexual que ejercieron muchos de los conquistadores a las mujeres indígenas, quienes daban a luz al mestizo; éstas se transformaban en madres solas que se dedicaban a la crianza de sus hijos. En Chile, afirma Montecinos: “El problema de la legitimidad/bastardía atraviesa el orden social chileno transformándose en una marca definitiva del sujeto en la historia nacional, estigma que continúa vigente en los códigos civiles” (1991: 43). Si bien el origen de este pensamiento es conflictivo, lo es más aún cuando este estigma está o estuvo (hasta hace poco años) vigente. La constitución familiar cobra una enorme relevancia dentro del contexto del accidente minero por el simple hecho de ser familias legalmente constituidas hacía que los valores de la nación se exacerbaban. Los discursos giraron en torno a una efervescencia nacionalista, cabe recordar que según Gabriel Cid, el nacionalismo:

Los discursos nacionalistas difuminan las tensiones sociales y económicas inherentes a la conformación misma de la nación, generando un sentimiento de horizontalidad ficticia, reconfigurando y restaurando simbólicamente el sentimiento de comunidad fracturada (...) el nacionalismo como solución se acentúa en presencia de regímenes políticos visualizados como incompetentes para solucionar las demandas de la sociedad. (Cid y San Francisco, 2010:37)

Los hechos que sucedieron en el primer contacto con los mineros no dejan de sorprender en relación al gran arraigo que los ciudadanos y ciudadanas tienen al nacionalismo lo que indicaría que la educación cívica ha dejado su huella en el imaginario de la población chilena. Un ejemplo de esto se produce cuando los mineros atrapados a 700 metros bajo la tierra, comienzan a cantar el himno nacional de manera espontánea. Según Clifford Geertz (1987), la cultura se basa en los símbolos de una sociedad que poseen significaciones. Las explicaciones a esas significaciones, cómo se

producen, cómo se entienden, qué revelan corresponden a lo característico y particular de cada cultura.

En este sentido es posible afirmar que cultura no es solamente hablar de procesos sociales, de modos conductuales u acontecimientos sociales; sino que también corresponde a un contexto donde se producen todos estos fenómenos de manera inteligible. Dentro de este contexto de encontrar con vida a los mineros y comenzar las labores del rescate, fue el presidente de la República quien se manifestó de la siguiente manera:

Hoy día Chile entero está llorando de alegría y de emoción () la noticia nos llena de alegría y nos llena de fuerzas. Me siento más orgulloso que nunca de ser chileno y de ser Presidente de Chile. Más orgulloso que nunca de nuestra gente. Y creo que no podíamos empezar mejor nuestro mes de la patria y la celebración del Bicentenario que con esta maravillosa noticia.
<http://www.gob.cl/destacados/2010/08/22/presidente-pinera-confirma-que-los-33-mineros-estan-vivos-chile-entero-esta-llorando-de-ale.htm>

La homogenización de la población se da en la identidad nacional: “ser chileno”. Esta frase está cargada de simbología y la ambigüedad que producen los discursos totalizadores radica en el desfase o distanciamiento que hay entre lo real y lo discursivo. La tragedia de los 33 mineros sirvió para acentuar símbolos patrios como la bandera, el himno nacional, la identidad, etc. mientras invisibilizaba los problemas reales de un país que se reconoce en la región por sus avances económicos. Pero es la misma base económica la que muestra las condiciones inhumanas en las que trabajan los mineros. Por otra parte, las mujeres son relegadas a un plano familiar simbólico de la nación, invisibilizando una vez más sus condiciones de género y clase. Son tratadas como infantes a quienes hay que dar alimento, ayuda espiritual y consuelo, más no voz. Lo que para Linda MacDowell (2009:262) es la base de la desigualdad entre hombres y mujeres radica en la naturalización de la mujer como reproductora. El problema está en que las políticas de oportunidades suelen ignorar los problemas relacionados con la vida familiar, entonces se hace necesario establecer políticas laborales que consideren la diferencia entre las necesidades laborales femeninas y masculinas sin que se produzcan discriminaciones. Es decir, se requiere establecer incentivos para que las mujeres puedan desarrollarse en el plano laboral pero no dentro de esquemas diseñados para hombres.

A las mujeres del campamento Esperanza se las ubica solamente en un plano materno. De acuerdo a Nancy Chodorow (1978), la identidad femenina está relacionada directamente con la maternidad como un resultado de la prolongación de la relación madre-hija, cosa que no ocurre en los hombres puesto que deben romper con el vínculo con la madre para lograr su identidad masculina. Según Igor Kopytoff (2008) hay que diferenciar entre la identidad esencial de género y los roles culturales que se producen en la sociedad. En el caso particular africano señalado por Kopytoff, la identidad “esencial” del género mujer no implica tener que criar a los hijos, sino que se limita a “dar a luz” a ellos y por lo tanto estas mujeres tienen la libertad de desenvolverse en actividades productivas fuera del hogar sin perder su “esencia” o lastimar su reputación. En la representación de estas mujeres lo que interesa es el dolor, la espera y la fe en la virgen del Carmen. Mary Dietz afirma que ver a las mujeres solo como reproductoras es realizar una mirada unidimensional y relegarlas solo a un plano familiar: “las mujeres no se identifican únicamente por el pensamiento maternal, ni éste necesariamente promueve la clase política democrática que el feminismo social propone impulsar” (Dietz, 1996:46-47) Esta visión no es universal, ya que no siempre está ligado la identidad de género con el rol cultural.

Al parecer el Bicentenario si busca una reafirmación de los imaginarios genéricos de la nación y el accidente minero ayudó a fortalecer los imaginarios de género en la nación. Las mujeres del campamento Esperanza pertenecieron al ámbito privado y fueron integradas al espacio público solo cuando sucedió el rescate. Esta división entre distintos espacios sociales, es lo que Christopher Chiappari (2001) señala como la dicotomía público/privado. Si bien en un primer momento se pensó que el espacio público le pertenecía al hombre y el privado a la mujer (entendidos como espacios de poder), Chiappari en su estudio muestra que estas dos esferas no necesariamente están separadas, ni una es completamente masculina ni la otra completamente femenina. El control o poder no se dan de la misma manera en ambos ámbitos. La propuesta de Chiappari es que la importancia no radica en lo público y en lo privado sino que en los contextos en los cuales se produce la subordinación femenina. Existe mayor relación de acuerdo a las realidades culturales, ya que estas marcan las relaciones y los roles dentro de las sociedades. En este sentido las mujeres de los mineros fueron subjetivizadas por su género y por su clase. El gobierno de Chile,

solamente, destacó la visión familiar que estas representaban (imaginario ideal para la celebración del Bicentenario donde el nacionalismo que se festeja es de características católicas), pero los discursos nunca hablaron a qué tipo de familia estas mujeres representaban. Es decir, a las familias pobres, de bajos ingresos. La paradoja que se produjo con el accidente de la mina San José, fue que mientras los mineros extraían cobre- producto nacional representativo con una alta rentabilidad en los mercados - estas familias representan (con su pobreza), la gran desigualdad que se produce en la repartición nacional¹⁰.

A nivel discursivo, según Bourdieu (2002) la política se distancia de la vida cotidiana. En un afán de perpetuarse en el poder actúa como un ente mediático. Los políticos solamente toman partido de la información para enfrentarse entre ellos y argumentar sus superficiales puntos de vista. En el caso de la mina San José tanto autoridades como políticos apuntaron a los dueños de la mina, como responsables de la tragedia porque la mina había sido clausurada un año atrás por no encontrarse en buenas condiciones para trabajar. Sin embargo, los dueños omitieron la prohibición y la reabrieron sin tener los permisos del Servicio Nacional de Geología y Minería Servicio (Sernageomin). Si se hubiese fiscalizado a tiempo este accidente no hubiera pasado, pero lejos de centrarse en el origen del problema la agenda gubernamental hizo toda una algarabía en torno al rescate.

El rescate, se podría comparar con un gran “reality show”. Cabe aclarar que este comentario no es por el rescate en sí, sino más bien por todo lo que aconteció alrededor, del mismo.

La cobertura mediática a nivel nacional e internacional hizo que Chile alcanzara gran notoriedad. El rescate fue seguido por cientos miles de personas en distintas partes del mundo. Cada paso que se daba para sacar a los mineros fue cubierto por más de cien cámaras fotográficas y de video, todo el mundo quería ver (estar presente de alguna manera) en un rescate inédito. Para realizar el rescate se fabricó una capsula, la cual se introduciría por un ducto hasta alcanzar el lugar donde se encontraban los mineros. La cápsula estaba pintada con los colores: blanco, azul y rojo y, también, tenía dibujada la

¹⁰ De acuerdo a la OCDE 15-Abril-2011

Chile tiene el coeficiente Gini más alto entre los países de la OCDE, lo que significa la desigualdad más alta. http://www.oecd.org/document/28/0,3746.es_36288966_36287974_38828060_1_1_1_1.00.html

bandera de Chile. Fue bautizada con el nombre “Fénix II”. No es arbitrario preguntarse por qué no estaba pintada en un solo tono. El hecho que estuviera aludiendo a toda la simbología nacional no era casualidad, representaba toda una estrategia gubernamental, para posicionar a Chile con valores, como los del Bicentenario, ya no solamente, dentro del plano nacional, sino que también en un plano internacional. Si fue un error del gobierno no fiscalizar la mina, ese tema no era trascendente, era el mismo gobierno quien había desarrollado una agenda propia. Tal y como señalaba Bourdieu (2002), el lenguaje es un elemento clave en la política.

Fotografía (9)



Fotografía (10)



Fotografía (11)



Fotografía (12)



El diario online Terra Chile (la fuente de las fotografías) tenía los siguientes pies de fotos en cada una de las tomas fotográficas:

Fotografía 9: “Las autoridades intentan consolar al pequeño Byron Ávalos, de 7 años, hijo del primer minero en ser rescatado. Foto: Hugo Infante / Gobierno de Chile”

Fotografía 10: “Daniel Herrera, de 27 años, abraza a su madre, quien contó a todos que su hijo era un regalón”.

Fotografía 11: “En la mina quedan sólo los rescatistas que se despiden con un cartel: ‘Misión cumplida Chile’”. El último rescatista en salir fue el primero en descender: Manuel González. Se acabó la epopeya, un nuevo país emerge desde las entrañas de la tierra”.

En la alegría del rescate los discursos triunfalistas y exitistas por parte del gobierno no se dejaron esperar. El presidente Piñera señalaba:

Los mineros, sus familiares, los rescatistas, el Gobierno y todos los chilenos, hemos dado una muestra de unidad, de fuerza, de fe y de esperanza que es reconocida y admirada por el mundo entero, lo cual demuestra que cuando los chilenos nos unimos detrás de grandes causas, por ambiciosas y grandes que parezcan, siempre logramos alcanzar las metas y conquistar las más altas cumbres (...) **“hoy día el nombre de Chile, el prestigio de Chile y el reconocimiento de Chile en el mundo entero, se ha fortalecido”**. (...) el país tienes muchos desafíos por delante, como transformarse en el primer país de América Latina que logre, antes que termine esta década, derrotar el subdesarrollo, la pobreza y crear una sociedad que le dé seguridades a todos sus hijos (...) ese es el Chile que estamos construyendo juntos, y ese es un Chile que, estoy seguro, va hacernos a todos sentirnos muy orgullosos de ser chilenos”. <http://www.gobiernodechile.cl/destacados/2010/10/09/los-mineros-sus-familiares-los-rescatistas-el-gobierno-y-todos-los-chilenos-hemos-dado-una.htm> (La negritas corresponden al texto)

El discurso del presidente Piñera reflejaba los objetivos del gobierno (fotografías: 9,10,11 y 12). No obstante este discurso no integra a todos los chilenos, existe un símil entre el éxito alcanzado por el rescate con el imaginario de “hacer las cosas bien” y al día siguiente del rescate el presidente Piñera afirmaba: “De aquí en adelante, hacer las cosas a la chilena, significa hacer las cosas bien”. Este discurso unificador se acercaría más al concepto de poder estructural en palabras de Eric Wolf más que a una unidad de relaciones igualitarias. Ya que las relaciones dentro del manejo de la tragedia de los treinta y tres mineros se ven marcadas por relaciones jerarquizadas de género y hegemonías de poder que buscarán avalar las representaciones de la nación en el Bicentenario, poniendo distancia entre el discurso oficial y los hechos realizados.

Otra coyuntura que sucede en el año del Bicentenario es el conflicto mapuche que está muy relacionado con la constitución del estado nación de Chile y con la transversalidad del poder (basado en E. Wolf) los mapuches manejan el poder táctico organizativo, sin embargo no tienen el poder estructural, es el estado-nación de Chile por lo cual su integración al proyecto de nación tendrá características particulares que se estudiarán en el siguiente capítulo.

CONCLUSIÓN

Hablar de nación y del imaginario que ésta representa es sin duda un desafío, puesto que dentro de las muchas definiciones de este término, la idea que más se suele resaltar es la de unidad bajo ciertos símbolos que denota una identidad particular. Dentro de estas definiciones la idea de Anderson de comunidad imaginada tiene sus matices particulares dentro del contexto chileno. Para el imaginario de nación chilena no cabe duda que si se pertenece a una nación que está basada fundamentalmente en símbolos representativos, es decir, de una creación arbitraria de imágenes que evocan una identidad. Por otra parte, el concepto de comunidad es el que no logra abarcar un todo dentro del imaginario de nación chilena, puesto que en el caso del estado chileno dentro enmarcado en una concepción neoliberal no logra ser una comunidad sino más bien una asociación de ciudadanos que lejos de tener representatividad están jerarquizados por una línea transversal determinada por temáticas de: género, raza y clase.

Un ejemplo de la representación genérica de la nación chilena fue el caso de las mujeres de los mineros, quienes se organizaron para ir en su búsqueda, y el gobierno chileno se hace partícipe una vez que estas mujeres estaban organizadas y ejerciendo presión para que sus esposos fuesen rescatados, sin embargo el discurso oficial no reconoció la agencia de estas mujeres, su poder táctico y organizativo (Wolf 2001), sino más bien destacó una visión mariana de éstas, que dista de su realidad como mujeres de clase popular. Por lo tanto, cuando se habla de nación, sin duda se habla más de tácticas políticas de identidad relacionada más a un sistema estratégico de unidad que a una visión representativa de quienes conforman realmente la nación.

CAPÍTULO IV NACIÓN, ETNIA Y GÉNERO

Bicentenario y los mapuches: ¿Celebración o aplicación de la ley Anti-terrorista?

Bien lo dice la página web del Bicentenario:

El Bicentenario de Chile es una oportunidad única para comprometer a cada ciudadano e institución en la construcción del país que queremos, el que podríamos definir a través de lo que hemos denominado los **Valores Bicentenario**. Estos son un conjunto de cualidades que esperamos representen en Chile del Bicentenario: Un país que **rescata, valora y respeta sus identidades** que crea, difunde y preserva su patrimonio natural y cultural (tangibles e intangibles). <http://pruebasitio.chilebicentenario.cl/frmSingle.aspx?IDseccion=23&&idArticulo=912>

La pregunta que surge inmediatamente es: ¿cuáles son las identidades que se rescatan, valoran y respetan en el Bicentenario?

En el año 2010 Chile fue generador de noticias a nivel mundial. El terremoto del 27 de febrero marcó el inicio mediático de la noticia, a esto le siguió el accidente de la mina San José y sus 33 mineros atrapados y cercano a esta fecha, la huelga de hambre de 84 comuneros mapuches a quienes se les aplicaría la polémica ley antiterrorista creada en la dictadura de Augusto Pinochet, ley que paradójicamente nunca se aplicó en tiempos de dictadura y se aplicaba en el año del Bicentenario a comuneros mapuches por reclamar tierras ancestrales.

La historia de Chile está llena de paradojas que son poco comprensibles. Una de ellas es sostener como uno de los valores del Bicentenario el rescate y respeto a las identidades.

El desconocimiento del pueblo mapuche, de su etnia y cultura hacen que frases sostenidas como los valores del Bicentenario chileno carezcan de contenido.

Para objeto del presente estudio me centraré en la representación del género y la etnia mapuche en el llamado “conflicto mapuche” del año 2010.

La representación del género y la etnia en el “Conflicto Mapuche”

Desde el gobierno de José Joaquín Pérez (1861-1871), la etnia mapuche quedó determinada en el imaginario de nación chilena; ésta le construyó una identidad representada en la barbarie que permitía su exclusión total de la vida civil del Estado-Nación de Chile. Sorprendentemente, a doscientos años de la formación del Estado-Nación de Chile esta configuración identitaria se sigue avalando, precisamente, tanto en la falta de voluntad de conocer y reconocer al pueblo mapuche como en las garantías económicas de esta omisión.

Puntualmente, conviene preguntarse cuál podría ser el incentivo del Estado-Nación de Chile en dar cabida a una etnia que jamás se ha reconocido y, aún más, cuando esta etnia reclama tierras ancestrales que el mismo Estado arrebató y ha usufructuado de ellas. La inquietud es clara, por qué el Estado-Nación de Chile en sus doscientos años habla de diversidad e integración; de logros y de desafíos, como conceptos básicos de su representación como nación.

La gran problemática que genera el conflicto mapuche al estado chileno es el cuestionamiento histórico al reconocimiento, ya que este conflicto apela a la diversidad y no a la homogeneidad. Además en este punto cabe señalar que dentro de las definiciones de Nación, la homogenización de su población es un concepto clave para lograr la identificación grupal. Según Connor, la nación es un “grupo social que comparte una ideología común, instituciones y costumbres comunes y un sentido de homogeneidad” (Connor: 1994, 92)

El problema con el pueblo mapuche radica en que no hubo un interés desde la colonia por conocer sus costumbres y cultura, e integrarlos en función de éstas. En su afán de la integración territorial de los mapuches al territorio chileno, al parecer solamente se puso énfasis en el crecimiento geográfico de la nación y no en el demográfico, en cuanto a la temática de la diversidad étnica.

En relación a la diversidad étnica y el aporte de la cultura mapuche, son los propios chilenos los que desaprovechan los conocimientos ancestrales de los mapuches. Un claro ejemplo de una forma distinta de aprendizaje es la temática de género en el pueblo mapuche, que desafortunadamente, se omitió sin dejar posibilidad para una visión más amplia y más diversa en cuanto a este tema.

A la llegada de los españoles al territorio, hoy conocido como la República de Chile, no solamente traían como objetivo conquistar el nuevo territorio, sino también evangelizar, concepto que también se podía asimilar a civilizar.

Todos los actos, ritos, costumbres de los pueblos a conquistar se veían bajo un sola perspectiva: la de los hombres españoles que solo traían como objetivo la conquista territorial y la evangelización. Se puede inferir entonces que también traían consigo toda una estructura cultural que deseaban implementar en el Nuevo Mundo y esta era también un estilo de vida. Bajo esta óptica, entender o aceptar nuevas formas de relaciones fue una tarea imposible para los colonizadores. Cuando éstos veían actos como los de los/las Machis Weyes, no pudieron comprenderlos y solo los catalogaron de acuerdo a sus propios conocimientos de género. De esta manera, el concepto de género se implanto en la conquista de un modo binario, es decir, hombre-mujer, basado en su sexo biológico, de acuerdo a la concepción determinada por los españoles, que se diferencia de las culturas andinas autónomas e igualitarias con sistemas políticos igualitarios que otorgan fluidez a los roles de género. (Epple 1998, Nanda 1999, Perruchón 1997)

Tal como lo cita Ana Mariella Bacigalupo: “En España, los hombres llevaban las riendas de las instituciones de poder y la guerra como prácticas masculinas, a cargo de reyes y caballeros masculinos. A menudo asociaban la piedad y la espiritualidad con la feminidad y las mujeres, aunque el poder religioso institucional estaba en manos de sacerdotes célibes. (Bacigalupo, 2003:10). Esta descripción está relacionada con la definición de género planteada por Joan Scott: “El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1997: 21)

Para los españoles la distinción entre los sexos implicaba una relación directa con los roles que se iban a desarrollar en la sociedad, esto se aplicó a la comunidad en el caso mapuche. De acuerdo a su propia percepción de los roles de género, miraron al pueblo mapuche y al no calzar su estructura de género en este pueblo, comenzaron a “evangelizar” a “educar”, de acuerdo a sus creencias y preceptos sobre qué era ser “un hombre” y que era ser “una mujer”. La base teórica, por decir de algún modo, era su creencia religiosa.

Este punto es relevante ya que de acuerdo a la percepción religiosa del género, se forma todo el imaginario de género de la futura nación. El concepto binario de las relaciones de género está instaurado desde los tiempos coloniales y, cual bautismo, marcó a las futuras generaciones porque el Estado-Nación de Chile no cuestionó la visión anterior que se tenía de los mapuches. Es decir, solamente extrapoló la visión predeterminada por los conquistadores españoles.

¿Cómo eran las relaciones de género de los mapuches, qué había, qué se omitió, qué se perdió, qué perdura y qué se adquirió?

Ana Mariella Bacigalupo (2003) en su estudio: “la lucha por la masculinidad *Machi*” narra el testimonio (visual) de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, del siglo XVII, entre un criollo chileno y un Machi Weye. Al ver el ritual del Machi Weye, Bacigalupo señala que el criollo se hace eco de los pensamientos de los españoles e interpreta este ritual como propio del demonio, ya que los cuerpos de los chamanes parecían poseídos, presentaban un sexualidad perversa y una inversión de género, lo cual resultaba repulsivo. La imagen de los Machis Weyes fue interpretada como afeminada, porque usaban cabellos y uñas largas y vestían un tipo de vestido. Toda esta imagen fue relacionada como una perversión sexual y con sodomía por parte del criollo. Bacigalupo en su estudio señala que los agentes coloniales usaron percepciones españolas para describir y promover distintos programas políticos. Es así como había una profunda contradicción (desde la óptica española) entre la fortaleza que presentaban los hombres mapuches en las artes de la guerra y sus conductas sexuales que denotaban grandes perturbaciones con respecto a lo que era apropiado para el género masculino y femenino.

De esta manera los españoles, de acuerdo a Stoler (citado por Bacigalupo) consideraban que: “La concupiscencia y el ocio se atribuyen a aquellos que son incapaces de gobernar, la sexualidad domesticada y una sensibilidad dócil se atribuyen a aquellos que están en un plano superior y que rotulan esas categorías perturbadoras.” (Stoler 1995:194- Bacigalupo, 2003:5). De esta manera, tanto los Machis Weyes como las Machis eran catalogados por sus actos que denotaban un actuar no aceptado para los ojos de los conquistadores. Es ésta visión basada en el comportamiento sexual tanto de

los Machis Weyes como de las Machis, la que dará origen para la representación social de los mapuches como personas primitivas, que no están a la altura del civismo que destaca y ostenta el Estado-Nación chileno.

Definitivamente, lo que se omitió y, por ende, se perdió de la cultura mapuche fue la fluidez de género, se impuso el concepto de género manejado en occidente. De acuerdo a la definición de Joan Scott (1996), el género entendido desde occidente tiene carácter dualista, basado en la binariedad Hombre-Mujer y no tiene relación con la realidad socio-sexual.

La conquista no solo implementó un sistema económico occidental sino que también impuso un sistema de relaciones sociales lo que produjo que se invisibilizarán y abolieran las relaciones sociales nativas para implementar un orden social occidental. La visión de género de los mapuches se puede comparar con la de los Navajos, donde los Machis Weyes son un símil de los Nadleehí. Serena Nanda define a los Nadleehí como:

American Indian cultures included three or four genders: men, women, male variants, and female variants. Gender variant roles differed in the criteria by which they were defined; the degree of their integration into the society; the norms governing their behavior; the way the role was acknowledged publicly or sanctioned; how others were expected to behave toward gender variant persons; the degree to which a gender changer was expected to adopt the role of the opposite sex or was limited in doing so; the power, sacred or secular, that was attributed to them; and the path to recruitment. (Nanda, 1999:13)

En esta completa descripción de Nanda sobre cómo se da la fluidez de género en los indígenas americanos, se aprecia como el género es un proceso, y cómo la práctica sexual es sólo un aspecto dentro del proceso de género, por lo tanto no es una marca identitaria. En el caso de los Machi Weye, señala Bacigalupo: “Los Reche veían al género como la categoría central para organizar sus cuerpos y actos sexuales y para definir la identidad y la sexualidad” (Bacigalupo, 2003:36). Para los Machi Weyes el género se hacía, se efectuaba y se actuaba en vez de estar determinado por un sexo biológico o una identidad sexual, añade Bacigalupo.

En el caso de los navajos-Nádleehí, estos fueron objeto de distintas definiciones por parte de los europeos, que no lograban comprender su fluidez de género. Carolyn Epple (1998) contradice la visión occidental que ha catalogado a los Nádleehí como hermafroditas y, también, bajo el calificativo de *berdache* (término que en francés se

refiere al hombre que se prostituye). Epple propone una construcción de una terminología más cercana a las conductas y a la interpretación que se hacen de ella, al mismo tiempo que a un conocimiento empírico de éstas para lograr categorías de género que posean valor y que tengan un reconocimiento transcultural y no quede encasillada bajo una forma binaria occidental de la comprensión de género. En el caso de los Machis Weyes también se produce una definición errada: “Para él (Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán) el aspecto y las prácticas espirituales del Machi Weye eran las de un ‘puto’, las de un perverso sodomita involucrado en el culto al demonio” (Basigalupo, 2003:3)

En relación a las categorías de género Marie Perruchon en su estudio sobre la cultura Shuar descubre que: “...entre los Shuar, parece que los géneros están contruidos a partir de hechos biológicos como mujer y hombre. Esto está conectado a la identidad de género existencial versus a la identidad de género basado en el rol”. (Perruchon, 1997: 48-49). Lo que logró observar Perruchón en la cultura Shuar es que el género se da en relación a la existencia, vale decir, los Shuar se reconocen de acuerdo a lo que hacen, esto es lo que define su identidad.

Es así como Perruchon distingue tres esferas discursivas en relación al género: la esfera política donde la mujer es insignificante pero económicamente adquiere relevancia; la esfera de personas emparentadas, donde los roles están definidos fuertemente, el hombre caza y la mujer cultiva y, finalmente, la esfera del contexto familiar donde las relaciones se negocian constantemente.

En el caso del pueblo Mapuche su organización está relacionada con un entendimiento cósmico de la vida, en donde no existen divisiones de género, sino un complementariedad, entre hombre-mujer y al mismo tiempo, una relación de armonía con la naturaleza. De acuerdo a Charlotte Mattus (2009:15), la cosmovisión Mapuche, el Wenu-Mapu representa la energía positiva que se genera en el equilibrio existente entre lo masculino y lo femenino. Esta es la visión inicial de las relaciones de género en la etnia mapuche. Sin embargo con la colonización se produce un lento pero efectivo proceso de culturización occidental, es decir, una imposición de la cultura occidental frente a la originaria, a través de distintos métodos de intervención. El primero y más relevante en cuanto a la temática de género fue la violación de mujeres mapuches por parte de los españoles. En relación a esto José Bengoa relata (basándose en los estudios

de Françoise Heritier, 1996): “El conquistador ataca lo más apreciado de su enemigo, a quienes son las naturales encargadas de darles descendencia” (Bengoa, 2007:273)

Esta violación a las mujeres fue una práctica realizada por los españoles a lo largo de la conquista. Para Sonia Montecinos (1991) este es el origen del mestizaje en Chile, el cual radica en el abuso (y ultraje) de una cultura a otra, puntualmente, el abuso sexual de los españoles a las mujeres mapuches. Como consecuencia de estos hechos, la época colonial configura al sujeto latinoamericano en una relación de dominado versus dominador.

La intervención de un dominador foráneo va modificando, por decir de algún modo, la cultura mapuche, y a lo largo de la historia de Chile, el Estado-Nación los ha asimilado a la cultura chilena a la identidad nacional a través de un proceso hegemónico. De acuerdo a la definición de Antonio Gramsci (1970), las fuerzas dominantes reaccionan frente a las que llaman subalternas, donde los subalternos no puede responder con la fuerza, por lo tanto, tienen que negociar. Entonces se produce el momento hegemónico; que consiste en un balance entre fuerza y consentimiento. El objetivo principal de la hegemonía es que los valores de un grupo son vistos como los valores de todos.

Sin embargo, en el caso del pueblo Mapuche, de acuerdo a la historia, no se han producido momentos hegemónicos. Al contrario, ha consistido en una constante intervención a través de sistemas de poder (Foucault), donde se les ha impuesto una nueva cultura.

No obstante, en relación al género, el pueblo Mapuche adoptó el binario occidental, de acuerdo al estudio de Mattus (2009) quien señala que las identidades masculinas y femeninas son construcciones sociales influenciadas por modelos colonialistas. Estas han definido los modelos sociales del pueblo mapuche, de manera que el resultado es una apropiación de comportamientos impuestos por las sociedades llamadas hegemónicas, a partir de los cuales se entiende la transformación entre los roles entre hombres y mujeres. De acuerdo a los estudios de Nash (1988) se ilegítimiza la cosmovisión original y se impone un sistema con roles de género. Sonia Montecinos (2002) señala:

En el periodo de la República, posterior a la ‘pacificación’ la sociedad mapuche se ve obligada a transformar su economía de ganadera a campesina, a vincularse con el mundo no mapuche en la desigualdad. Las mujeres asumen el rol de

socializadoras de su cultura, “insistirán en hablar el mapudungun a sus vástagos, irán a los mercados locales a vender sus productos vestida de Chamal, con trarilonkos, y curarán a su familia con las medicinas tradicionales”. Los hombres, más acosados por las relaciones con el blanco, no manifestarán externamente su pertenencia cultural; pero se congregará en las sociedades políticas para luchar por sus derechos. (Mattus, 2009:20)

Muchos son los autores que dan cuenta del proceso de cambio en las relaciones de género de los Mapuches (Latcham, 1924; Montecinos, 2002; Richards, 2005). La génesis de este cambio radica en la visión occidental de la vida establecida para los Mapuches, donde la iglesia católica tuvo una vital importancia con su proceso evangelizador. Esta no solo les enseñó una nueva deidad a los mapuches, sino también una nueva forma de comportarse tanto al hombre como a la mujer mapuche, en especial a esta última, ya que como reproductora de la cultura tradicional era necesario civilizarla para lograr los cambios evangelizadores que se deseaban, señala Mattus.

A la mujer mapuche se le impone una visión marianista de lo que debe ser una mujer, vale decir en palabras de Russell y Rodríguez (2008), un conjunto de formas de comportarse que incluyen: el silencio, el sufrimiento, cuidados maternales y pasividad. Todas estas actitudes son atribuidas a la virgen María en lo que constituye una representación lingüística de las mujeres. En el contexto de la mujer MeXicana, el marianismo impone un conjunto de expectativas sobre las mujeres: casarse con un hombre, tener hijos y ser sexualmente recatada; esto se conoce como “la rutina marianista”. Las mujeres mapuches por su parte, al parecer, mantienen la visión cósmica con su entorno y la base de la armonía se genera en la unión de todos y todas. No pasa solamente por una unión básica de familia como núcleo de una sociedad (visión occidental). En este caso, las mujeres, los hombres, los niños y las niñas buscan recuperar un territorio perdido. El gran hilo conductor de su actuar es su cultura, sus orígenes en común, su lengua; Los mapuches se reconocen como una nación y en palabras de Connor, nación es un grupo étnico consciente de serlo. En la página web de la fundación de la nación mapuche se expresa que la nación mapuche se constituye como tal en el Pacto de Quilín:

Esta Independencia Nacional ocurre tras el Pacto de Kuyen (Quillín), el 6 de Enero de 1641, más de un siglo antes de la Primera Constitución Democrática del mundo (1776) y de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789); lo cual significa que nuestro pueblo Mapuche tiene un pedestal de honor en

la Historia Universal, en lo que atañe al mundo de las ideas y valores humanos superiores como son Dios, la libertad y derechos fundamentales. Fue él, en América, la Primera Nación Independiente que resistió y venció ante el poder extranjero, fundándose y ateniéndose tan sólo al sentido natural de las cosas que dan la inteligencia, los sentimientos y la voluntad de éste de ser libre que es el hombre (...) La ratificación por el Rey de España de lo obrado en el Pacto o Paces de Quillín, según Cédula del 29 de Abril de 1643. <http://www.mapuche-nation.org/espanol/html/articulos/art-09.htm>

Los mapuches no se sienten chilenos/chilenas, su identidad nacional está relacionada con su origen étnico. Es por este hecho que, en el contexto del llamado Bicentenario, ellos/as rechazan esta celebración porque no han sido escuchados ni respetados, en los petitorios que le han hecho al estado de Chile. Existe un desfase entre el discurso y la realidad que vive el pueblo mapuche. Se debe recordar que en los valores del Bicentenario, se manifiesta que Chile es: “Un país **diverso e integrado** que promueve la cultura de la tolerancia y la no discriminación, los diálogos interculturales y la inclusión de las comunidades discriminadas”. En el marco del Bicentenario, los hechos que rodearon los festejos, incluido el rescate a los 33 mineros y el jolgorio de los símbolos patrios, la prensa no cubrió las protestas mapuches para lograr la liberación de sus comuneros, quienes habían sido detenidos por protestar e invadir tierras (ancestrales del pueblo mapuche) que ahora están en posesión de otras personas.

Tal como se mencionó el pueblo mapuche se constituye como una comunidad que lucha, y en esta lucha no existe una división genérica, todos y todas participan por igual. En este marco, la mujer mapuche no es tratada como las mujeres de los mineros, por el contrario en ellas se ve rebeldía, audacia, trasgresión. Las mujeres mapuches son sujetos de intervención por parte de los agentes del orden del estado-nación de Chile. El diario El Mostrador, cubrió la noticia:

Estado antimapuche en el año del bicentenario

Fotografía (13)



Una huelga de hambre que iniciaron 21 “presos políticos” mapuche desde el 12 de julio ha puesto en la palestra -una vez más- los graves atropellos a los derechos humanos en contra de este pueblo originario por parte de diversas instituciones del Estado chileno. Con el correr de las semanas, ya son 31 los mapuches prisioneros que han adherido a la protesta. Son diversas las pruebas de que esta es una realidad en la institucionalidad chilena que ha atentado contra sus derechos desde que Chile es República. <http://www.elciudadano.cl/2010/09/01/estado-antimapuche-en-el-ano-del-bicentenario/>

Las mujeres mapuches fueron a la Moneda (casa del gobierno de Chile) a protestar por la aplicación de la ley antiterrorista a los comuneros mapuches. Una ley que se instauró bajo la dictadura militar de Pinochet y que nunca antes se había aplicado.

En la fotografía 13, tres carabineros detienen a una mujer que protestaba, un hecho que ocurría al mismo tiempo que se planificaban las labores de rescate de los 33 mineros. Mientras el gobierno visibilizaba a las mujeres de los mineros como madres y esposas, las mujeres mapuches no eran escuchadas, sino más bien maltratadas por la institucionalidad del orden. Las mujeres mapuches hacían lo que Linda McDowell señala: “Lo personal es político”, las mujeres mapuches con su activismo rompen la dicotomía público/privado que el estado-nación chileno, constantemente, desea reafirmar en el discurso oficial. En este caso, las mujeres mapuches se hacen cargo de

un discurso político frente al estado-nación de Chile: “Los mapuches siempre hemos sido atropellados por el Estado, eso es así, pero ya necesitamos la paz. Al final son sólo unos grupos los que hacen cosas de delito, nosotros no queremos más eso porque nos señalan a todos”, protesta Olga Huichacura”
http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/01/110110_dia1_mapuches_reclamos_tierras_vp.shtml

Si bien existe activismo político por parte de las mujeres mapuches, éste aún es bajo, al igual que el de las mujeres mestizas. La participación de las mujeres en la política aún es poco representativa, a pesar de que Chile fue el primer país latinoamericano en tener una presidenta, Michelle Bachelet. No existen muchas mujeres en la política chilena que tengan un fuerte reconocimiento en los medios y en la política del mismo modo que los hombres. En cambio, las mujeres mapuches si se muestran identificadas con causas que tienen un fuerte contenido político. En palabras de Maxine Molyneux, las mujeres mapuches ejercen su ciudadanía: “La ciudadanía proporciona un lenguaje político para reflexionar sobre algunas de las cuestiones más generales de pertenencia social a las que tendencias globales tales como las migraciones, el nacionalismo, las reivindicaciones indígenas y la marginación social han otorgado un nuevo protagonismo” (Molyneux, 2003: 254). Hablar de ciudadanía implica hablar de las relaciones de poder que se desarrollan en la sociedad, cómo se establecen y en qué se basan. Un claro ejemplo de las tensiones que se dan, cuando se habla de ciudadanía, es la desigualdad política que sufren las mujeres en sociedades que, supuestamente, se rigen por principios de igualdad. Existe una disociación entre el discurso político y la práctica ciudadana. Esto no solamente afecta a las mujeres sino también a diferentes grupos sociales que se ubican en una subalternidad. En el caso de las mujeres mapuches, estas sufren una doble discriminación tanto de género como de raza.

Cuando se piensa en el género como una diferencia sexual, inmediatamente, la mujer se sitúa en un plano inferior. La sexualidad es tomada como una distinción primaria de organización social, donde muchas feministas contemporáneas han señalado que, en los análisis sobre sexualidad, se tiende a homogenizar y categorizar a las mujeres. Esto sería un reflejo de la subordinación de éstas en cuanto a la visión social de las relaciones sexuales (Jackson y Scott, 1996). Las mujeres mapuches buscan visibilizarse, buscan soluciones a los problemas de su etnia, se sienten comprometidas con la causa mapuche,

pero muy pocas veces la prensa nacional las visibiliza. Su género estaría representado por lo que señala Week, basado en su sexualidad y ésta tendría un rol político:

La sexualidad se configura mediante la unión de dos ejes esenciales de preocupación; nuestra subjetividad, o sea, quiénes y qué somos, y la sociedad, o sea, el crecimiento, el bienestar, la salud y la prosperidad futuras de la población en su conjunto. Las dos preocupaciones están íntimamente relacionadas, porque en el centro de ambas se hallan el cuerpo y sus potencialidades. (Weeks, 1998: 40)

Sin embargo, estas mujeres también entran en el juego del poder occidental para visibilizar su causa y apelan a las estrategias sociales que se marcan como importantes.

En los mecanismos de control de la sexualidad primero fue la iglesia y luego el discurso científico; la cual a través del discurso de la reproducción naturalizó la sexualidad femenina. María Emma Mannarelli (1999) menciona la existencia de textos dedicados a enfatizar la relación madre niño con una tendencia clara a describir una identidad femenina por medio de la maternidad. Bajo la temática de la maternidad, las mujeres mapuches crearon un discurso apelando a este sentimiento: “Cientos de mujeres y niños mapuches marcharon este lunes en Angol para pedir al presidente chileno, Sebastián Piñera, voluntad política para poner fin a la huelga de hambre que mantienen desde hace más de un mes 32 presos políticos” (mujeres del pueblo mapuche) Las protestas de las mujeres mapuches fueron constantes. Un ejemplo de ello se produce cuando se describe en la prensa un hecho que involucra a dos mujeres mapuches:

“Dos de las mujeres, vestidas con la tenida tradicional mapuche, burlaron la seguridad y se colgaron de una de las ventanas de La Moneda, que da hacia calle Morandé, extendiendo un cartel con la consigna: "No + represión Temucuicui”.

Fotografía (14)



Este tipo de actos de protesta (ver fotografía 14) muestran el empoderamiento de las mujeres mapuches por la causa mapuche, que se origina en la reivindicación de sus tierras, la libertad de sus hijos y esposos y el reconocimiento a su cultura. Actos como este, en Chile, suelen ser realizados por hombres. Dentro del imaginario de nación chilena, en la épocas de protestas, casi siempre eran los hombres, quienes trasgredían y desafiaban a la autoridad. En este caso, son las mujeres mapuches quienes lo hacen.

Florencia Mallon (1995) sostiene que se debe dar mayor importancia a discursos formadores de ideología, cultura y política, ya que estos construyen conceptos e ideas de nación y, por lo tanto, influyen en la conformación de identidades nacionales.

Para entender cómo se forma esta identidad nacional la misma autora señala:

[...] the identity of the elements is changed through the practice of articulation. In the case of, nationalism, then it makes sense to concentrate not only on the major discursive elements in the final product but also on the process of construction itself. Through open-ended processes of articulation, nationalist discourses are formed from already existing elements and newly emerging ones. By connecting these elements along new lines of equivalence and antagonism, social and historical actors transform the meaning of both old and new. (Mallon, 1995: 90)

Al parecer las mujeres mapuches logran ser parte del imaginario de nación, logran trascender el espacio privado y se empoderan de un espacio público (ver fotografía 15).

Fotografía (15)



Que el gobierno haya comprometido recalificar las querellas aplicadas bajo la Ley Antiterrorista, no nos asegura que dicha figura jurídica no volverá a invocarse en el contexto de la lucha por la recuperación territorial"... / Si hay algo que marcó la movilización generada por la larga huelga de hambre protagonizada por los presos políticos mapuche en gylumapu, es que el liderazgo de las mujeres demostró una vez más que ellas también comparten un rol activo como líderes de una sociedad históricamente criminalizada y que se niega a desaparecer. Voz de Mujer Mapuche: Entrevista a María Isabel Curihuentro

La participación de las mujeres mapuches muestra que en su concepto de nación, ellas si tienen una voz para manifestarse y expresar su descontento, a diferencia de su imaginario dentro del estado-nación.

Si bien en el discurso del Bicentenario, existía una integración de los pueblos originarios a la nación, la realidad se distanció del discurso. La problemática mapuche pasó a un segundo plano frente al rescate de los mineros. Hay una parte del imaginario nacional que no se logra integrar, y son los mismos mapuches quienes dejan ver que no son parte de las celebraciones del Bicentenario.

El estado chileno al no integrar al pueblo Mapuche (ver fotografías 16 y 17) no logra producir una cohesión dentro del territorio nacional con lo cual es poco probable que cumpla con las definiciones de nación como la propuesta por A. Smith; la nación es: “una comunidad humana nombrada y autodefinida, cuyos miembros cultivan mitos compartidos, recuerdos, símbolos, valores y tradiciones, que residen y se identifican con un territorio histórico, crean y diseminan una cultura pública distintiva y observan costumbres compartidas y leyes comunes” (Smith: 2008: 19)

Fotografía (16)



Fotografía (17)



La construcción del Estado

Jorge Pinto Rodríguez¹¹ en su estudio sobre los pilares del Estado y la nación en la génesis de la República muestra la complejidad de la creación del estado chileno, básicamente porque éste fue creado por una elite que se había conformado en los tiempos de la colonia. Esta elite había creado un ideal y una autorepresentación de la idea de nación, de manera que cualquiera persona que estuviese fuera de este imaginario, simplemente estaba marginado de esta imagen de nación.

En la segunda mitad del siglo XVIII, originada en esta élite, emerge una generación de jóvenes ilustrados, los cuales cuentan con los medios para visitar Europa y empaparse de la cultura occidental, deciden implementar en Chile los conocimientos adquiridos es por eso que al volver, contrastaron el nivel de progreso alcanzado y vieron en el país grandes posibilidades de desarrollo. Para Pinto Rodríguez los sentimientos de estos jóvenes ilustrados sobre esta tierra fértil, llena de recursos naturales son los que motivan la identidad del Estado-Nación chileno. La nación política que se deseaba forjar debía tener una población con identidad para poder ejercer el poder. Esta nación política encontraba sus bases en la nación cultural que el país había heredado del sistema colonial.

¹¹ Cid y San Francisco: 2009

Pinto Rodríguez resume la visión de esta elite forjadora del Estado-Nación de Chile de la siguiente manera:

El diagnóstico de la elite se puede sintetizar en dos apreciaciones que fueron claves a la hora de proyectar el país; por una parte, imaginaron Chile como un país lleno de potencialidades naturales; y por otra, una población que requería de instrumentos muy eficientes para ponerse a la altura de lo que la Divina Providencia había proporcionado al país desde el punto de vista de las riquezas naturales. (Pinto Rodríguez, 2009:169-170)

Agrega Pinto Rodríguez que toda la bondad de estos jóvenes se desvaneció cuando tuvieron que enfrentar las características de la población que conformaba el territorio nacional; principalmente, porque las características del chileno no alcanzaban las habilidades y atributos necesarios para el progreso, lo que hacía que la clase dirigente tuviera que remediar este tipo de carencias. Según Pinto Rodríguez:

Esto generó una especie de temor al chileno del bajo pueblo, desde la génesis misma de la República, impulsando medidas que demuestran que los proyectos del futuro no podían pasar por alto las flaquezas de la población. Esta fue una de las razones por las cuales los proyectos de la elite fueron tan excluyentes, centrados sólo en sus propias experiencias e incapaces de conceder historicidad a los grupos subalternos. (Pinto Rodríguez, 2009:170)

El problema del componente ciudadano del nuevo Estado-Nación radicaba en el mestizo y, posteriormente, en el indígena ya que en la génesis de la conformación de la nación, se habla de ideales de ciudadanos conformados por una elite que invisibiliza a una parte importante de quienes conformarían también el nuevo Estado-Nación chileno. Otro de los puntos que se puede inferir de la visión de esta elite creadora del imaginario nacional, es una visión que distaba de lo visto o apreciado en Europa, básicamente, porque en Chile se tomaban las bases de la Ética Protestante, pero se consideraba, al mismo tiempo, la Revolución Liberal (visión distinta a la conservadora histórica que se había planteado desde el origen de la nación chilena). Esta distinción añade un factor nuevo con respecto a lo ocurrido en Europa, donde lo que se vivió fue predominantemente protestante. Para Max Weber, el uso de la razón y, no tan solo del conocimiento empírico, es la base y la diferencia explícita del desarrollo del capitalismo en occidente. Una de las claves fundamentales es la organización política. En este sentido se puede mencionar primeramente el concepto de Estado, como ente racionalmente establecido que, a su vez, consta de una serie de leyes racionales que los guían. Por otra parte está el credo religioso. Weber hace una diferencia entre el

catolicismo y el protestantismo y es, precisamente, esta diferencia de credo la que va a determinar del desarrollo del capitalismo en sociedades de credo protestante.

Weber distingue diferencias determinantes entre el credo católico y el credo protestante. Por un lado, los católicos se rigen por ideales que los alejan del mundo terrenal y son estos mismos ideales los que, a la vez, producen un sesgo contra lo material. Por su parte, los ideales de los protestantes son más bien terrenales y manifiestan su amor al mundo por medio de la piedad, el comercio y la libertad. En resumen, el poder del contrato social es el que puede mediar estos conflictos.

Volviendo al caso chileno, lo que se puede apreciar no es el surgimiento de la nación chilena, sino más bien de un estado con niveles de organización dentro de lo que se reconocía como territorio nacional (se debe tener en cuenta que en los orígenes del estado chileno el territorio ocupado por el pueblo Mapuche no era chileno).

Lo que desde mi punto de vista ocurrió en el origen del Estado chileno, y hago énfasis en el concepto de Estado y no de Nación, es lo que señala Monserrat Guibernau, 1996:47 en su definición de Estado como: “Una comunidad humana (conceptual) que (exitosamente) reclama el monopolio del uso legítimo de la fuerza física en un territorio dado”. Basándose en la afirmación de Max Weber de Estado: “Monopolio de violencia legítima”

Si bien en la presente investigación no se puede ahondar detalladamente en lo ocurrido, es necesario nombrar hechos particulares como éstos para comprender la conformación del estado chileno y contextualizar la problemática de la representación en cuanto al género y a la etnia en los doscientos años de celebración de la independencia de la nación chilena.

En su estudio sobre la conformación del Estado chileno: “El orden, el progreso y los mapuches. Algunos dilemas del Estado”, Jorge Pinto Rodríguez señala que dentro del orden y sentido de Estado manifestado por Diego Portales en el origen de la República de Chile existía un gran temor hacia “posibles desbordes del populacho” por lo cual se debía garantizar la tranquilidad que el país necesitaba para impulsar el desarrollo. Mario Góngora (citado por Jorge Pinto Rodríguez) manifiesta que:

A su juicio, no se podría negar que los hombres de la época buscaban el bien común o la felicidad de los pueblos; pero para lograrlo era necesario reproducir la obediencia incondicional que habían manifestado antes de la Independencia los

súbditos del Rey de España, porque Chile no poseía aún las virtudes republicanas necesarias para un sistema más liberal. (Góngora, 2009: 171)

Según Pinto Rodríguez la intención de Diego Portales era mantener un orden cuyo objetivo era evitar cualquier alteración de la estabilidad política de la incipiente República, por lo cual se debía mantener controlada a la población. Esta visión era compartida por agricultores del Valle Central del país y por empresarios mineros del Norte Chico y comerciantes a lo largo del país; afirma Pinto Rodríguez: "Era un orden, creía Portales, que estaba enraizado profundamente en el alma nacional y del cual se podía disponer para conducir al país al destino imaginado: la felicidad de un pueblo, cuyo gobierno debía recaer en los únicos capaces de llevarlo a ese destino, vale decir la aristocracia". (2009: 172)

Muchos de los historiadores chilenos (Mario Góngora, 1971; Luis Corvalán Márquez, 2002; Pinto Rodríguez, 2009) concuerdan en que el concepto de orden impulsado por Diego Portales en la constitución de la República de Chile es la base fundamental sobre la cual el Estado de Chile se forma y se garantiza, es decir, es el ente regulador por excelencia de los orígenes y pilar fundamental del Estado-Nación de Chile.

María Angélica Illanes (citada por Pinto Rodríguez) ha sostenido que Chile escribió su historia conservadora y/o positivista (entiéndase del siglo XIX), sobre una categoría denominada simplemente *orden*, al que se le ha otorgado el estatus de mito institucional, aunque se trate de un orden basado en la censura y la falta de libertad de expresión que sólo atendió los intereses de la propia elite.

Otro de los problemas que menciona Pinto Rodríguez sobre este proyecto de Estado-Nación, es la centralización de los poderes en la ciudad de Santiago, la capital. Desde la capital se tomaban las decisiones importantes para el país y se sometía a las regiones a las políticas determinadas desde la centralidad. De esta manera, se regulaba lo que ocurría en las regiones del país: "Este sistema unitario y fuertemente centralizado estableció un primer límite a los proyectos de la elite: reservar buena parte de sus ventajas a Santiago en evidente desmedro de las provincias." (Cid y San Francisco, 2009: 174).

La elite chilena que conformaba el Estado-Nación emergente estaba concentrada en sacar adelante el proyecto nacional, por lo cual no le interesó ningún proyecto pan o

sudamericano. Según Pinto Rodríguez las potencialidades nacían y se desarrollaban dentro del territorio nacional, por lo cual Chile no se hizo partícipe del sueño Bolivariano.

La elite chilena estaba canalizada en crear un país desarrollado, esa era la idea de los ilustrados criollos llegados desde Europa, para ello debían implementar nuevos cultivos agrícolas, desarrollar tanto la minería como la industria y fortalecer tanto el comercio interno como externo en pos del crecimiento económico nacional. Estos fueron los proyectos propuestos al Presidente de la Excelentísima Junta de Gobierno, Juan Egaña, en 1810.

Para lograr el objetivo del desarrollo se debía preparar a la población por medio de la educación, según Ricardo Donoso (citado por Pinto Rodríguez):

Por medio de la educación se lograría formar buenos trabajadores y mejores chilenos, permitiendo alcanzar las condiciones para que la población nacional, educada y cultivada, pudiera asumir la soberanía del poder y traspasarlo a sus representantes, convertidos en gobierno por la voluntad popular. Otro principio que suscribió sin reservas la elite en el siglo XIX. (Pinto Rodríguez, 2009: 175)

La emergente República de Chile no solo necesitaba buenos trabajadores, sino que también una buena población, que respondiera a las necesidades de una nación; es decir en el caso de Chile a una elite que mantenía el poder.

Es precisamente en la unificación de este poder, donde el territorio nacional cobra vital importancia; para ello vale mencionar, nuevamente, como Weber define al Estado: “monopolio de violencia legítima”, y vuelvo a esta definición porque es, precisamente, en la determinación del territorio nacional donde comienza la gran lucha política del pueblo mapuche con el Estado de Chile.

¿Inclusión o Determinación de los mapuches en el imaginario nacional?

El estado de Chile no solo necesitaba una buena población, nótese que se habla de población y no de ciudadanos, sino que también necesitaba de un territorio delimitado para forjar el desarrollo tan anhelado por los ilustrados criollos llegados del viejo continente.

Para efectos de delimitación del territorio y de su población originaria, el Estado de Chile hace una diferencia entre la población indígena del Valle y del Norte Chico y,

los mapuches. A los pueblos originarios del Valle y del Norte Chico, por medio de una declaración del Senado Conservador de 1819, los incorpora a la nación convirtiéndolos en ciudadanos con derechos y obligaciones hacia el Estado de Chile. Sobre esto Pinto Rodríguez cita: “Obligados como todos los chilenos a defender la patria y prestar todos los servicios de tales” (Pinto Rodríguez, 2009: 176)

En cambio con el pueblo mapuche la situación fue distinta ya que, antes del surgimiento del Estado-Nación de Chile; el pueblo Mapuche había llegado a un acuerdo con los españoles, donde se los reconocía como una nación y se les respetaba su territorio. Cuando se forma el Estado-Nación de Chile, se mantiene la misma relación que el pueblo mapuche sostenía con la corona española, es decir, una relación a través de parlamentos y misiones, sin embargo estas recién se reanudaron en el año 1830 (vale decir después de 20 años de la instauración de la Primera Junta Nacional de Gobierno, cuando se declara a Chile como una Nación libre).

Según Pinto Rodríguez fueron dos factores los que determinaron la relación que estableció el Estado de Chile con los mapuches en los años posteriores a la Independencia; “En primer lugar, la directa asociación que se estableció entre los principios que inspiraron el movimiento emancipador y los valores que se le atribuyeron al mapuche; y, en segundo lugar, el escaso valor que se concedió a sus tierras cuando todavía no despertaban el interés que desataron años más tarde”

La reflexión que realiza Jorge Pinto Rodríguez se refiere a que la elite necesitaba una imagen épica de los orígenes de la República de Chile y para ello, tomó la visión del indígena indómito que representaba el mapuche o araucano (nombre que le dieron los españoles por ocupar la zona de la Araucanía) frente a la corona española. Un claro ejemplo de esto es la literatura, específicamente por el libro *La Araucana* (1569), escrito por el español Alonso de Ercilla y Zuñiga, donde se narran los combates en los que se enfrentaron mapuches con españoles.

La primera parte del poema consta de 15 cantos, y narra, como se ha dicho, los comienzos de la conquista de Chile. Con una visión renacentista del paisaje y del hombre americano, y con singular acierto, Ercilla describe las hazañas bélicas que protagonizan españoles y araucanos, exaltando la bravura de estos últimos en la defensa de su tierra y su libertad. Careciendo de este modo de un solo héroe, la obra fue así inicialmente escrita en el escenario de los hechos que canta. <http://www.bcn.cl/bibliodigital/dhisto/araucana>

La elite acercaba la imagen del mapuche aguerrido defensor de su territorio como un espejo de quienes formaban parte del imaginario de nación de Chile, era el valor épico que solo había sucedido en el territorio chileno, por lo tanto esta imagen se transformó en un símbolo del naciente Estado-Nación. En este punto de imaginario de nación se destaca la gallardía del hombre mapuche ya que se debe tener en cuenta que la gesta épica que desea resaltar la elite, es una gesta heroica liderada por “hombres nativos” contra “hombres colonizadores”. Independientemente de los adjetivos de nativos u colonizadores, el punto relevante en cuanto al imaginario de nación es en relación al género. Es precisamente, en este punto cuando se puede apreciar la génesis, por decir de algún modo, en la representación de la nación chilena en cuanto al género. Son los hombres guerreros, defensores de un territorio la imagen que rescata la elite gestora de la República-Nación chilena. Esta imagen tiene relación con lo que David D. Gilmore (1994) propone en su estudio sobre *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Lo que busca Gilmore es el significado de la virilidad a través de los ideales masculinos; debe existir una correlación entre hombría y un código de conducta eficiente o de utilidad. Vale decir que esta conducta (masculina) debe servir de algo, debe ser pública y tiene que presentarse en un escenario comunal: “La eficacia de un hombre se mide cuando los demás le ven en acción y pueden evaluar su actuación” (Gilmore, 1994:46). Si bien los estudios de Gilmore se basan en la investigación de los hombres del Mediterráneo y los estudios previos realizados por Michael Herzfeld (1985) en Grecia, ambas investigaciones se pueden aplicar a la arbitrariedad del perfil del mapuche para crear una imagen de nación, con orígenes de valentía y fuerza. Son los mapuches en su calidad de “hombres viriles” los que ayudan a forjar una imagen de nación, en el imaginario del naciente Estado-Nacional chileno. El factor étnico y cultural es totalmente omitido dentro de este imaginario, una omisión que acompañará al pueblo mapuche hasta la actualidad.

Según Pinto Rodríguez la elite vio en el mapuche un símbolo de la “chilenidad”, por lo cual, existió una mezcla de respeto y admiración que marcó las relaciones que se establecieron entre el naciente Estado con el pueblo mapuche y es por esto que se decidió no invadir sus tierras ni incorporarlos forzosamente a la nación, manteniendo la misma relación que el pueblo mapuche tuvo con la corona española.

Esta visión simbólica-mítica con la cual se representó al hombre mapuche sufrió un cambio radical con los primeros movimientos de los llamados “déspotas ilustrados”, quienes, según Bernardo Subercaseaux (citado por Pinto Rodríguez) se sintieron más importantes que los llamados padres de la patria, creyéndose gestores y fundadores de una nueva nación. Se debe señalar que esta nueva generación de pensadores de la República se gesta en el mismo seno de la elite criolla, ya que son hijos o nietos de los gestores de la patria, los que se oponían a éstos porque sentían que Chile carecía de soberanía popular, democracia e ilustración. Este último punto correspondía a la visión de la Sociedad Literaria liderada por José Victorino Lastarria en el año 1842.

En el año 1851 se produce la Revolución conocida con el nombre correspondiente al año bajo el gobierno Republicano de Manuel Bulnes. Bajo la administración de Bulnes se consolida la República, sin embargo se producen también los primeros levantamientos en contra de los ideales conservadores. Es así como gran parte de los miembros de las sociedades literarias que buscan otros ideales republicanos son exiliados por el gobierno de Bulnes.

Mucho de estos jóvenes ilustrados parten a Europa donde (al igual que sus antepasados) se nutren de las ideologías de la época, en este caso de la corriente filosófica positivista; donde, al parecer, encontraron una respuesta y un ideal a seguir. El progreso y la libertad fueron los grandes ideales por los cuales luchar y proponer en la República de Chile. Es bajo el gobierno de José Joaquín Pérez con quien se introducen estos pensamientos positivistas en la República de Chile. Pinto Rodríguez señala al respecto:

El positivismo que profesaban pudo haber sido inofensivo de no haber adoptado un giro que, sin afectar al Estado, incidió en el concepto de nación en lo relativo al trato que debía darse a los pueblos indígenas. La primera víctima, por lo que se sabe hasta ahora, fue el pueblo mapuche, condenado no sólo a perder sus tierras, sino a incorporarse forzosamente a un proyecto que no contempló su cultura e intereses materiales. (Pinto Rodríguez, 2009: 182)

Los ideales positivistas perseguían una sociedad donde la base era la suma de individuos con características particulares, ser seres racionales, libres e iguales, quienes tendrían deberes y obligaciones dentro de la sociedad. La libertad estaba delimitada por la libertad del otro. Sin embargo, el alcance que hay dentro de esta visión republicana genera la pregunta sobre quiénes eran los individuos con los derechos de ser

considerados ciudadanos. Puntualmente, eran aquellos que se les reconocía como seres racionales y libres y son, precisamente, estas características las que no se les reconoce a los mapuches. Estos estaban representados por sus características indómitas y salvajes, por lo cual eran objeto de intervención por parte del Estado ilustrado.

Es también en esta época cuando crece el interés por los territorios de los mapuches, el Valle Central y el Norte Chico, ya no eran productivos como en el pasado. Otro de los conceptos que sostuvieron los miembros de esta elite política era el ideal de progreso. Para el año 1883 el ejército chileno había conquistado el territorio de la Araucanía.

Es a partir de esta fecha que el Estado-Nación de Chile invade los territorios mapuches y comienza una larga historia de injusticias hacia el pueblo mapuche.

Muchos historiadores (Ortega, 2005; León, 2006; Pinto Rodríguez, 2009) concuerdan que el afán modernizador del Estado-Nación de Chile no se logró llevar a cabo; más bien ha sido una larga tarea con reivindicaciones inconclusas, de reconocimientos omitidos y de abusos tremendos hacia los pueblos originarios.

CONCLUSIÓN

Si se piensa en una concepción de nación como un punto de unidad e identidad de un grupo de personas que comparten un territorio y una cultura, el desafío está en la integración de todos y todas a este concepto. Antes de la conformación del estado chileno, los mapuches ya eran una nación, el desafío de los doscientos años de conmemoración de la nación chilena es la integración de las diversidades. Más que la búsqueda de homogeneidad el desafío está la representación de los y las diferentes personas que integran esta nación.

En el caso de las mujeres mapuches, estas toman agencia tanto en sus demandas como en las protestas que realizan, sin embargo el gobierno chileno las invisibiliza porque, al parecer su imagen, dista (y realmente se distancia) de la visión de mujer mariana. En las mujeres mapuches no reconoce su maternidad o su defensa a la familia, sino más bien existe una “recriminación” por no estar en un espacio privado cuidando de sus hijos y su familia, en vez de estar haciéndolo en un espacio público y creando un debate en relación a sus derechos como pueblo originario. En este caso entonces, se vuelve evidente que cuando la reivindicación de género no es parte del discurso de la clase media alta, representadas por mujeres de educación superior, cualquier acción

femenina se considera como una amenaza a la seguridad del estado. En particular, si la acción femenina tiene como objetivo una demanda étnica con derechos de autodeterminación política y territorial.

Por otra parte, el concepto de nación desde un punto de vista de “comunidad” en el caso mapuche si se da, puesto que ellos y ellas si se reconocen como parte de una etnia que se ve, así misma como un todo.

Para el caso del imaginario de nación chilena solo se rescata en la etnia mapuche el valor del hombre guerrero, como un ser indómito y rebelde que representa la valentía y la lucha, visión sesgada puesto que así como el hombre mapuche lleva una lucha por el reconocimiento de su cultura e identidad también este comportamiento lo tiene la mujer mapuche que por tenerlo se ve reprimida e intervenida física y psicológicamente por agentes del orden público. En este caso es una mujer que se debe castigar para que se comporte como se debe. Otra figura igualmente castigada es la del/a “machi” mapuche. Esta figura tiene un rol de género que trasciende el binario hombre-mujer. La figura de “machi” tiene importantes paralelos en otras culturas originarias del continente americano (Epple 1998, Nanda 1999).

CONCLUSIONES

En la efervescencia de las celebraciones de los Bicentenarios en Latinoamérica, surgió en mí un interés por saber cómo se representaba el género dentro de los imaginarios nacionales, específicamente en mi país; Chile. Si bien este estudio surgió como una inquietud coyuntural de tipo histórico, poco a poco se fue transformando en un estudio histórico de representaciones y no representaciones de género. Debo reconocer que el tema es amplio, por lo cual este estudio fue solo un acercamiento a temáticas de: nación, nacionalismos, género, representaciones, clase y etnia en el Chile del Bicentenario del 2010.

Comprender el origen de Chile como estado-nación no es fácil, la gran mayoría de los estudiosos del tema (Anderson, Smith, Hass, Connor, Guibernau, etc.) apelan a un sentimiento arbitrario de cohesión social donde existen características compartidas que a la vez se diferencian de otros/as. Sin embargo, el caso chileno desde su origen presenta características de “modernidad” (por llamar de algún modo) a las bases del estado-nación que marcan las estructuras de poder (Wolf, 2001), la hegemonía de éste y la jerarquización del género (Nash, 1988).

Sin duda el proceso de conformación del estado-nación chileno estuvo determinado por una elite que necesitó crear cohesión social entre los criollos. Este fue un proceso en el cual se edificaron imaginarios arbitrarios de representación que se basaban en una idea civilizatoria, en el cual los pueblos originarios del territorio nacional chileno se integrarían o no. Este proceso no dependía de la voluntad de sus miembros para participar, sino más bien de una política de “estado”.

De manera que, los miembros del estado-nación de Chile estaban “predestinados” a una categorización tanto étnica como de clase y en la actualidad también de género.

Es por eso que en los doscientos años es válido preguntarse qué tipo de estado-nación se festeja; acaso un el estado que determinaba quiénes pertenecían o no.

Uno de los primeros acercamientos a la cohesión nacional es a través de la educación; enseñar a los miembros de la nación una identidad por medio de símbolos, para estos efectos de preferencia, símbolos patrios. Es así, como desde el comienzo en Chile se estructuran formas genéricas de nación. Si bien la bandera es femenina en su significado, su significate evoca a quién la posee como un acto patriótico, es la representación femenina que se debe defender, es el ejemplo del buen soldado que la protege y la salva del enemigo. En fin una objetivización simbólica de una representación femenina. Al mismo tiempo, que es una exacerbación de la masculinidad en el imaginario de nación, que omite cualquier otro tipo de masculinidad, de acuerdo a Gutmann (1999 [1997]) existen diversas formas de manifestar la masculinidad, esta pueden ser: una identidad masculina, una concepción sobre la hombría, una noción sobre la virilidad y roles masculinos.

En el caso chileno la celebración del Bicentenario se relaciona con la propuesta de Scott sobre las relaciones de poder que implican las relaciones de género. Las mujeres en el Bicentenario se reafirmaron como madres y esposas, en el caso de las mujeres de los mineros. Mientras que en el caso de las mujeres mapuches se visibilizaron de manera opuesta.

Desde los inicios de la conformación del estado-nación de Chile se estratifico (en cuanto al poder) quienes estaban y quiénes no. Cuando pensamos en el poder estructural señalado por Wolf (2001), es el estado chileno el que invisibilizó al pueblo mapuche desde la conformación de la identidad nacional, al mismo tiempo que reafirmaba la hegemonía masculina (Nash, 2002) subjetivizando a la mujer, porque básicamente estaban repitiendo un patrón europeo de nación, no basado en la imagen de España sino más bien en pensamiento ilustrado, donde el indígena no alcanza a tener una categoría humana¹².

Por otra parte tanto los roles de género masculinos como femeninos estaban determinados por imaginarios históricos de estoicismo para el caso masculino y de

¹² ¹² Esta noción es claramente expresada por el concepto rousseauiano del “salvaje noble” y en el pensamiento alemán que identifica los pueblos “no civilizados” como “Naturvölker” o pueblos “naturales,” contrastándolos con “Kulturvölker,” o pueblos “culturales.”

marianismo en el caso de las mujeres (se debe tener en cuenta que estas afirmaciones no son totalizadoras de la interpretación históricas, sino más bien se basan en que en la mayoría de los casos se reducen a diferencias binarias: hombre/mujer, privado/público que se presentan en sociedades occidentalizadas). Sin embargo, muchas de las sociedades previas a la colonización (occidental) presentan multiplicidad de género en el caso de los Mohave, Navajo o Shuar (estudios de Nanda 1999, Epple 1998, Perruchon 1997). Los mapuches también tenían una concepción de multiplicidad de género que fue borrada de su cultura en la medida que fueron conquistados. Sin embargo, esta cultura conquistadora no los integró plenamente sino, parcialmente, de acuerdo a los intereses de la elite que se encuentre en el poder. De acuerdo a Stoler (1995) y Bacigalupo (2003) tanto una conducta sexual inapropiada, como la desocupación se atribuyen a aquellos incapaces de gobernar, en cambio la sexualidad domesticada y una alta sensibilidad se atribuyen a aquellos que están en un plano superior. Es decir, se plantea un binomio de civilizado e incivilizado; para ambas autoras lo peligroso es que aquellos que se sienten en un plano superior son los que manejan y definen estas categorías.

En relación a lo anterior no es fácil visibilizar la temática de género en las representaciones de la nación, ya que los imaginarios de nación, al parecer, buscan consensos en identidades homogenizadoras que están más afuera de la realidad que en ella.

Uno de los aportes de esta tesis es, en mi opinión, ver cómo la nación y los nacionalismos están más relacionados con símbolos creados que con representaciones propias de la cultura. En el caso chileno el Bicentenario estaba representado por una serie de valores que son un ideal para alcanzar, son ideales igualitarios, de equidad y representación, no obstante son muy difíciles de llevar a la práctica, al parecer.

Las dos instancias coyunturales de Bicentenario, muestran que dentro de la nación la imagen de las mujeres ya se formó 1810, que se quiere dar nuevos giros, modernizar (por decir de algún modo) esta imagen, no obstante, existen estructuras (relacionadas al poder) que prefieren seguir mostrando a la mujer chilena en algunos planos y en otros no. Es decir, reforzar constantemente la labor de madre, de esposa; de eje de la familia como la base de la sociedad y de la nación chilena; por otra parte, invisibilizar o disminuir su participación política y activista, ya que cualquier actividad fuera del

hogar, se justifica en la medida que se haga para mantener o sostener a la familia. Es así como cuando las mujeres salen a trabajar fuera de su casa lo hace por un motivo de apoyo a la familia (se debe considerar que solo se está pensando en las mujeres como madres). Por otro lado, las mujeres activistas o luchadoras por causas sociales, se les ubica en un plano de significante desprovisto de cualquier atributo “Mariano”, no se perciben como madres, sino como mujeres despojadas de este rol; por lo tanto solamente son visualizadas como “combativas.” Esto se puede ver en el trato hacia la mujer mapuche capturada - literalmente –a la cual no se la visibiliza como madres; a diferencia de las mujeres mineras "marianas" en el Campo Esperanza, a quienes se les respeta su decisión de abandonar el hogar y agruparse en el campamento para estar más cerca de su parejas, se les acomoda una mini ciudad con tal de mantener a la familia unida. Por otra parte, las mujeres mapuches son visualizadas como malas madre porque en vez de estar con sus hijos van a la calle a pelear por reivindicaciones de antaño.

Tanto en los estudios de género como en los estudios políticos sobre el estado y la nación hace falta una teorización más profunda de los conceptos de género, no solo por la búsqueda de una identidad integradora, sino también por un sentido más representativo de los diversos integrantes que posee la nación.

El desafío para nuevos estudios es lograr desentrañar cómo se ve la mujer chilena en el concepto de nación. El acercamiento de este pequeño estudio buscó ver cómo el estado-nación representa a la mujer chile, qué ve y qué no ve cuando se trata de celebrar a la nación en sus doscientos años.

BIBLIOGRAFÍA

- Acebo Ibañez, Enrique del (2006 [2001]). *Diccionario de Sociología*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Anderson, Benedict (1991). *Imagined Communities*. London: Verso.
- Andrade, Xavier. (2001). "Homosociabilidad, disciplina y venganza" en Andrade y Herrera comp. *Masculinidades en Ecuador*. Quito, FLACSO, UNFPA: 115-138.
- Astelarra, Judith (2004). "Políticas de género en la Unión Europea y algunos apuntes hacia América Latina". *CEPAL-Unidad Mujer y Desarrollo*, 57:7-17.
- Barría, Cecilia. BBC Mundo. Terremoto, fútbol, Bicentenario, mineros: explosión del nacionalismo en Chile.
http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2010/10/101012_chile_contexto_personal.shtml (visitado el 18/10/2010)
- Barthes, Roland. (2002) [1957]. "El mito hoy". En *Mitologías*. Madrid. Siglo XXI.
- Brass, Paul R. (1991). *La formación de las naciones: de las comunidades a las nacionalidades*. Madrid. Arce.
- Breuilly, John (1993). *Nationalism and the State* (2a. ed.). Manchester: Manchester University Press.
- Butler, Judith (1993). *Bodies that matter: on the discursive limits of "sex"*. London: Rotledge. Cap. 3. Pp. 93-119.
- Calhoun, Craig. (2007). *Nations Matters. Culture, History and the Cosmopolitan Dream*. Oxon: Routledge.
- Chaney, Elsa M. (1979). *Super Madre. Women in politics in Latin America*. Austin. Institute of Latin American Studies by The University of Texas Press, Austin and London.
- Chiappari, Christopher L. (2001). "Conceptual Dichotomies and cultural realities: gender, Work and religión in Highland Guatemala". *Anthropology of work review*. XXII (3):14-21.
- Chodorow, Nancy. (1978). "Setting the problem: mothering and the social organization of gender". Berkeley, USA: University of California Press. Pp. 3-55.
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

- Connor, Walker (1994), [1978]. “Una nación es una nación, es un estado, es un grupo étnico, es...” en Walker Connor, *Etnonacionalismo*, Madrid: Trama Editorial, pp.86-111.
- Cid, Gabriel y San Francisco Alejandro (Eds.). (2009). *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago. Centro de Estudios Bicentenario. Vol.1.
- Dietz, Mary. (1996). “Ciudadanía con cara feminista. El problema con el pensamiento maternal”. En *Debate feminista*, año 7, vl. 14, oct. 96.
- Epple, Carolyn. Coming to Terms with Navajo Nádleehí : A Critique of Berdache, “Gay,: “Alternate Gender,” and “Two-Spirit.” *American Ethnologist*. 1998. 25(2):267-290.
- Faur, Eleonor. (2004). “Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo”. En *Nómadas*. Universidad Central de Colombia: No 24, 130-141.
- Flandrin, Jean Louis (1984). Hombre y mujer en el lecho conyugal. En *La moral sexual en Occidente*. Barcelona: Juan Granica. P. 143 – 152.
- Foucault, Michael. (1995 [1989]). *Historia de la sexualidad. Tomo 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI, México, 22a edición. Capítulo 1, Nosotros los victorianos (pp. 7- 22) y capítulo 3, Scientia sexualis (pp. 65-92).
- _____. (2002), [1970]. *El orden del Discurso*. Barcelona: Tusquets Editores
- Franco, Jean. (1996) [1989]. “La Malinche: de don a contrato sexual”. En *Marcar diferencias, cruzar fronteras*. Santiago de Chile: Cuarto Propio. Pp. 13-35
- Fuller, Norma (1995). “En torno a la polaridad marianismo y machismo”. Pp. 241-263. En *Género e identidad*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, (comp.), Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- _____. (2001). *Masculinidades: Cambios y Permanencias*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 17-42.
- Geertz, Clifford. (1987 [1973]). “Descripción densa hacia una teoría interpretativa de la cultura”. En *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, Ernest. (1988). *Naciones y nacionalismo*. México, CONACULTA, cap.1.
- Giddens, Anthony (2001) [1991]. *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

- Gilmore, David D.[1990] (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica.
- Goetschel, Ana María, Andrea Pequeño, Mercedes Prieto y Giocanda Herrera. (2007). *De memorias. Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo veinte*. Quito. FONSAI.
- Gramsci, Antonio. (1970). “La revolución contra “El Capital” y selecciones de los *Cuadernos de la Prisión*. En Antología. Siglo XXI Editores.
- Guibernau, Montserrat (1999). *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.
- Gutmann, Mathew (1997). “Los verdaderos machos mexicanos nacen para morir”. En Valdés, Teresa y José Olavarría eds. *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Santiago-Chile, Ediciones de las mujeres #24, ISIS Internacional- FLACSO-Chile.
- _____. (1999). “Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad”. *Horizontes Antropológicos* 5 (10): 245-286.
- _____. (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni Mandilón*. México D.F. El colegio de México.
- Haas, Ernst B. (1986). “What is Nationalism and Why Should We Study It?” en *International Organization*, 40 (3), pp.707-744.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.). (1983). *La invención de la tradición*. Barcelona. Editorial Crítica.
- Kedourie, Elie. (1970). *Nationalism in Asia and Africa*. Oxon. Frank Cass and Company Limited.
- Kopytoff, Igor.(2005). “Women’s roles and Existential Identities,” en Oyèrònké Oyèwùmí comp., *African Gender Studies*.New York NY: Palgrave MacMillan: 127-144.
- Lavrin, Asunción. (1991). La sexualidad en el México colonial: un dilema para la iglesia. En *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglos XVI – XVIII*. México: Grijalbo. Pp. 55-104.
- Lacqueur, Thomas. (1994). Sobre el lenguaje y la carne. En *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra. Pp. 15 -53.
- Leacock, Eleanor Burke. (1981). *Myths of Male Dominance*. New York: Monthly Review Press.
- Jackson, Stevi y Sue Scott. (1996).Sexual Skirmishes and Feminist Factions. Twenty-five years of debate on Women and Sexualities, en Jackson, Stevi y

- Sue Scott *Feminism and Sexuality. A Reader*. New York: Columbia University Press. Pp. 1-31.
- Mallon, Florencia E (1995). *Peasant and Nation, the making of postcolonial México and Perú*. Berkley, Los Angeles, London, University of California Press.
- Mannarelli, María Emma. (1999). El programa cultural del cambio de siglo: maternidad y naturaleza femenina. *En Limpias y Modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Flora Tristán. Pp. 69 – 114.
- Mattus, Charlotte. (2009). “Pilares invisibles de la resistencia de su pueblo”. Los derechos de las mujeres Mapuches en Chile. Grenoble. Instituto de Estudios Políticos de Grenoble. Universidad Pierre Mendés France.
- McDowell, Linda. (2000). “El género y el Estado-nación”. *En Género, identidad y Lugar Un estudio de las geografías feministas*. Madrid. Ediciones Cátedra: 251-297.
- Mc. Evoy, Carmen. (2009). “De la mano de Dios”. El nacionalismo católico chileno y la Guerra del Pacífico, 1879-1881. En Cid y San Francisco, eds. *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago. Centro de Estudios del Bicentenario. Pp. 177-220.
- Molyneux, Maxine. (2003). “Género y ciudadanía en América Latina: aspectos históricos y contemporáneos”. *En Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*. Madrid: Cátedra.
- Montecinos, Sonia. (1991). *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago:Cuarto Propio-CEDEM. Pp. 36-95.
- Muchembled, Robert (2008). *El orgasmo y Occidente. Una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica. Cap. 1 Ese placer que llaman carnal. Pp. 29-70.
- Muratorio, Blanca.(1995). "Amazonian Windows to the Past: Recovering Women's Histories from the Ecuadorian Upper Amazon." *En Jane Schneider y Rayna Rapp, comp. Articulating Hidden Histories: Exploring the Influence of Eric R. Wolf*. Berkeley: University of California Press: 322-355.
- Nanda, Serena. *Neither man nor woman: the hijras of India*. Belmont: Wodsworth Publishing. 1999. xvi; 186 p.
- Nash, June. (2002). “Dialéctica del género y proceso laboral en la América de la preconquista, la colonial y la contemporánea,” en Miguel León-Portilla comp.,

Motivos de la antropología americanista: indagaciones en la diferencia.
México: Fondo de Cultura Económica: 199-232

- Parra, Nicanor. (1969). *Obra gruesa*. Santiago, Editorial Universitaria.
- Pateman, Carol. (1995) [1988]. *El contrato sexual*, ANTHROPOS-UAM, México.
- Perruchon, Marie. (1997). “Llegar a ser una Mujer-Hombre,” en Michel Perrin y Marie Perruchon, comp., *Complementariedad entre hombre y mujer: Relaciones de género desde la perspectiva amerindia*. Quito: Abya Yala: 47-75.
- Pinto Rodríguez, Jorge. (2009). “El orden, el progreso y los mapuches. Algunos dilemas del Estado”. En *Nación y nacionalismos en Chile. Siglo XIX*. Cid, Gabriel y Alejandro San Francisco (Eds.). Santiago de Chile. Centro de Estudios Bicentenario. Volumen2.
- Quiceno, Humberto. (1984) *Historia de la práctica pedagógica en Colombia. Siglo XX (1903-1927)*, Cali, Universidad del Valle, Facultad de educación, s.p.i.
- Quijada, Mónica. (2003). “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano” en Antonio Annino y François-Xavier Guerra (eds.), *Inventando la nación. Iberoamérica en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp.287-315.
- Rosaldo, Michelle Zimbalist. (1979). “Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica” En Olivia Harris y Kate Young, *Antropología y Feminismo*. Barcelona: Anagrama. Pp.153-180.
- Rubin, Gayle. (1997) [1975]. “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. En: *Género. Conceptos básicos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Pp. 41-64.
- _____. (1975). “The Traffic in Women”. En Rayna Reiter, comp. *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review Press:157-210.
- Russel y Rodríguez, Mónica. (2008). “Accounting for MeXicana feminism”. En *American Ethnologist* 35 (2): 308-320.
- Sausurre, Ferdinand. (2007) [1916]. *Curso de Lingüística general*. Buenos Aires. Editorial Losada.
- Schild, Verónica. (2000) “Equidad de género sin justicia social: los derechos de la mujer en la era neoliberal”. En *NACLA Report in the Americas* 34 (1): julio-agosto.

- Scott, Joan W. (1997[1988]). “El Género: Una categoría útil para el análisis histórico”. En *Género Conceptos Básicos*. Programa de Estudios de Género, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Smith, Anthony D. (2008). *Nationalism and Modernism*. Londres: Routledge.
- Stoler, Ann Laura. (1995). *Race and the education of desire: Foucault's history of sexuality and the colonial order of things*. Durham: Duke University Press
- Tamir, Yael. 1995 [1993]. *Liberal Nationalism*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press
- Van Dijk, Teun A. e Iván Rodrigo Mendizábal. (1999). *Análisis del discurso social y político*. Quito. Abya-Yala editing.
- Weber, Max. (2001 [1904-05]). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid. Alianza Editorial.
- Weeks, Jeffrey (1998). La invención de la sexualidad. En *Sexualidad*. México: Paidós; UNAM; PUEG. Pp. 23 – 46.
- Wolf, Eric R (2001[1990]). “Facing Power – Old Insights, New Questions,” en *Pathways of Power: Building an Anthropology of the Modern World*. Berkeley: University of California Press: 383-397.
- Yuval-Davis, Nira.(2004). Teorizando sobre género y nación. En *Género y Nación*. Lima: Centro de la mujer peruana Flora Tristán. Pp. 13-46.

<http://pruebasitio.chilebicentenario.cl/frmSingle.aspx?IDseccion=23&&idArticulo=912>